BIBLIOTECA POÉTICA

RECUERDOS Y ESPERANZAS

Juan de Dios Peza

Garnier Hermanos
Paris

JUAN
DE DIOS PE

RECUERDOS
Y
ESPERANZ

PQ7297
.P48
A17
v.2

GARNIER
HERMANOS

1020100203

Al Bayardo del
Ejército de mi pátria,
al Grāl Bernardo
Reyes, con todo el
cariño que le profesa
su amigo:

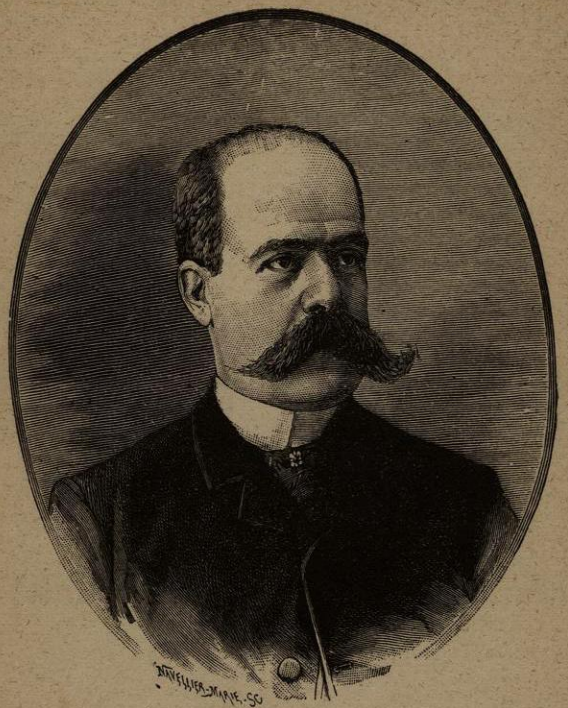
POESIAS COMPLETAS

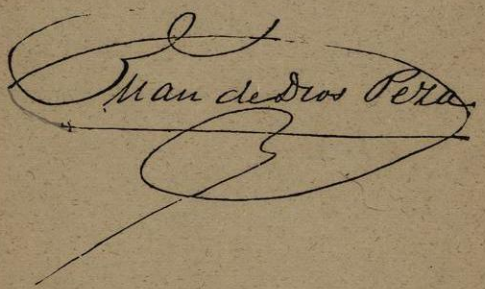
Manuel de Dios Peza

BIBLIOTECA CENTRAL
U.A.N.L

México 27 de Mayo de 1894.

BIBLIOTECA CENTRAL
UANL





2394
P
PIES
A.

POESÍAS COMPLETAS

DE

JUAN DE DIOS PEZA

CON PRÓLOGO DE

MANUEL G. REVILLA

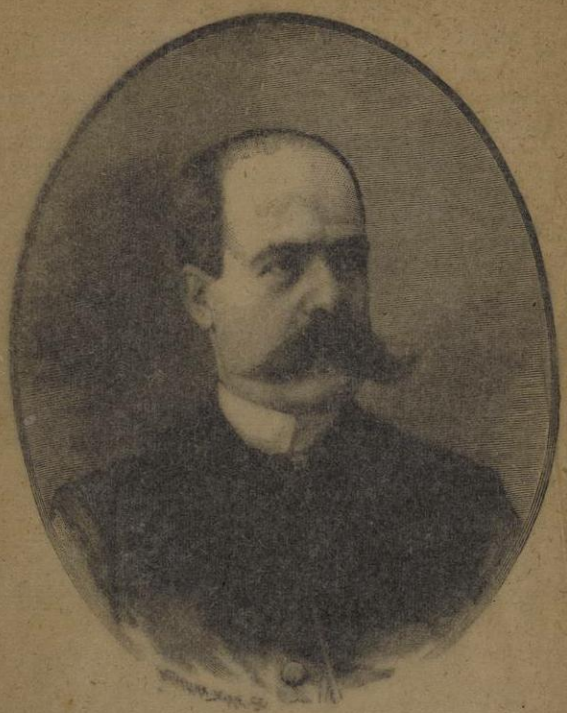
Única colección autorizada por el Autor

RECUERDOS Y ESPERANZAS

PARÍS
GARNIER HERMANOS, LIBREROS-EDITORES
6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6
1892

17354

398



2594
P.
9 I E5
A.

POESÍAS COMPLETAS

DE

JUAN DE DIOS PEZA

CON PRÓLOGO DE

MANUEL G. REVILLA

Única colección autorizada por el Autor

RECUERDOS Y ESPERANZAS

PARÍS
GARNIER HERMANOS, LIBREROS-EDITORES
6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6
1892

17354

398

V-1-272

PQ 7297
P48
A17
V. 2
18

México 28 de Enero de 1890

Sres
Garnier hermanos
París

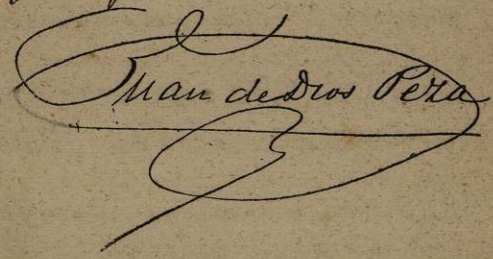
Muy Señores míos

Autorizo á ustedes para hacer una edición completa de mis poesías bajo el órden que verbalmente indiqué á su comisionado

La obra que ustedes publiquen será la única dirijida y arreglada por mí, pues todas las ediciones que hasta la fecha de

han hecho de mis versos en otros países y en el mío, ni me fueron consultadas á su debido tiempo, ni han sido autorizadas previamente ni obedecen á un plan que sea de mi agrado

Soy de ustedes afmo y seguro servidor



PRÓLOGO

La poesía es útil, porque el arte de igual modo que la industria y que la ciencia es necesaria al hombre. Si la una le ministra los mil objetos para los usos diarios de la vida, si la otra le descubre las verdades que han de alumbrar su entendimiento, el arte le proporciona grato y honesto solaz elevando su espíritu á la contemplación de lo bello. El ánimo fatigado por la cotidiana labor, anhela y necesita descanso, y la contemplación de las cosas hermosas de la Naturaleza tienen virtud de proporcionárselo recreándole. Un campo ameno, la claridad de la luna, el canto de las aves ó cualquier otro objeto semejante, poseen el secreto para desembarazar de fatiga á quien los contempla; por eso instintivamente se buscan. Mas las obras del arte que representan é interpretan la bella Naturaleza y que muchas veces tienen mayor

2017

fuerza atractiva que esta misma, por ese *algo* que el verdadero artista sabe poner en sus producciones y que en vano se buscaría en la realidad, en otro campo que no sea el del arte, por lo común causan mayor encanto, producen mayor solaz; y ese noble deleite, da la razón de su ser, al par que patentiza su utilidad. Satisfacen una necesidad: el recreo. Con él renuevan el gastado vigor del espíritu, poniéndole en aptitud de tomar de nuevo la dejada labor. Dan la *frescura* del trabajo, que dirían los economistas.

Ese desinterés, esa generosidad que algunos designan como característica calidad del arte y de la cual han concluído su inutilidad (1), no es sino timbre de su elevación, de su nobleza; habiéndose llamado por eso mismo á sus distintas ramificaciones artes liberales, en contraposición á las de la industria, de rastrero vuelo, pero de no mayor utilidad que las primeras; entiéndase, cada cual en su propia esfera; y así se explica que, en un siglo eminentemente utilitario como el nuestro, hayan prosperado las bellas artes por extraordinaria manera.

(1) Valera, *La Metafísica y la Poesía*. Polémica con Campoamor.

De las manifestaciones artísticas producidas por medio del mármol ó el bronce, el lienzo, el sonido y la palabra, alcanzan mayor importancia las últimas, ya por ser más amplio el campo de acción de que la palabra dispone, ya por tener ésta mayor fuerza de expresión que los otros medios. Multitud de asuntos que se niegan á ser tratados por la escultura, la pintura y la música, no solamente con facilidad los maneja la poesía, sino que les da extraordinario desenvolvimiento. Á esto agréguese su poder para herir la imaginación, el sentimiento y aun la razón, y fácilmente se comprenderá cómo excede en importancia á las demás artes bellas, y cómo el drama, la novela y la lírica imperan en el gusto de nuestros días, imperio que no comparten más que con la música, pero unida á la poesía; claros indicios todos, de que ésta está bien distante de ser cosa superflua. Ni se comprende cómo el discreto Platón pudo haber estimado por conveniente que á sus cultivadores se les desterrase de su ideada república coronándolos de rosas, sino es atendiendo á que la dicha república no estaba de lo mejor organizada; opinión que se confirma al ver que nunca fué planteada en la práctica, ni aun se intentó siquiera llevarla al terreno de la

realidad. Más acertado habría andado, sin duda, el filósofo ateniense, si el ostracismo que ordenara contra todos los poetas, lo hubiese limitado á los malos, y en esta vez negándoles naturalmente la corona.

Admitida la innegable importancia del drama, la novela y la lírica, ramas del arte de la palabra que por igual todas tres se dividen el imperio del moderno gusto, no cabe negar que aunque no en todos, en ciertos puntos aventaja la lírica al drama y la novela. Á aquél, en cuanto que se basta á sí sola sin tener que ayudarse de la mímica ni las decoraciones ; á la novela, por tener el complemento de la poesía, que es la rima, ó si se quiere, la perfecta medida rítmica que no posee la prosa, lenguaje musical que deleita el oído, que convierte la materia bruta de la palabra en armónica y divina, y que salva al pensamiento que de ella se reviste, de la decrepitud, librándole de las variaciones á que incomparablemente está más sujeta la prosa. Excede á ambas, ora en la brevedad con que puede tratar sus asuntos encerrándolos en la sobria concisión de sus estancias, ora en la verdad de la expresión de ellos ; pues siendo el poeta lírico el mismo que habla, y que expone y que saca el

mundo oculto en los repliegues de su propia alma, ha de ser más sincero, más veraz que no el dramaturgo y el novelista, creadores de personajes que debiendo ser distintos del poeta, son frecuentemente multiplicaciones de él mismo ó entes de razón privados de toda vida, de toda conmovedora verdad. Á la lírica es dado revelar las intimidades del corazón, manifestar los propios dolores ; ella inspira al músico sus melodías, celebra las hazañas, enaltece á los héroes, despierta y enardece el entusiasmo, comunica en himnos con el Creador ; en ella sólo puede caber el más eximio lenguaje, y ella puede, en suma, franquear los últimos confines de la idealidad.

Abierta á la variedad infinita de sus asuntos, aun los más contrarios, pudiendo expresar las luchas y las pasiones del individuo y de la sociedad ; apta para reflejar las ideas, los intereses, los ensueños de la época en que vivimos ; capaz de contener toda la verdad humana, la lírica que conmueve nuestra alma y remueve nuestros afectos, es por eso sentida, apreciada, enaltecida en nuestros días, quedando al propio tiempo relegados al olvido, ó poco menos, otros géneros literarios que como la bucólica, la tragedia clásica y la épica pura,

etc., dicen poco al espíritu ávido de sentir *hondo*, y que por eso mismo quizá tienden á desaparecer, por más que lo contrario sostengan escritores más provistos de buena voluntad que de razón. Así se explica el gran florecimiento que la lírica alcanza en la edad presente, habiendo merecido que con tal denominación la hayan apellidado algunos escritores en contrapuesto parecer con quienes sin motivo fundado para ello, la han acusado de sobrado prosaica.

Sin embargo de ser numerosos los poetas líricos modernos, pocos han sido los que, como el autor de las obras á que estas líneas preceden, han sabido, por consciente ó inconsciente manera, hallar un venero de inspiración tan nuevo, original y atractivo.

Nació Juan de Dios Peza en la ciudad de Méjico el año de 1852, y fué hijo del General del mismo nombre, que figuró en prominentes puestos públicos durante el imperio de Maximiliano. Privado por la muerte desde la más tierna edad, de los cariños maternales, su padre hubo de extremar su ternura, pero al mismo tiempo le procuró esmerada educación. Hizo sus estudios serios en la « Escuela Preparatoria » de la Capital, donde cursó literatura

bajo la dirección del célebre hombre de letras don Ignacio Ramírez, conocido más generalmente con el nombre de « El Nigromante », que le tuvo especial afecto. En aquellas aulas comenzó á revelar sus dotes poéticas y á formar sus ideas políticas que han sido las del partido liberal y republicano, habiéndole dejado su padre en esta materia obrar con libertad entera.

Terminados sus estudios preparatorios y sintiéndose inclinado á seguir la carrera de la Medicina, ingresó en la escuela de dicha facultad. En ella conoció al malogrado poeta Manuel Acuña, con quien trabó amistad estrecha que le proporcionó ocasión propicia para desarrollar sus aficiones poéticas.

Triunfante el partido republicano, el general Peza tuvo que sufrir el destierro, y como consecuencia, su hijo, careciendo de lo más preciso para la vida, y cuando ya casi estaba para terminar su carrera, abandonó los estudios médicos aceptando el puesto que se le ofreció en la redacción de un periódico. Desde entonces dedicóse á trabajos periodísticos, formándose él solo, y creándose á más, una reputación literaria no sólo con sus artículos, sino con las poesías que comenzó á publicar.

Siguió trabajando sin descanso hasta que en 1876 fué nombrado Secretario de la Legación de Méjico en Madrid, á donde partió poco después de haber contraído matrimonio. En la capital de España trató á los más distinguidos literatos de aquella nación, cultivando especial amistad con Grilo y Selgas; y á su iniciativa y empeño debióse la publicación de « La Lira Mejicana », escogida antología de los poetas contemporáneos de su patria, antes desconocidos casi por completo en el extranjero.

De regreso en su país después de haberle servido algunos años en el puesto que dicho queda, tuvo que experimentar y sufrir con levantado espíritu la inmensa desgracia que ha dejado huérfanos á sus tres hijos, Concepción, Margarita y Juan, y que al poeta ha hecho arrojar contra la prevaricación no « las piedras de Judea, sino el dardo de su desprecio ». Estimado y querido por cuantos tienen ocasión de conocer su exquisito trato, desempeña hoy con beneplácito de los infortunados, el puesto de Director de la Beneficencia Pública del Distrito Federal, siendo al mismo tiempo diputado al Congreso de la Unión.

De sus obras leídas con avidez, lo mismo en

su patria que en toda la América española, se han hecho varias ediciones, pero sólo la presente autorizada por su autor.

¿Qué es lo que avalora las composiciones del señor Peza? Impulso genial hale llevado á tomar por tema de su inspiración un asunto sencillo, delicado y de una casta belleza: el niño. ¿Qué otro puede excederle en poesía? Botón de rosa en cuyos misteriosos repliegues guarda el perfume de la inocencia, nada hay como el niño que brinde al arte con más suave hermosura, con placidez más risueña. Y si comprendiendo el tesoro de los encantos que su cuerpo encierra, han sabido explotar las artes plásticas esa riqueza, ¿cómo habían quedado ocultas para la poesía las gracias de su alma, no tocándose este asunto sino por tal cual poeta y por mera incidencia, casi dejándolo pasar inadvertido? Así es cómo le dedican una ó dos de sus numerosas composiciones la Avellaneda, Pesado, Collado, etc.; rozando el asunto y quedando como velada para ellos su riqueza. El mismo Víctor Hugo que siempre fué inclinado á hablar de la niñez y á la que dedicó en sus novelas lindas y sentidas páginas, es débil en extremo al tomarla por motivo de sus versos; pudiéndose afirmar sin

temor de equivocarse, que era ese un campo sin segar hasta el momento en que á Peza fué dado entrar de lleno en él á recoger granado fruto. Puede, por lo tanto, considerársele autor de un género nuevo y poeta en el sentido estricto de la voz, esto es, *creador*.

Peza no canta al niño en abstracto como lo hiciera Víctor Hugo en los versos de su primera época que les dedicó, y los demás poetas que hemos citado, sino á sus propios hijos; y con aquel afecto y aquella turnura ingénitos en el hogar de su patria, y siempre reflejando la realidad, la verdad, huyendo de vagas generalidades é interesándonos constantemente. Los versos del poeta francés que más podrían sostener comparación con los suyos, son los comprendidos en *L'Art d'être grand-père* que Víctor Hugo consagró á sus nietos *Georges* y *Jeanne*; pero si una lectura atenta y libre de toda preocupación nos consiente fijarnos en ellos, podremos advertir cuán distantes están en mérito de los del bardo mejicano. En efecto, nótase en ellos cierta marcada vaguedad, generalidades que dicen poco, salpicadas de tal cual rasgo tierno que si resalta, es por estar en aquel conjunto incoloro; los mismo temas con pocas variantes, numerosos

pensamientos sin interés; otros relativos á la edad primera, mezclados con las desconformidades del poeta con el dogma católico, que están pidiendo volumen diferente; casi todo ello expresado en alejandrinos pareados que por lo solemne y monótono, se prestan poquísimo á servir de envoltura á ideas ligeras y con propensión á lo delicado y gracioso. Á las poesías del *Arte de ser abuelo* principalmente, les es aplicable aquello de que « el pabellón salva la mercancía », pues si en vez de ir con el salvo-conducto del nombre del gran poeta francés, hubiesen ido firmadas por autor desconocido, es más que probable no le hubieran sacado de su modesta oscuridad. Túvosele á bien á quien se había mostrado vigoroso y terrible (y muy inspirado) en *Les Châtiments* que hubiese querido probarse en las delicadezas de la ternura. Mas de esto, á que alcance igual mérito en unas y otras composiciones, media gran distancia. De las dedicadas á sus nietos hay una que otra, aquella, por ejemplo, en que refiere el castigo del pan seco impuesto á Juana, que no carece de gracia; pero que guardan con las de Peza, la relación de un simple esbozo con un cuadro provisto de todos sus colores y claro-oscuro.

Para encontrar algo más semejante á las composiciones de nuestra poeta, hay que ocurrir al primer canto de *Los Grandes Problemas,* más bien que al *Trompo y la Muñeca* de Campoamor, y á *Maruja* de Núñez de Arce. En aquél píntase esa natural curiosidad de la niñez ante lo desconocido (que para ella lo es todo) formulada en preguntas que hacen enmudecer, no á la experiencia humana, á la sabiduría misma; al paso que en el último poema se retrata con mano vigorosa, el candor, las travesuras, el infortunio de esa misma niñez; todo lo cual, deja sin embargo, incólume la originalidad de nuestro poeta, habiendo él solo entrado de lleno en un terreno al que otros no han hecho sino acercarse, puede decirse, con timidez.

Canta á sus propios hijos; así es que el sentimiento expresado tiene que ser necesariamente más personal, más verdadero, más hondo, más lírico, por consiguiente, que si tratase del niño en abstracto. Ha tenido el poeta que sufrir amargos dolores, ha tenido que vencer grandes dificultades en el camino de la vida, y en sus hijos, privados de otras caricias, ha reconcentrado toda la ternura de que el corazón de padre es capaz; por esto sus versos impregnados de sentimiento, palpitantes

de verdad y exentos de frías vaguedades retóricas, nos interesan por extraordinaria manera, identificándonos al leerlos con su autor.

Sabe elegir discreta y atinadamente el argumento de sus composiciones, tomándole de los juegos infantiles, de las gracias, reyertas, curiosidades naturales en la edad primera, y lo desarrolla con aquella sencillez y verdad que al par del artista revelan al observador perspicaz. Sus cuadros de familia están pintados con las tintas de la realidad; pero realidad bella, porque el poeta huye de lo feo y lo vulgar. Con los juegos y delicadas ocurrencias de los niños sabe él ir entretejiendo pensamientos serios, profundos y filosóficos, que al mismo tiempo que forman grato contraste con lo ligero de otros pasajes, hacen meditar al lector impresionándole unas veces ó dejando en su alma, otras, una suave melancolía. Lo fugitivo de las encantadoras gracias de la edad tierna él lo ha hecho duradero fotografiándolas para siempre.

Realzan el mérito de estos versos la elevada moral de que algunos están sembrados. Por demás sabido es, aunque haya quien lo contrario piense, que no es requisito necesario para el arte que lleve precisamente fin moralizador, bastándole que

realice la belleza, puesto que la mayor parte de las producciones artísticas son de carácter indiferente, esto es, ni buenas ni malas en el terreno de la moral, y que otras no por su desconformidad con ella, dejan de ser bellas, como lo son, por no citar más ejemplos, los cantos de orgía de Byron ó el *Himno á Satanás* de Carduci. Pero aun aceptado que al arte no le incumbe sino producir la belleza, cuando en alguna de sus obras, según acontece en el caso presente, se encuentra reunida á la belleza la elevación moral, no cabe duda que la última realza á la primera; siendo de advertir, además, que muchas veces en el propio hecho moral está la belleza, confundiéndose entonces lo bueno con lo bello. Tal sucede con la acción de quien prefiere la muerte á la deshonra, del que da la vida por la patria ó del que con ánimo varonil arrostra los infortunios. Y pocas cosas habrá tan bellas estéticamente hablando y prescindiendo de más elevado punto de vista, como el Sermón de la Montaña. Por eso decimos están engalanadas ciertas composiciones del autor con pensamientos de exquisita moral y que cuadran, por otra parte, perfectamente con el carácter de ellas.

En los asuntos familiares que ha escogido, y

que como expuesto queda, ha desarrollado con naturalidad y verdad sumas, parecía que, ya por el mismo asunto, por excelencia realista, ya por la manera de desenvolverlo, sin apartarse de la escrupulosa exactitud de los detalles, hubiera caído en lo prosaico y vulgar; pero lejos de incidir en el prosaísmo, halo esquivado con acierto, manteniéndose constantemente en la debida entonación poética. Pagando tributo al gusto de la época en que vive, que, aunque ecléctica, propende al *realismo*, el poeta en estos versos es realista, pero realista de buen tono, esto es, sin las exageraciones de la escuela. Es realista, en cuanto que copia con fidelidad la naturaleza observándola directamente, á diferencia de aquellos que la toman de los libros; es realista, en cuanto que prescinde de la imitación servil de los modelos consagrados, para entregarse á su inspiración propia y espontánea; lo es, finalmente, en cuanto que no desdeña, antes se complace en ellos, asuntos sencillos y de la vida común y en ciertos pormenorizados detalles de la realidad evitados por los idealistas; habiendo logrado él en la poesía lo que para muchos escultores ha sido un imposible, esto es, dar formas artísticas con el traje moderno.

Si bien es cierto que en los cantos del hogar, á los que se circunscriben las observaciones precedentes, es donde particularmente se manifiesta la originalidad de Peza y su individualidad literaria, no es esa la única cuerda de su lira; otras hay en que se revela su privilegiado numen y en las que, ora canta las doradas ilusiones que alumbran la entrada de la vida y que en breve se extinguen para no volver; ora el grato asilo que ofrecen el campo y la amistad sincera al que herido en las luchas del mundo á su abrigo se acoge; cuándo las dulces y vivas memorias que la patria ausente despierta en su clima, sus aves y sus bosques; cuándo la vetusta casa donde se pasó la primera juventud y que se encuentra abandonada y desierta; ya maneja el gracejo felizmente en *Un Consejo de Familia;* ya expresa con honda amargura el negro pesimismo en *Reír Llorando* ó roba la nota terrible á Juvenal para lanzar imprecaciones candentes en *La Adúltera;* bien encumbra el vuelo y ensalza en concisas y rotundas estrofas á Garibaldi, ó desbordando en exuberancia de colores, canta las muertas glorias de la ciudad de Toledo, ó bien, finalmente, celebra la fraternidad entre Méjico y España.

Esta última nota de su lira es otro título de su originalidad. El recuerdo de la lucha tenaz empeñada entre la metrópoli española y la mayor parte de sus colonias de América, que dió fin con la emancipación de éstas, había estorbado por largo plazo franca y duradera reconciliación entre pueblos propiamente hermanos y que comparten comunes glorias. La reconciliación llevada á cabo en el terreno diplomático, no bastaba; era preciso algo más que brotara antes del corazón que de las conveniencias de Estado. Y aun cuando en Méjico de tiempo atrás venía dejándose sentir un vago sentimiento de simpatía hacia la vieja y hazañosa España, nadie le había dado cuerpo y expresión poética, la más estable que puede tener un pensamiento; y Peza ha tenido éste, al par que privilegio, noble atrevimiento, seguramente no bien mirado por aquellos pocos espíritus reacios y de *mirar arcaico* que todavía ahora, olvidándose de la España de las Casas, Gante é Isabel I para no ver más que la España de la Conquista, se desatan en diatribas hacia la que, quiéranlo ó no, fué generadora de su nacionalidad. Como indirecta protesta contra tal proceder dice bellamente el poeta mejicano dirigiéndose á España :

Entre tus dones heredé tu lengua
Y nunca la usaré para insultarte.

Expresión feliz en la cual dase á entender que si el poeta renagara de España, el mismo idioma (símbolo de toda una herencia de cultura) de que para ello tendría que valerse, protestaría contra su acción. Son varias las poesías que á dicho asunto consagra, todas hermosas, todas inspiradas, si bien entre ellas sobresale la que lleva por título *Méjico y España;* en la cual celebra las glorias de ambas naciones.

Si el estro se manifiesta en todas las composiciones á que hasta ahora se ha hecho referencia, no sucede lo propio en las poesías amatorias del autor. Peza, estrictamente hablando, no es poeta erótico. Al expresar el amor parece que la inspiración le fallace. Cosa singular; esa pasión, fecundo é inagotable tema que ha hecho producir bellísimas poesías á casi todos los poetas líricos, no sugiere en él ideas nuevas ni ardorosos sentimientos. Buen número de composiciones de este linaje han salido de su pluma, excediendo en mucho al de los otros géneros; mas adviértese en ellas carencia de novedad, ó falta de interés en su desarrollo y

abundancia de lugares comunes; defectos de que se libran muy contadas, aquellas que como *Nieve de Estío* y *Su Última Carta* (de factura campoamoriana) no carecen de brillantes rasgos. Pero en lo general tratándose de estas composiciones diríase que el autor no siente lo que dice, y que si la nota amorosa no falta en su lira, es sin embargo la menos sonora y vibrante. Á más, la forma adolece de bastante descuido particularmente en las de la colección que lleva por título *Horas de Pasión.*

Posee asimismo algunos interesantes romances, no exentos de ciertos prosaísmos y difusión, inspirados los más de ellos, en nuestra guerra de tres años, y en la de la intervención, en los cuales se refieren esos sublimes rasgos de los héroes, no registrados muchos por el severo escrúpulo de la historia, y que el poeta debe sin embargo recoger de la tradición é inmortalizar en sus cantos.

Por lo que al estilo mira, distínguese el del autor por la claridad, facilidad y fluidez de las cláusulas, si bien en ocasiones desearíase mayor unidad en la estrofa. No se busque en aquéllas ni atrevimientos de hipérbaton, ni insólitos términos, ni rebuscadas perífrasis. La llaneza, la naturalidad,

son sus notas dominantes. La rima es rica sin ser rebuscada, con frecuencia, sonora.

El metro á que da marcada preferencia es el endecasílabo formando cuartetos, habiendo hecho con los serventesios Peza lo que un crítico dice hizo con la estrofa de seis versos Núñez de Arce, esto es, apropiársela por derecho de conquista. El endecasílabo que por la flexibilidad suma de que está dotado, se presta á los más variados tonos, ha podido emplearlo sin caer en monótono, en gran número de sus composiciones y aun de índole diversa. Sírveles á otras de vestidura el octosílabo, ya formando redondillas, ya décimas, y manejado por el autor con igual soltura que el endecasílabo. Sus décimas son fascinadoras por lo bien cinceladas; sonoras, musicales, y á veces grandiosas por el pensamiento que contienen; al paso que en sus redondillas es de notarse su perfecta adaptación al asunto que encierran.

En cambio, el soneto, el terceto y la octava real, versos de corte clásico, no obtienen su favor sino por caso raro; quizá por demandar su estructura detenimiento y estudio á que poco se presta la exuberante y espontánea inspiración del poeta.

Á la facilidad y extraordinaria fecundidad de

éste, sin duda, débese no sólo el oro de baja ley que se halla en la colección de sus obras, donde no escasea la quincalla literaria, sino el que sus más granadas composiciones vayan con la nota de algún descuido. Si él castigara sus obras y escribiera menos, alcanzaría mayor brillo y perfección. Para su gloria de lírico bastóle á Manzoni con seis *Inni Sacri* y su oda á Napoleón, y un madrigal libró para siempre del olvido el nombre de Gutierre de Cetina.

Tan importante como la idea es la forma que la reviste; y pecan por igual contra el arte y merecen igual censura, así aquellos que por tener inspirados conceptos desdeñan la corrección de la forma, como los que desprovistos de inspiración, hacen correctísimos versos. No basta tener numen, no basta tener lozana fantasía, requiérese además, ser dueño de la forma, ser maestro en ella. El verso sin inspiración es cuerpo sin vida, mas la inspiración sin la bella forma semeja mujer inteligente y graciosa desprovista de hermosura. Nada sintetiza mejor las exigencias del arte á este respecto como aquel verso de Chenier :

Sur des pensiers nouveaux faisons des vers antiques

en el cual están condensados los cánones estéticos,

cuya observancia fiel asegura á las producciones que á ellos se sujetan duradera vida en vez de efímera existencia.

El señor Peza no se contenta con ser realista de buena ley, sino que en ocasiones suele ser *efectivista*. Excelente lector dotado además de una magnífica voz para la tribuna, cuya hábil emisión hace que el espectador más distante no pierda la menor sílaba de las palabras que sin esfuerzo brotan de su labio, da realce extraordinario á los versos que lee. De ahí el que no pocas de las composiciones que destina á la pública lectura, carezcan de gran valor intrínseco por ser obra meramente de circunstancias, mientras que otras veces el poeta, ávido de los entusiastas y estrepitosos aplausos que obtiene, procura únicamente el efecto, todo el efecto posible del momento, sin cuidar de otra cosa; de donde resulta que aquello que en un principio nos atraía por la hábil lectura y en el calor del espectáculo, después, cuando ya no median esas circunstancias, palidece, á guisa de esos cuerpos luminosos y errantes que al atravesar la atmósfera brillan, deslumbran y desaparecen.

Sin embargo de brotar espontáneas y fáciles, y de no recibir esmerado pulimento las composiciones de Peza, las tiene, según queda indicado, y en no escaso número, bellísimas, lo propio en la idea que en la forma.

En la poesía dedicada á una amiga del poeta, ausente como él de Méjico, su común patria, y que lleva por título *Recuerdos,* se leen estancias tan llenas, sonoras y armoniosas como las siguientes á las que pocas pueden compararse:

¿Dó está la blanca garza voladora
Que los juncales en el lago agita?
¿Dó está el zenzontle que dormido imita
De las vírgenes selvas el rumor?
. . . . . .

Allá bajo los toldos del follaje,
Que Otoño esmalta con doradas pomas,
Bulliciosa bandada de palomas
Se arrullan tristes al morir el sol.

La alondra habita los risueños valles,
Y cual flores con alma, en los jardines,
Agitan los parleros « colorines »
Sus alas que envidiara el arrebol.
. . . . . .

Dos aves hijas de la misma selva
Que abandonan la rama en que han nacido,
Si llegan á encontrarse, hablan del nido
Que fué su casto y primitivo hogar.

En la poesía *Mi Padre* brillan pensamientos tan nuevos y elevados como éstos:

Yo tengo en el hogar un soberano,
Único á quien venera el alma mía;
Es su corona de cabello cano,
La honra su ley y la virtud su guía.

. . . . . .

La amarga proscripción y la tristeza
En su alma abrieron incurable herida;
Es un anciano y lleva en su cabeza
El polvo del camino de la vida.

Ve del mundo las fieras tempestades,
De la suerte las horas desgraciadas,
Y pasa, como Cristo el Tiberiades,
De pie sobre las ondas encrespadas.

. . . . . .

« Haz el bien sin temer el sacrificio,
El hombre ha de luchar sereno y fuerte,
Y halla quien odia la maldad y el vicio
Un tálamo de rosas en la muerte. »

Después de leer estos versos siéntese como un alivio en el espíritu.

De las geniales composiciones de nuestro poeta, unos habrá que prefieran el ingenioso donaire de *César en Casa;* otros apreciarán, sobre todo, los primores que lucen en *Teología Infantil;* á éstos gustarán más los detalles realistas de *Cómo es Margot, Reyerta Infantil* y *El Gran Galeoto;* á aquellos encantará, particularmente, la ternura de *Á mis Hijas* ó *El Culto del Abuelo* etc.; mas nosotros anteponemos á todas esas delicadas creaciones las bellezas de *Fusiles y Muñecas, Éste era un Rey, La Noche Buena* y, sobre todo, *En el Cielo y en la Calle,* obra maestra de sentimentalismo que labrará á su autor eterno renombre.

Los juegos primeros de la infancia por cuyo medio comienzan á revelarse en un principio, como rasgos característicos de los sexos, el valor en el hombre y la ternura en la mujer, y después, las geniales inclinaciones que desarrolladas con la edad han de constituír el carácter distintivo del individuo, y decidir tal vez de su fortuna en el mundo; los ensueños de los niños, que juzgan que todas las cosas son buenas porque su alma está envuelta en un nimbo de bondad; las dudas y

los temores que todo ello despierta en el corazón del padre, sobre la suerte futura de sus hijos y esto expresado con inefable encanto, constituye el asunto de *Fusiles y Muñecas*.

En *Éste era un rey*, sorprende la difícil facilidad de la inventiva y de la ejecución; y cuantos hayan tenido la dicha de acariciar á un niño y apreciar el embeleso que causan sus gracias, esos mejor que nadie sentirán la belleza de esta composición.

¡La noche buena! Á cuántos poetas no ha inspirado una fiesta tan llena de recuerdos; y sin embargo, qué novedad ha sabido dar nuestro autor á sus versos sobre un tema que parecía agotado; qué animación y qué vida hay en ellos; qué cuadro tan acabado pinta de la familia; cuánto sabor local contiene esta composición. Al leerla se respira ambiente de pino; huele á heno. Está escrita *d'un seul jet*. Comienza festiva y ligera, sigue grave y triste para finalizar en un grito de forzado júbilo ahogando los sollozos. Nos parece más triste que todas las elegías de Ovidio.

Pero donde el numen de Peza ha alcanzado su mayor plenitud, donde ostenta todo el poderío su estro delicado, es en el poemita *En el Cielo y en la Calle*. Todo en él es admirable; argumento,

desarrollo, caracteres, elocución. Para hablar dignamente de composición semejante necesitaríase ser poeta como su autor. ¡Cuánta grandeza en tanta pequeñez! El asunto no puede ser más sencillo: una anciana trata de referir á su nietezuelo un cuento que éste interrumpe con las preguntas naturales en un niño; pero qué manera de concebirlo tan bella; suspende verdaderamente. Los personajes, el niño y la anciana están admirablemente delineados, al paso que el diálogo, en este caso por su naturaleza dificilísimo, está sostenido hasta el fin á la perfección. ¡Cuánta verdad en las preguntas del niño, y qué encanto en todo lo que la abuela responde!

No decimos que sea un modelo acabado, porque eso no se puede imitar. Obras como ésta se hacen en aquel momento supremo y único que el Cielo otorga al ingenio para que produzca su obra maestra.

Hemos dicho que no es éste sólo el género en que Peza sobresale; pues de sus mejores poesías de diverso carácter son sin duda, juntamente con las ya citadas, *En mi Barrio* y *Frente á Toledo*. Es la primera una verdadera elegía en la cual hasta el metro mismo, con acierto elegido, contribuye

eficazmente á comunicar al lector melancolía. Hay en ella verdadera armonía imitativa. El poeta vuelve después de los años á visitar el barrio y la casa donde vivió y amó. La encuentra abandonada, desierta ; y la impresión que en su alma produce espectáculo semejante, exprésalo con raudales de poesía. Después de hablar de la casa desierta, de la vieja ventana sobre la cual está la imagen de piedra á cuyas plantas, en otro tiempo, se regaban frescas flores, que hoy ya no inspira santo fervor, cubierta por el polvo y las telarañas, agrega :

Por muchos años allí prendido,
Único adorno del tosco altar,
Flota un guiñapo descolorido
Piadosa ofrenda que no ha caído
De las desgracias al hondo mar.

Á arrebatarlo nadie se atreve;
Símbolo santo de gran piedad
Mira del tiempo la marcha breve
Y cuando el aire lo empuja y mueve
Dice á los años : pasad, pasad.

¡Pobre guiñapo que el aire enreda,
Qué amarga y muda lección me da!

La vida pasa y el mundo rueda
Y siempre hay algo que se nos queda
De tanto y tanto que se nos va.
. . . . . .

¡Toda ha pasado! ¡Todo ha caído!
Sólo en mi pecho queda la fe
Como el guiñapo descolorido
Que á la escultura flota prendido ;
¡Todo se ha muerto, todo se fué!
. . . . . .

Ya no hay macetas llenas de flores
Que convirtieran en un pensil
Azotehuelas y corredores...
Ya no se escuchan frases de amores
Ni hay golondrinas del mes de abril.

No puede ser más sentido lo que así se expresa ; y ante tal elocuencia repetimos las palabras que *El Nigromante* decía á su discípulo : « Quien así siente, quien así se expresa, no hay duda que en alas de su corazón y de su fantasía ha podido vagar por las poéticas regiones ». Cuánto color local encierra también esta composición. Aquella puerta exigua que en ella se menciona, aquella oscura calleja, la santa de tosca piedra, los tiestos azules,

las jaulas de las azotehuelas, las flores secas de las pasadas verbenas, todo, todo nos retrata por modo poético la ciudad del pasado, el Méjico de antaño con sus casas de oscuro tezontle, y sus nichos, y sus cruces de tosca piedra, y sus antiguas verbenas, que va desapareciendo en metamórfosis si plausibles á la higiene, funestas á lo pintoresco. La comparación del guiñapo con la fe no pudo haber sido más natural y felizmente hallada. Brota de las entrañas del asunto.

Una ruina hizo nacer tan sentida elegía, otra ruina arranca al poeta quizá sus más armoniosas y musicales estrofas exuberantes en colorido: la ciudad de Toledo. Romana, goda, cristiana, musulmana, española á un tiempo; poblada de tradiciones y de recuerdos; corte un día lleno de esplendor y tumba que á la vez ha sido de cien generaciones, la muerta ciudad ofrece motivo opulento no ya á la meditación del historiador y al examen del anticuario, á los cantos del poeta; y Peza que la ha contemplado no en los transportes de su imaginación, sino realmente, de hecho, pisando sus arenas, respirando su ambiente, vagando entre sus ruinosas fábricas, ha podido sentir su muerta grandeza y cantar su pasada gloria; y para ello ha

dispuesto del mismo incomparable idioma en que se escribiera *El Cristo de la Vega*, y por eso ha competido en rítmica armonía y en combinaciones de sonidos y líneas y colores, con el musical Zorrilla.

Véanse en comprobación de ello, las siguientes décimas ya que no transcribimos la composición entera por ser extensa:

Arriba azul, verde abajo,
Pleno abril, sol esplendente,
Y yo sentado en un puente
Que cabalga sobre el Tajo.
Ara el buey con gran trabajo
La lejana sementera;
Zumba la abeja doquiera;

Cada planta tiene flor;
Los cielos dicen: ¡amor!
Y los campos: primavera.
. . . . . .

¡Cómo resaltan bañadas,
Del sol por los rayos puros
En cornisones oscuros,
Almenas desportilladas!
Sobre ramblas aplomadas

Se mira en conjunto vago,
El rudo y constante estrago
De los siglos, que han escrito
Su paso sobre el granito
Con ortiga y jaramago.

¡Toledo! rico tesoro
De señoriales contiendas,
De cuentos y de leyendas
Que enaltecen al rey moro;
Te envuelve en nimbos de oro
El sol que tus campos baña
Y tienes la pompa extraña
De una majestad caída
Que refleja, ya vencida,
Todo el esplendor de España.
. . . . . .

Con soberbia majestad
Por la historia consagrados,
Alza sus muros calados
Coronando la ciudad,
El Alcázar que en la edad
De heroísmo sin segundo,
Vió con asombro profundo
Salir de allí, sin mancilla,
Los leones de Castilla
Para dominar el mundo.

Éstos son de aquellos versos que al par que complacen el entendimiento, deleitan el oído, y que, producto feliz de una fantasía fresca y lozana, llevan por sino quedar grabados en la memoria juntamente con aquellos otros fragmentos de la selecta Musa castellana que para saborearlos mejor, se aprenden y recitan á voluntad sin que sea necesario abrir el volumen en que estén impresos.

Véase, en fin, el levantado estro y la pureza de líneas de las siguientes estancias de *Méjico y España*, con las cuales ponemos punto al tal vez ya largo número de citas:

Admiro, Iberia altiva, tu nobleza,
Tu carácter indómito y bravío,
Pero á la par admiro la grandeza
Y el heroico valor del pueblo mío.

¿Qué hallaste en estos reinos ignorados?
Un pueblo que del oro no se engríe,
Una Otumba que admira á tus soldados
Y un Cuauhtemoc que en el tormento ríe.

Hasta ahora había sido celebrada Otumba por labios españoles, mas las glorias de esa memorable rota compártenlas mejicanos é iberos; y pues

éstos la ensalzaron, justo era que tuviese también del lado nuestro el canto que al fin hallara.

Habráse podido por lo anterior apreciar que si bien es cierto que nuestro poeta descuella por sus cantos á la niñez, en los que su numen se eleva á una altura á que ningún otro llegara de los que han *effleuré*, valga la palabra, el género, lo es igualmente que tiene poesías de distinta índole muy bellas, mereciendo por unas y otras composiciones ocupar preeminente puesto en el Pindo mejicano.

Si bien las letras mejicanas, á partir de la Independencia, cuentan con exiguo caudal en dramas y novelas, en cambio, los cultivadores de la poesía lírica no han sido escasos entre nosotros. Cierto que no contamos con los Víctor Hugo ni con los Goethe con que otras literaturas se enorgullecen; pero hemos tenido, sin embargo, ingenios de sobresaliente mérito que han rendido culto á las Gracias, unos siguiendo derroteros frecuentados, otros más independiente camino. Y de estos últimos los que según la desautorizada opinión del que escribe estas líneas, tienen individualidad más marcada, personalidad literaria de mayor relieve, son (del Collado no nació en Méjico) Carpio, Acuña

y nuestro poeta. Cada uno de ellos á la originalidad suma el mérito intrínseco de sus obras, con su estilo, su manera propia no confundibles con los de otro alguno. Pesado, si se quiere, será más correcto; Arango, más atildado; de la pluma de Flores habrá salido la sin par creación de su *Eva*, etc.; pero ninguno presenta como los tres referidos un sello propio tan marcado, tan suyo, en el conjunto de sus obras. Sobresale Carpio en sus poesías sagradas; Acuña en los himnos á la inmortalidad de la materia ó á sus infortunados amores; Peza en sus cantos á la niñez; todos en la espontaneidad de su rica inspiración; y Peza que con los dos primeros posee composiciones de no pequeña valía, ha de gozar celebridad imperecedera, porque obras como las suyas son de aquellas que, como dice Taine, « sobreviven al siglo y al pueblo que las han producido salvando los límites del tiempo y del espacio; por donde quiera que se encuentre un espíritu que piense, serán ellas comprendidas; su popularidad indestructible y su duración infinita ».

MANUEL G. REVILLA.

Méjico, abril de 1891.

POESÍAS

POESÍAS

Á SOAPAYUCA (1)

Á LA VIRTUOSA É INTELIGENTE SEÑORA

Dª. MARÍA G. DEL BARRIO DE CAMPERO

Cual gótico castillo legendario,
Sobre praderas de esmeralda amenas,
Levantas en el campo solitario,
Junto al humilde, alegre campanario,
Tu frontón coronado por almenas.

¡Á cuánto bienestar tu calma invita!
En ti reina la paz que ardiente anhelo
Para aliviar la pena que me agita.
¡Cuánta envidia me da tu cruz bendita,
Que alza sus brazos al azul del cielo!

(1) Hermosa finca de campo, ubicada en el Estado de México.

¡Cómo envidio á la parda golondrina
Que cuelga aquí su nido cariñosa,
Y libre va del llano á la colina!
¡Cómo envidio á la fuente cristalina,
Que tu jardín alegra rumorosa!

El combate del mundo me ha dejado
Enfermo el corazón, el alma fría,
Triste el presente, el porvenir nublado,
Y para siempre yerto y apagado
El que fué sol de la esperanza mía.

Huyeron ya veloces y traidoras,
De falso brillo y de ponzoña llenas,
Las que juzgué mis dichas seductoras;
Y en cambio quedan mis amargas horas,
Mis duelos tristes y mis hondas penas!

¡Oh apetecible soledad tranquila,
Donde la fe del alma no se pierde
Ni la razón desmaya ni vacila,
Y en que alegran la mente y la pupila,
El cielo azul y la llanura verde!

¡Qué venturosa vive en la cabaña
La familia del rudo campesino,

Á la que Dios bendice y acompaña!
¡Cuánto misterio celestial entraña
La cruz clavada al borde del camino!

¿Quién, ya sin paz, sin ilusión alguna,
Como yo, en las tormentas de la vida,
No tiene envidia á la ignorada cuna
De los seres que labran su fortuna
Por la senda más dulce y escondida?

¿Quién pudiera borrar de la memoria
Tantos recuerdos tristes que ennegrecen
Las breves hojas de mi humilde historia?
¡Los lauros del amor y de la gloria,
Ni yo los busco, ni en mi huerto crecen!

Que son esos aplausos, ese acento
Que nos embriaga y nos alienta á veces,
Humo fugaz que desbarata el viento,
Al vernos apurar, sin un lamento,
El cáliz del dolor hasta las heces.

¡Oh sagrada amistad, sol de consuelo,
Eterno culto que mi pecho abriga,
Único alivio á mi constante duelo,
Única estrella de mi triste cielo,
Deja que con el alma te bendiga.

No es verdad que en el mundo todo muere;
No es verdad que en el mundo todo es vano:
Si alguien nos odia, alguno nos prefiere;
Y detrás de la mano que nos hiere,
Siempre acude á salvarnos otra mano.

Vos lo sabéis, señora: en la violenta
Tempestad de mi vida, hallé una palma
Que me prestó su amparo en la tormenta;
Dios la bendice, la virtud la alienta.
Y yo le doy la gratitud del alma.

Y vos, de alta virtud hermoso ejemplo,
Tesoro de talento y poesía,
Á quien siempre magnánima contemplo:
Benévola acoged en vuestro templo
Las tristes notas de la lira mía.

Que os hablen de la vida sosegada
Que ofrece, sin zozobra ni temores,
La hermosa estancia para vos formada;
Y estos versos de un alma desgarrada,
Cayendo á vuestros pies, cámbiense en flores.

EL NOMBRE

En tronco añoso de robusta encina
Que el tiempo respetó,
El bello nombre que mi ser fascina
Mi mano buriló.
Dije: « recuerdo de la historia mía,
Eterno vas á ser ».
Retumbó el rayo en la extensión vacía
Y ni el árbol ni el nombre volví á ver.

—

En el muro macizo é imponente
Que defiende el altar,
Dentro del templo con afán ardiente
Fuí ese nombre á grabar.
« De amor emblema, de constancia ejemplo »

Dije : « eterno has de ser ».
La mano de la ley derribó el templo
Y ni el muro ni el nombre volví á ver.

—

En el tosco peñón que desafía
Las iras de la mar,
Con agudo buril la mano mía
Fué ese nombre á grabar.
Dije : « en página eterna, vendré á solas
Ese nombre á leer ».
Creció la mar, hincháronse las olas
Y ni peñón ni nombre volví á ver.

—

¡Oh nombre augusto que mi amor invoca!
¿Dónde te he de escribir
Si en la encina, en el muro y en la roca
No has podido vivir?
Es que no debo verte profanada,
Cifra de mi pasión :
¡De hoy para siempre vivirás grabada
Sólo en mi corazón!

AL CUMPLIR TREINTA AÑOS

AL GENERAL VICENTE RIVA PALACIO

Como el arco de oro y grana
Dosel del erguido monte,
Que en el azul horizonte
Abre paso á la mañana;
Así de mi edad temprana
En la ignorancia atrevida,
Miró el alma conmovida
Gloria, fe, sueños dorados,
Arreboles agrupados
En la puerta de la vida.

Y tras los blancos crespones
Que el sol de la fe bañaba,
Absorta el alma escuchaba

Rimas, trovas y canciones;
Misteriosas vibraciones
Brotadas de ignota lira,
Frases que el viento suspira,
Fantasmas que en esa edad,
Engendran luz y verdad
En la sombra y la mentira.

¡Cuán bello cruza el amor
Luciendo brillantes galas,
Y reflejando en sus alas
De la aurora el resplandor!
Y cómo al dulce calor
De aquella edad venturosa,
Puede el alma cariñosa
Mirar, sin esfuerzo vano,
En cada amigo un hermano,
Y un ángel en cada hermosa.

Por esa luz encantada
Alumbrado el porvenir,
Sueña el alma con vivir
En una eterna alborada.
Se reffeja en la mirada
Del corazón la pureza,

Y no empañan la belleza
De nuestro azul firmamento,
Sombras de remordimiento,
Crepúsculos de tristeza.

Y como estrellas errantes
En constante torbellino
Alumbran nuestro camino
Las ilusiones brillantes:
Nobles amigos constantes;
Mujeres tiernas, fieles;
Nuestro nombre los cinceles
Eternizando en la historia,
Y en todas partes la gloria
Ofreciéndonos laureles.

Sin sospechar la perfidia
Ni el mal, ni el rencor profundo,
Sin advertir que en el mundo
Vive y se agita la envidia;
Sin adivinar que lidia
El crimen con la inocencia;
Sin pensar que la existencia
Es lucha en la que, cobarde,
Acude inútil y tarde
Á salvarnos la experiencia.

Así el arco de oro y grana
De la puerta de la vida
Cruza el alma enternecida,
Con sus ensueños ufana;
Y tras la primer mañana
De ilusiones y de encanto,
Mira descorrerse el manto
Que ocultó sombras y abrojos
Y enturbia entonces los ojos
La amarga nube del llanto.

Esas lágrimas que ciegan,
¡Con cuánto dolor se lloran!
Y cuando no se evaporan,
Otras á alcanzarlas llegan:
Llanto nuestros ojos riegan;
Y tras de tanto sufrir
Pensando en lo porvenir,
Viénense al fin á negar,
Las pupilas á llorar
Y el corazón á sentir.

Y sin fe, sin esperanza,
El alma ve con temor
La traición en el amor,
En la amistad la asechanza;

Sin ilusiones avanza;
Abrojos tan sólo pisa
Y para marchar de prisa,
Cual sueña su amor profundo,
Lleva al carnaval del mundo
El antifaz de la risa.

Pero en ese carnaval
Víctimas somos también
Que vamos mintiendo el bien,
Cuando alentamos el mal.
Ruge en el pecho, fatal,
De las penas la tormenta,
Y busca el alma sedienta
Algo que su mal mitigue,
Y la envidia la persigue,
Y la calumnia la afrenta.

¿Y es ésta la vida? ¿Es esto
Cuanto el porvenir encierra?
¿No hay un consuelo en la tierra
Para el destino funesto?
¿Tan presto vuelan, tan presto
Las ilusiones? ¿será
El desierto más allá...?
¿Para la razón escasa

Todo vuela, todo pasa,
Todo se muere y se va?

Si se aumenta con los años
Tan espantosa aridez,
¿Qué nos queda en la vejez,
Tras de tantos desengaños?
Por males propios y extraños
Secándose el corazón;
Muertas la fe y la ilusión,
El cuerpo débil y enfermo
Y alumbrando un campo yermo
El astro de la razón.

Sigamos con firme paso
Por esta ruta sombría,
Mientras el sol cada día
Va del Oriente al Ocaso.
Cual la flor deja en el vaso
Su perfume, en nuestra historia
Dejemos una memoria;
Tornemos en risa el duelo...
Sufrir sin pedir consuelo,
Es la verdadera gloria.

1882.

PECAR REZANDO

Inés es joven : en su faz hermosa,
Luchando están como Hércules y Anteo,
El carmín pudibundo de la rosa,
Con la avarienta lumbre del deseo.

Torna los corazones en despojos,
Pues tiene en su diabólico albedrío,
Miel en sus frases, dardos en sus ojos
El alma en ascuas y el semblante frío.

Es blanca en su exterior como azucena;
Negra en su fondo cual la noche oscura;
Roja adelfa es su boca, que envenena
Al que una gota de su miel apura.

Á fuerza de sufrir, lleva consigo
Tal odio al mundo que su planta pisa,

Que, engañando al amante y al amigo,
Usa como una máscara la risa.

Visita los altares, y allí brota
De sus labios y en público la queja :
Que por ganar la fama de devota,
Ha dado, siendo joven, en ser vieja.

Cansada al fin de dar funesto ejemplo,
Suelta un negro mantón sobre su talle,
Y aunque igual en la calle y en el templo,
Hoy ha cambiado el templo por la calle.

En la humildad con que su rostro juega,
Se juntan lo piadoso y lo pagano :
Un correcto perfil de estatua griega,
Y el colorido del pincel romano.

Tan modesta se viste, y tan seguido
Se la mira en el templo lacrimosa,
Que son juntos su faz y su vestido,
Hábito y faz de austera religiosa.

Cuando se halla en el templo arrodillada,
Rezando en alta voz con gran tristeza,

La gente que la ve dice asombrada :
« Inés es muy devota porque reza ».

Los ojos bajos y la faz contrita,
Trémulos y turbados sus acentos,
Toma y lleva á su frente agua bendita,
Para ahuyentar los malos pensamientos.

Se ven correr las cuentas del rosario
Entre sus dedos de alabastro y grana,
Como en el blanco lirio solitario
Las perlas de la púdica mañana

Cuantos miran á Inés rezar sumisa,
Y oyen la voz con que piedad implora,
Y ven que, puesta en cruz, toda la misa,
Solloza, ruega, se estremece y llora ;

Al ver su rostro en lágrimas deshecho,
Con santa unción resplandecer ufano ;
Las reliquias que cuelgan de su pecho,
Las novenas que tiemblan en su mano ;

Juzgan verdad su devoción sagrada,
Cierta juzgan su mística tristeza,

É ignoran que la dama arrodillada
No viene á orar... y, sin embargo, reza.

Entre orar y rezar hay un abismo,
Que ni medir ni escudriñar me toca :
El rezo y la oración no son lo mismo,
Que no es lo mismo el alma que la boca.

Inés, del templo en la imponente calma,
Por rendir culto á Dios, le infiere agravios :
Su rezo está en la boca, no en el alma...
¡La oración en el alma, no en los labios!

La dulce fe de sus primeros días
Mataron en Inés los desengaños,
Y hoy reza en alta voz *Avemarías*
Iguales : ¡ay! á las de aquellos años.

¿Qué son las tiernas frases de su boca?
Gritos que aturdirán su propio duelo...
Flores con que su afán cubre una roca
Coronada de témpanos de hielo.

Víctima de su gracia y su belleza,
Tiene Inés una historia de dolores,

Y recuerda su historia cuando reza,
Queriendo despertar tiempos mejores.

Rezando sin orar, en voz muy alta,
Ofende al templo del Señor, sagrado,
Pues pone allí, para encubrir su falta,
El rezo como escudo del pecado.

Es incrédula, y júzganla creyente;
Llena con falso culto el alma hueca,
Y así á la faz de Dios rezando miente,
Y el mundo ignora que rezando peca.

¡El mundo! Vedlo... toma como ejemplo
De santa unción á Inés que está llorando...
¿Ejemplo? Sí : de las que van al templo,
Hijas del mal, para pecar rezando.

¿Cómo ensalzar sus aparentes galas
De misticismo y devoción? — ¡Del cielo
Es la oración, que, al agitar sus alas
Ni polvo ni rumor alza en el suelo!

DOS PERLAS

Nació en el fondo de la mar bravía,
En su cárcel de nácar refulgente,
La perla que hoy sobre tu hermosa frente
Roba su brillo al esplendor del día.

Así dentro de tu alma nacería
Esa furtiva lágrima candente,
Que brillando en tus ojos tristemente
Miré rodar sobre tu faz sombría.

¡Ah! tú no eres feliz con la riqueza;
Y encubre tu esplendor tantos pesares
Como perlas adornan tu cabeza.

Habla más á los seres no vulgares
Una perla del mar de la tristeza,
Que las perlas del fondo de los mares.

Madrid, 1879.

ACUARELA

Una calleja sombría,
Una dama, un rondador,
Breve diálogo de amor
Acabado « en tuyo » y « mía ».
De un beso el eco sonoro,
Dos suspiros, luego un « sí »,
Un « no te olvides de mí »,
Un «¿me quieres?» y un « te adoro ».
Después el rodar de un coche,
El cerrarse de un balcón,
Y en la torre el triste son
De las doce de la noche.
Tal es el cuadro que dejo
Á un pintor original;
No es propio y es nacional,
Es muy nuevo y es muy viejo.

REÍR LLORANDO

Viendo á Garrik — actor de la Inglaterra —
El pueblo al aplaudirlo le decía :
« Eres el más gracioso de la tierra,
Y más feliz. . . . . »
Y el cómico reía.

Víctimas del *spleen*, los altos lores
En sus noches más negras y pesadas,
Iban á ver al rey de los actores,
Y cambiaban su *spleen* en carcajadas.

Una vez, ante un médico famoso,
Llegóse un hombre de mirar sombrío :
« Sufro — le dijo — un mal tan espantoso
» Como esta palidez del rostro mío.
» Nada me causa encanto ni atractivo ;
» No me importan mi nombre ni mi suerte.

» En un eterno *spleen* muriendo vivo,
» Y es mi única pasión la de la muerte. »
— Viajad y os distraeréis.
— ¡Tánto he viajado.
— Las lecturas buscad.
— ¡Tándo he leído!
— Que os ame una mujer.
— ¡Si soy amado!
— Un título adquirid.
— ¡Noble he nacido!
— ¿Pobre seréis quizá?
— Tengo riquezas.
— ¿De lisonjas gustáis?
— ¡Tántas escucho. . . .!
— ¿Qué tenéis de familia?
— Mis tristezas.
— ¿Vais á los cementerios?
— Mucho... mucho...
— ¿De vuestra vida actual tenéis testigos?
— Sí, mas no dejo que me impongan yugos :
Yo les llamo á los muertos, mis amigos ;
Y les llamo á los vivos, mis verdugos.
— Me deja — agrega el médico — perplejo
Vuestro mal, y no debo acobardaros ;
Tomad hoy por receta este consejo :

« Sólo viendo á Garrik podréis curaros. »
— ¿ Á Garrik?
— Sí, á Garrik... La más remisa,
Y austera sociedad le busca ansiosa;
Todo aquel que lo ve, muere de risa :
¡ Tiene una gracia artística asombrosa!
— ¿Y á mí me hará reír?
— ¡ Ah! sí, os lo juro;
Él, sí; nada más él; mas. . .¿ qué os inquieta?
— Así — dijo el enfermo — no me curo :
¡ Yo soy Garrik!... Cambiadme la receta.

—

¡ Cuántos hay que, cansados de la vida,
Enfermos de pesar, muertos de tedio,
Hacen reír como el actor suicida,
Sin encontrar para su mal remedio!
¡ Ay! ¡ Cuántas veces al reír se llora!
¡ Nadie en lo alegre de la risa fíe,
Porque en los seres que el dolor devora
El alma llora cuando el rostro ríe!
Si se muere la fe, si huye la calma,
Si sólo abrojos nuestra planta pisa,
Lanza á la faz la tempestad del alma
Un relámpago triste : la sonrisa.

El carnaval del mundo engaña tanto,
Que las vidas son breves mascaradas;
Aquí aprendemos á reír con llanto,
Y también á llorar con carcajadas.

UN CONSEJO DE FAMILIA

¿Quién la miseria y el amor concilia?
Esto más que un problema es un misterio.
Para hablar de un asunto que es tan serio,
Hubo ayer un consejo de familia.
Hizo de presidente del consejo
Un hombrecito á quien la edad agobia,
Y que además del chiste de ser viejo,
Es, nada menos, padre de mi novia.
Á su lado, y en cómoda poltrona,
Con franco y natural desembarazo,
Estaba una señora setentona
Con un perro faldero en el regazo.
Y en derredor, con rostros muy severos,
Prontos á discutir y meter baza,
Estaban cual prudentes consejeros
Seis ó siete visitas de la casa.

Y entre todos, causando maravilla,
De gracia y juventud rico tesoro,
Como un ángel, sentada en una silla
Estaba la mujer á quien adoro.
— Con que, vamos á ver, dijo indiscreta
La madre, por anciana impertinente,
¿Es verdad que eres novia de un poeta
Que ya ciñe un laurel sobre su frente?
— Puesto que lo sabéis, dijo la niña,
No lo puedo negar : le quiero mucho.
— Mereces, dijo el padre, que te riña,
Y la anciana exclamó : — ¡Cielos! ¡qué escucho!
¡Blasfemia intolerable que me irrita!
— ¡Habráse visto niña descarada!
Dijo en tono burlón una visita,
Pegándose en la frente una palmada.
— Los versos nada más son oropeles,
Dijo la anciana en tono reposado,
Y apuesto á que no sirven sus laureles
Ni para sazonar el estofado.
¡Un novio soñador y sin dinero!
Hija, esto sí que nadie lo perdona;
Ya que tiene corona y no sombrero,
Fuera mejor que usara su corona.

— Los hombres, dijo el padre, son perversos,
Pero más los poetas de hoy en día.
Quizá te piense alimentar con versos,
Y eso vas á comer ¡pobre hija mía!

— Ó, quién sabe, agregó, con triste acento
Una visita, al parecer piadosa,
Si se irán á poblar el firmamento,
Ó á vivir en el cáliz de una rosa.

— Puede ser, interrumpe otra persona,
Que intenten levantar, llegado el caso,
Á orillas de la fuente de Helicona,
Un palacio en las faldas del Parnaso.

El regalo de boda, amigo mío,
Tendrá joyas riquísimas y bellas :
Junto á un collar de perlas del rocío,
El manto azul del cielo y sus estrellas.

Envidia te tendrán los serafines,
Pues tendrás, deleitando tu hermosura,
Una alfombra de nardos y jazmines
Y un ruiseñor que cante en la espesura.

El marido feliz te dará un beso
Diciendo : ¡tengo un ángel por esposa!
¿Y á la hora de comer? ¡quién piensa en eso!
¡Para el poeta la comida es prosa!

Un coro de estridentes carcajadas
Satíricas, terribles, internales,
Convirtió las mejillas en granadas
Al ángel de mis sueños celestiales.

— ¿Conque piensas seguir esos amores,
Tú, la más infeliz de las mujeres,
Piensas con el aroma de las flores
Vivir entre la dicha y los placeres?

¿Á qué alta sociedad, hija querida,
Te llevará ese amor del cual abusas?
¡Ha de ser muy monótona la vida,
Sin tener más visitas que las musas!

Otra risa estalló ¡bendita risa!
Entonces ella abandonó su asiento,
Y con grave ademán y muy de prisa
Salió, sin vacilar, del aposento.

Llamáronla mil veces, pero ella,
Espléndida, graciosa, soberana,
Como asoma en los cielos una estrella,
El rostro fué á asomar por la ventana.

— Ven, me dijo, mitad del alma mía.
Dicen que amarte es prueba de torpeza,
Que por pobre te olvide ¡qué ironía!
Que te deje por pobre ¡qué tristeza!

Como no te comprenden, ya por eso
Destruír mis amores se concilia.
Yo siempre seré tuya : dame un beso :
¡Se ha lucido el consejo de familia!

1872.

RECUERDOS

EN EL ÁLBUM DE UNA MEJICANA

Fulgura el sol en el zenit; su lumbre
Las plantas y los árboles desmaya,
Contra las negras rocas de la playa
Sus ondas quiebra perezoso el mar.

Reina del aire, la gaviota errante
Va por la azul inmensidad cruzando,
Mientras yo, triste, vago suspirando
Muy lejos de la patria y del hogar.

Busca en vano la mente fatigada
Los bosques de sabinos seculares,
Las ceibas, los naranjos, los palmares
Que ayer alegre y satisfecho vi.

Y humedecen las lágrimas mis ojos;
Se llena el alma juvenil de duelo,

Porque este cielo azul no es aquel cielo,
Porque nada de América hay aquí.

Recuerdo alborozado aquellas tardes,
De la Natura y del Amor tesoro,
Cuando el sol que se oculta en mar de oro
Baña del cielo el nacarado tul.

Y los volcanes cuya eterna nieve
Mares esconde de candente lava,
Y el pico de cristal del Orizaba
Que altivo rasga el infinito azul.

Los mangles, atalayas de la costa,
Con sus penachos altos y severos,
Los erguidos, sonantes cocoteros
Que fruto y sombra al caminante dan.

Aquellas flores de perpetuo aroma,
Aquellos tan alegres horizontes,
La frente audaz de los soberbios montes,
Donde estrella su furia el huracán.

¿Dónde está la caléndula de nieve,
Rojos jacintos y purpúreas rosas,
Que buscan las doradas mariposas,
Y besa revolando el *pica-flor*?

¿Dó está la blanca garza voladora,
Que los juncales en el lago agita?

¿Dó está el zenzontle, que dormido imita
De las vírgenes selvas el rumor?

La brisa de mi patria, cual la brisa
Que los cedros del Líbano atraviesa,
Caliente y perfumada, mueve y besa
Las hojas del florido cafetal.

Sobre eternas campiñas de esmeralda
Brilla en el cielo azul la blanca luna,
Que refleja el cristal de la laguna
En la serena noche tropical.

Allá bajo los toldos del follaje
Que Otoño esmalta con doradas pomas,
Bulliciosa bandada de palomas
Se arrullan tristes al morir el sol.

La alondra habita los risueños valles,
Y cual flores con alma, en los jardines
Agitan los parleros *colorines*
Sus alas, que envidiara el arrebol.

¡Oh verjel de mis sueños! tierra hermosa
Que guardas mis recuerdos y mis lares,
Queda con Dios tras los revueltos mares :
Yo lejos vengo á suspirar por ti.

Buscando tus estrellas y tus flores,
Suspira el alma con profundo duelo,

Porque este cielo azul no es aquel cielo,
Porque nada de América hay aquí.
Dos aves, hijas de la misma selva,
Que abandonan la rama en que han nacido,
Si llegan á encontrarse, hablan del nido
Que fué su casto y primitivo hogar.
Á ti, de los jardines de mi patria
Flor que tesoros sin igual encierra,
Consagro los recuerdos de la tierra
Que allá quedó tras la extensión del mar.
Llevas la luz del trópico en los ojos,
Y la voz de sus brisas en tu acento,
Su clima en tu ardoroso pensamiento,
Su grandeza en tu propio corazón.
¡Feliz si el nombre de la patria hermosa
Tus más bellas palabras acompaña!
El nombre de la patria en tierra extraña
Es un poema, un himno, una oración.

Costa Cantábrica, 1878.

SU ÚLTIMA CARTA

He leído tu carta : ¡qué elegante !
¿Dónde tu pluma su lenguaje toma?
Ni el más rendido y cariñoso amante
Habla tan dulce y celestial idioma.

Me pareces de aquellos trovadores
Que al pie de la calada celosía
Entonaban sus cánticos de amores
En quietas horas de la noche umbría.

Caballero gentil de otras edades,
Abierto está mi corazón sincero,
Y es justo que olvidando vanidades
La dama le responda al caballero.

Me resuelvo á escribirte ; tú lo quieres ;
Mi estilo no tendrá tu galanura,

Pero nadie nos gana á las mujeres
En cuestiones de amor y de ternura.

No busques las palabras cadenciosas
De un lenguaje castizo y estudiado :
Las praderas del trópico dan rosas,
Sin que nadie las haya cultivado.

Tú me has hecho soñar horas felices,
Y tan supremo bien debo pagarte...
Son tan bellas las cosas que me dices,
Que no sé cómo pueda contestarte.

« Que á los hombres mis gracias vuelven locos;
Que á un gran talento la belleza aduno »...
¡Gracias! Eres galante como pocos,
Y has sido siempre amable cual ninguno.

Tu imagen de mi pecho no se aparta ;
El pincel fué tu amor, mi mente el lienzo ;
Para hablar de ese cuadro en esta carta ...
Aquí termino el prólogo, y comienzo.

*
* *

Para guardar una ilusión querida,
Como culto inmortal, grande y profundo,
Es muy breve el espacio de una vida
Que tan rápida pasa por el mundo.

¿Crees eterno un amor todo pureza?
¿Juzgas eterno el fuego del cariño?
Perdona que lo diga con franqueza :
En cuestiones de amor eres un niño.

En la lucha tenaz de las pasiones,
Poblada de insensatos devaneos,
No pueden conformar las ilusiones
Á quien no satisface sus deseos.

Quiero hacerte feliz ; quizás ignores
Que la felicidad que al hombre halaga,
Es un astro de vivos resplandores
Que al alumbrar la realidad se apaga.

Dices que te cautiva mi hermosura,
Que te queman mis ojos adormidos,
Y que buscas la miel de la ventura
Sobre mis labios rojos y encendidos.

Que, como á Dios, tu corazón me adora;
Que sólo anhelas, de esperanza lleno,

Reclinar tu cabeza pensadora
Sobre el caliente mármol de mi seno.

Que siempre que me miras te estremeces;
Que á todas partes cual la luz te sigo;
Que quieres apurar hasta las heces,
El cáliz del placer, sólo conmigo.

Que no envidias la gloria de los sabios;
Que á otra gloria mayor tu pecho aspira:
La de juntar tus labios con mis labios,
Pues fuera del amor, todo es mentira.

Que anhelas en tu erótica locura,
Morir entre tan dulces desvaríos,
Mezclándose en la misma sepultura
El polvo de tus huesos y los míos,

Que soy ser de tu ser. ¡Ah! yo no puedo
Creer vano el mundo que en tu sueño labras;
Mi razón se oscurece, y tengo miedo
De quemarme con sólo tus palabras.

Si existen esas dichas que imaginas,
Si hay placeres así, tan celestiales,
¿Por qué prohiben todas las doctrinas
Amarse libremente á los mortales?

Dices que soy tu Dios... ¿Eres ateo?
¡Tan hondo pensamiento me contrista!
Con el mágico prisma del deseo,
¿Dios también desparece de tu vista?

Sábelo de una vez; has trastornado
Toda mi vida y mi razón entera;
Tuyo es mi corazón enamorado;
Si tuviera mil vidas te las diera.

Pretendí razonar... ¡Torpes errores!...
Voy á abrirte sin miedo el alma mía...
Cuando encienden su hoguera los amores,
No sirve la vulgar filosofía.

Pensando en la pasión que ya me abisma
Por más que á tantas tentaciones huyo,
Hoy fuí al espejo, y me besé yo misma,
Haciendo el rostro de la imagen tuyo.

Y el cristal me ha mentido de tal suerte,
De tal modo vi en él tu rostro impreso,
Que caí desmayada, y quedé inerte,
Creyendo tuyo el solitario beso.

Y cuando he vuelto á la razón, me asombra
Pensar, con insensato desvarío,

Que si queman los besos de una sombra,
Tus besos matarán, amado mío.

Esa terrible reflexión me aterra,
Y aunque causa decírtelo sonrojos,
Queriendo ser feliz sobre la tierra,
Rompí el cristal para buscar tus ojos.

Ven y perdona mi entusiasmo ciego;
No importa que me des dichas ó penas;
Ven, porque para ti siento de fuego
La sangre que circula por mis venas.

Quiero ese amor en que por ti he creído,
Pues soy, para soñar en los placeres,
Árabe en cuya sangre se ha fundido
El hierro de las lanzas bereberes.

Ven; ya te espero apasionada y loca;
Busca el caliente mármol de mi seno,
Junta después tu boca con mi boca,
Y á ver si así me salvo ó me condeno.

1880.

AMANECIENDO

Un niño muerto en la cuna;
La madre llorando al pie;
Por la ventana se ve
Llegar á ocaso la luna.

En la pobre habitación
Brilla escasa y tenue luz
Debajo de negra cruz,
Emblema de redención.

La madre se desespera,
Y junta, besando al niño,
Á lo blanco del armiño
La palidez de la cera.

Á un tiempo se queja y ora
Á un tiempo duda y suspira;

Le habla, lo toca, lo mira,
Pronuncia su nombre y llora.

Á veces, « ¿Por qué te vas? »
Pregunta con hondo empeño,
Y á veces dice : « ¡Es un sueño!
» Ya pronto despertarás ».

Y mirando al niño yerto,
Exclama en su desvarío :
« ¡Qué sosegado y que frío!
¡Si parece que está muerto! »

Y con esta ilusión vana,
Que encarna allí su fortuna,
Parece junto á la cuna
Un ángel en forma humana.

Oye un coro resonar
Que dulces voces derrama :
« ¡Son los ángeles », exclama;
» Se lo vienen á llevar! »

Y al ver los rojos destellos
Que bajan del niño en pos,
Agrega : « Te alumbra Dios
» El camino : ¡ve con ellos! »

« Sí, Dios te llama, alma mía »...
Y el rostro al del niño junta,
Y se desmaya; y despunta
Allá por Oriente el día.

¡Todo es luz, vida y belleza
En torno de aquel dolor!
¡Y hay quien llame con amor
Madre á la naturaleza!

1882.

Á CASTELAR

LEÍDO EN UNA VELADA EN LA CASA
DEL EMIMENTE ORADOR

Eco de un siglo que recoge ufano
De tu palabra el rayo prepotente,
Brilla del uno al otro continente,
El fulgor de tu genio soberano.

No pudo nunca el orador romano
Ser como tú tan grande y elocuente;
Y ya tienes más lauros en tu frente,
Que palmas mi verjel americano.

Mañana que en tus obras tu memoria
Guarde la humanidad, sin mancha alguna,
¿Dónde cabrá lo inmenso de tu gloria?

¿Dónde cabrá la gloria de tu cuna?
¡Tu eterno pedestal será la Historia!
¡Tu eterno monumento la Tribuna!

1879.

RERUM NATURÆ

Sobre la triste tumba que abandona
El vano deudo que por necio brillo
La ornó ayer con espléndida corona,
Crece el clavel silvestre y amarillo.

Y sobre ese clavel que de áureo manto
Viste la tumba que olvidó el impío,
Sólo viene á llorar al campo-santo
El alba que lo empapa con rocío.

Se rompe al fin la tumba y nadie advierte
Lo que guardaba en su mansión oscura,
Porque ya en polvo lo cambió la muerte
Y el viento esparció el polvo en la llanura

Y en aquel sitio en que ninguna mano
Enciende cirios ni cultiva flores

Libre y feliz el mísero gusano
Se torna en mariposa de colores.

No hay tumba sin adorno en su tristeza.
¡Cómo que en ella están los ojos fijos
De la que nunca olvida en su grandeza!
¡De la madre inmortal Naturaleza
Que vela eternamente por sus hijos!

LA CRUZ DEL CAMINO

En el verdoso flanco de la montaña,
Siendo altar y refugio del campesino,
Y á cortesanas pompas viviendo extraña,
Hallé la solitaria cruz del camino.

Clavada en una roca, sin más rumores,
Que aquellos de las ramas que agita el viento;
Formada con dos troncos, llena de flores,
Alza sus negros brazos al firmamento.

Los arroyos que bajan de las colinas,
Del pedestal agreste mojan la planta,
Y revolando en torno las golondrinas
Saludan al sol nuevo que se levanta.

En las serenas tardes de abril y mayo,
Allí reza el viajero triste y sumiso,

Porque la cruz silvestre, de la fe al rayo,
Le señala las puertas del paraíso.

¿Qué mano fué á plantarla? ¡Misterios graves!
¿Quién sembró tantas flores en toscas piedras?
¿Por qué nunca se apartan de allí las aves
Ni mueren en su tronco mirtos y yedras?

Es gala de una huerta sin hortelano;
Joya de un jardín fértil, sin jardinero,
Que fecunda y cultiva la misma mano
Que dió flores y frutos al mundo entero.

Cuando más nos combate la suerte impía;
Cuando en todo se encuentra duelo y enojos,
Y la verdad asoma desnuda y fría
Lo mismo en nuestros sueños que en nuestros ojos;

Cuando anidan, cual hienas sobre los montes,
En el pecho las hidras de la venganza,
Ó vemos enlutados los horizontes
En el mar sin riberas de la esperanza;

Cuando ya no pudiendo luchar rendido,
El corazón se vuelve como de roca,
Y la sonrisa junta con el gemido
Miel y ponzoña vierten en nuestra boca;

Entonces no en el templo de mármol y oro
Ni en el dosel lujoso de armiño y grana,
Buscamos impacientes aquel tesoro
De paz que sólo vierte la fe cristiana.

Lo buscamos en sitio solo y callado
Donde no sufre el alma, ni el labio miente,
Ni se esquiva la mano del hombre honrado,
Ni la vergüenza asoma sobre la frente.

¡Que para el pecho triste que sólo sueña
En el fulgor eterno de un sol divino,
No hay altar tan hermoso como la peña
Do está la solitaria cruz del camino!

EN EL ÁLBUM

de la

SEÑORITA MATILDE DE OLAVARRÍA Y LANDÁZURI

El traje blanco, dorado el pelo,
La tez nevada de un serafín,
Ojos azules color de cielo,
Labios cual mirtos que besa abril.

Dos breves años contando apenas,
Dormida al dulce sol maternal
Como se aduermen las azucenas
Al fresco borde del manantial.

¡Botón de rosa de Alejandría!
¡Capullo blanco de un alhelí!
¡Qué linda estabas en aquel día
La vez primera que yo te vi!

En tu tez blanca frescura y brillo,
En tus sonrisas bondad y unción,

Eras el ángel que ideó Murillo
En su madona de « La Asunción ».

Así en aquellas tierras lejanas
Miré entreabrirse tu vida en flor;
¡Yo estaba entonces sin estas canas
Que son corona de mi dolor!

Tus padres, locos con tus hechizos,
Eran felices al verte así;
Ojos azules, dorados rizos,
¡Cuánto ha pasado desde que os vi!

¡Cómo han volado los breves años!
¡Mira cual vengo con mi laúd!
Triste y enfermo de desengaños
Á tus altares de juventud!

Ufana irradias gracia y belleza;
Eres del alba vivo arrebol;
Yo soy la noche de la tristeza
¿Cuándo ha cantado la noche al sol?

Más que tus ojos, dulces y bellos,
Es bello y dulce tu porvenir;
¡Tus ojos dicen con sus destellos
Que no has nacido para sufrir!

Te dan tus padres cual rica herencia
Virtud, pureza, talento y fe;
No tiene el campo de tu existencia
Zarzas que aleves sangren tu pie.

¡Vive tranquila, sueña dichosa,
Un ángel vela cerca de ti
Para que nunca sufra la rosa
Las asechanzas del colibrí.....!

Mil trovadores que absorto escucho,
Bajo tus rejas cantar oirás,
Yo sé que todos te dirán mucho
Pero ninguno te querrá más.

Y es que la llama de mi cariño
Ha mucho tiempo que se encendió,
En otras tierras, junto á aquel niño
Que tanto amabas y al cielo huyó.

Vive dichosa, sin desengaños,
Tú no has nacido para llorar
Y que tus sueños por muchos años
Velen tus padres en el hogar.

Avanza ¡oh niña! que en este suelo
La dicha pura, de ti va en pos;
Mira estos versos como el pañuelo
Que en la ribera nos dice « adiós ».

Julio de 1891.

LA SABOYANITA

Decid: ¿quién se queja?
¿Quién llora? ¿Quién grita?
Es que está cantando
La saboyanita.
Mañana de enero,
Con aire y con nieve,
Si no llueve, sopla,
Si no sopla, llueve.
Bajo grises nubes,
La tierra cubierta
De blanco sudario,
Parece una muerta.
¡Cuán solas las calles!
¡Ni quién las resiste!
¡Qué invierno tan duro,
Tan largo y tan triste!

Heladas las fuentes,
Heladas y mudas;
Almendros sin hojas,
Y acacias desnudas.
¡Ofrecen contrastes
Risueños y francos,
Los troncos tan negros,
Los copos tan blancos!
Hay sólo una niña
Bajo mi ventana,
Engendro hechicero
De augur y gitana.
Contando en diez años
Diez siglos de pena;
Los ojos oscuros,
La frente morena,
Muy negro el cabello,
De grana la boca,
De vivos colores
El traje y la toca.
Los pies diminutos,
Que Fidias quisiera,
Los guarda en chapines
De tosca madera.
Del pobre pandero

Que agitan sus manos
Se visten y comen
Sus tiernos hermanos.
Con sólo escucharla,
Aterra y conmueve,
Y más, si la miran
Hincada en la nieve.
Por tarde y mañana
Con hondos acentos,
Que nunca sofocan
Ni lluvias, ni vientos;
Se queja, solloza,
Suspira, reclama,
Y al son del pandero
Su llanto derrama.
Su voz me perturba
Y amarga mi día:
¡Qué acento tan triste!
¡Qué voz de agonía!
Si algún compatriota
Á verme se llega,
Oyendo esos cantos,
La frente doblega.
Sintiéndose triste,
Convulso y herido,

Recuerda aquel suelo
Alegre y florido,
Sus vírgenes selvas,
Sus prados, sus montes,
Y el azul eterno
De sus horizontes.
Con llanto en los ojos,
El alma turbada,
Muy lejos teniendo
La patria adorada:
¡Qué voz! — me repite —
¡Qué acento! ¡qué grito!
Sollozo de angustia,
Clamor de proscrito,
Lo más pavoroso
Que en notas existe;
¡Qué agudo! ¡Qué lento!
¡Qué amargo! ¡Qué triste!
¡Oh Dios! ¿Quién se queja?
¿Quién llora? ¿Quién grita?
Es que está cantando
La saboyanita.

Enero de 1879.

AL « BLASCO DE GARAY » (1)

El ancla al peñón aferra
Sobre la mar espumante,
La fortaleza flotante
Que da terror en la guerra.
No amenaza nuestra tierra,
Ni viene en pos de conquista;
Surge, arrogante á la vista,
Y su hermoso pabellón,
Envuelto en negro crespón,
Cubre los restos de Arista.

No nave de tierra extraña
La llaméis con voz impía,
Que nunca la patria mía
Vió nada ajeno en España.

(1) Vapor de guerra que trajo á Veracruz los restos del general don Mariano Arista.

Esa nave amor entraña,
Y en ella mis ojos fijos
Sorprenden los regocijos
Que causa á la madre ausente
Honrar el independiente
Y santo hogar de sus hijos.

De amistad símbolo cierto,
El fiero bajel hispano
Trae al suelo mejicano
Tristes despojos de un muerto.
Al verle entrar en el puerto,
De las brumas al través,
Grita el vigilante « él es »,
Y alza un himno de alegría
El mismo mar en que un día
Quemó sus naves Cortés.

Dando ejemplo á las naciones,
Sobre el bajel confundidos
De duelo flotan unidos
Dos hermosos pabellones.
Sus glorias, sus tradiciones
Allí enlazadas se ven;
Y, astros del honor sostén,

Irradian sobre la niebla,
Juntas las glorias de Puebla
Con las glorias de Bailén.

Alzando montes de espuma,
Encuentra el bajel abierta
Á orillas del mar la puerta
Del país de Moctezuma.
Ningún recuerdo le abruma;
Cumple una santa misión :
Viene á honrar una nación
Que, llena de amor profundo,
Encierra en el nuevo mundo
El mundo del corazón.

¡Paso al bajel castellano!
Que de mi siglo á la faz,
Le den ósculos de paz
Las olas del golfo indiano.
¡Paso á España! al pueblo hermano,
Heroico, grande y experto,
Qué, á toda virtud despierto,
Manda á mi patria querida
Laureles de eterna vida
Con las cenizas de un muerto.

Astro de unión, con tu luz
Dios nuestros pueblos ampare,
Y no haya mar que separe
Á Cádiz de Veracruz.
Surge el Tabor tras la cruz,
La paz tras el batallar,
Y así podemos mirar
Á España y Méjico unidas,
Hoy que flotan confundidas
Sus banderas sobre el mar.

Vuelve á tus playas, bajel,
Playas heroicas y bellas,
Y verán que entras en ellas
Llevando un nuevo laurel.
Va nuestra amistad con él,
Y no hay hoz que le destroce.
Interpreta nuestro goce :
Méjico republicana
Tendrá siempre por hermana
La España de Alfonso Doce.

LÁGRIMAS

Son de néctar las lágrimas del niño,
Cuando llorando está.
En un cáliz el ángel del cariño
Las recoge y se va.....

Son de lava las lágrimas que el hombre
Derrama en su aflicción:
Al saltar de los ojos, no te asombre,
Queman el corazón.

Son miel de amor que liban los dichosos,
Tus lágrimas, mujer:
¡Feliz el que con labios temblorosos
Las vaya á recoger!

¡Feliz quien llegue, enamorado y ciego
Tus ojos á besar,

Y pueda entre tus lágrimas de fuego
Su corazón quemar!

Todo lo que florece en este suelo,
Va de lo eterno en pos:
Al polvo la materia, el llanto al cielo,
El pensamiento á Dios.

Á ELENA PADILLA

¿Habrá en otra región de azules velos
Un lenguaje de amor y poesía,
El lenguaje del mar y de los cielos
Cuando sus áureas puertas abre el día?

Ese, que en el encino la paloma
Preludia al despertar dentro del nido;
El que dice á las brisas el aroma
De una flor que se muere en el olvido.

La lengua de la estrella y del celaje,
La que susurra el palmeral sombrío,
La de la espuma que en nevado encaje
Viste al nenúfar que retrata el río.

¿Habrá esa lengua mística y serena
Sin liras burdas y sin arpas rotas?

Existe y tú la sabes, dulce Elena,
Porque tu mano la encontró en las notas.

Cuando tocas, el alma se estremece;
Trema la vida al golpe de tu mano
Y en éxtasis sublime nos parece
Que los ángeles hablan en el piano.

Artista toda luz, tu lumbre clara
Á las almas deslumbra y las engríes;
¡Das gloria á la sin par Guadalajara
Búcaro de gardenias y alhelíes!

¡Toca...! los que sufrimos descansamos;
Con tu genio inmortal nos maravillas
Y si por bella y pura te admiramos,
Cuando tocas, te vemos de rodillas.

Marzo, 2 de junio de 1891.

LA FUENTE

En los musgosos bordes de la fuente
Del huerto de tu casa,
Con palabras de miel noche por noche
Juraste que me amabas.

El agua en chorros mil saltando alegre
Recogió tus palabras,
Dando sus ondas música á tu acento
Como amorosas arpas.

Han corrido los años. Cuando busco
La reja solitaria,
Hallo la fuente destrozada y seca.
¡Lo mismo tengo el alma!

Sólo palabras tus promesas fueron;
¡Ay! sí, ¡sólo palabras
Que murmurando alegres se perdieron
Como en la fuente el agua!

1875.

ADÚLTERA

Tienes, como Luzbel, formas tan bellas,
Que el hombre olvida al verte, enamorado,
Que son tus ojos negros dos estrellas
Veladas por la sombra del pecado.

Y no turbas, hipócrita, el reposo
Del pobre hogar con que tu falta escudas,
Porque á besar te atreves al esposo,
Como besara á Jesucristo Judas.

¡Aun sus flores te dan las primaveras,
Y ya tienes el alma envilecida!
Ya llegarás á ver, aunque no quieras,
El horizonte oscuro de tu vida.

Desdeñas los sagrados embelesos
Del casto hogar de la mujer honrada,

Y audaz ostentas, al vender tus besos,
Las llamas del infierno en tu mirada.

Manchas el suelo que tu planta pisa,
Y manchas lo que tocas con tu mano.
Te dió Lucrecia Borgia su sonrisa,
Y Mesalina su perfil romano.

Brota el deleite de tus labios rojos;
Se aparta la virtud á tu presencia,
Porque negras, más negras que tus ojos,
Tienes, mujer, el alma y la conciencia.

Rosas de abril parecen tus mejillas,
Mármol de Paros tu ondulante seno;
Mas ¡ay! que tan excelsas maravillas
Son de barro no más, no más de cieno.

Reina del mal, tú tienes por diadema
La infamia, que con nada se redime.
¿El pudor? ¡Es un ascua que te quema!
¿El deber? ¡Es un yugo que te oprime!

Tienen las gracias con que al mundo halagas,
Precio vil en mercados repugnantes;
¡Y te envaneces de cubrir tus llagas
Con seda recamada de brillantes!

En este siglo en que el honor campea,
No te ha de perdonar ni el vulgo necio.
Hieren más que las piedras de Judea
Los dardos de la burla y del desprecio.

Mañana, enferma, pobre, abandonada,
De la mundana compasión proscrita;
El Honor, cuando mueras humillada,
Sobre tu losa escribirá: ¡Maldita!

1883.

Á ESA

Rompí con el cincel la abrupta roca
Y una chispa brotó...
Un eco agudo, lastimero, inmenso,
Al golpe respondió.

Si la roca se queja y llora fuego
No te debe admirar
Que, á tu alevoso golpe, llore sangre
Que es fuego en el pesar.

Si la roca ha gritado y con sus gritos
Atronó la extensión...
¡No te asombre que atruene el universo
Mi eterna maldición!

Yo era mudo, insensible; mi fortuna
Era vivir en paz;

Hoy me inquieta mirar por todas partes
Tu diabólica faz.

¿Por qué te asomas á mi oscura vida?
¿Que pretendes de mí?
Quiero entrar á las sombras del sepulcro
¡Para no verte allí...!

Si hasta en la negra tumba te encontrare...
Óyeme la verdad:
Si allí he de verte, gritará mi polvo:
¡Maldita eternidad!

1889.

HOMENAJE

EN EL ÁLBUM DE LA SEÑORITA DOLORES RUBALCABA

De paso en el verjel donde has nacido,
Callando mi dolor y mis congojas,
Quiero, para librarme del olvido,
Dejarte alguna flor en estas hojas.

Busco en mi alma y no encuentro qué corona
Pondré de tu belleza en los altares;
No sé lo que es felicidad ¡perdona!
¡Yo soy el trovador de los pesares!

¿Mancharán de esta página el encanto
Mis lágrimas de hiel? ¡oh suerte impía!
Si da el mar del dolor perlas de llanto,
Recoge este collar, amiga mía...

Guadalajara, 1888.

Á TODOS

Á MANUEL E. OLAGUÍBEL

La vida es un gran campo de combate:
Ved al hombre luchar de polo á polo;
Yo le llamo vencido al que se abate
Porque se ve sin armas y está solo.

Más nocivos que el buitre carnicero,
Y que la sierpe que veneno entraña,
Son el amigo hipócrita y artero,
El hijo ingrato y la mujer que engaña.

La verdad es la luz; el hombre vano
Que más la oculta, en su maldad se estrella;
Que no me extienda su alevosa mano,
Quien no me dé su corazón con ella.

Evitar á otros daños y amargura,
Ser en sus penas bálsamo y testigo,
Secar su llanto, darle la ventura
Y servirle sin premio, es ser su amigo.

No confundáis lisonja y alabanza;
Distinto son el lucro y el cariño;
No mueva el interés á la esperanza;
Amad como la madre ó como el niño.

La experiencia es la hermana de la duda;
No es fiero todo aquél que está en campaña,
Ni amigo todo aquél que nos saluda,
Ni hermano todo aquél que os acompaña.

Abrid los ojos, pobres caminantes,
Sed del humano batallar testigos,
Que cual llegan á odiarse dos amantes,
Llegan hasta matarse dos amigos.

No contrariéis el propio sentimiento
Ni la noble verdad neguéis por nada,
Preferid á riquezas y talento
Franco carácter y palabra honrada.

1887.

LA VENTANA DESIERTA

En el alféizar tronchado
De la vetusta ventana,
Un cortinaje de yedra
Con flores rojas y blancas;
Y en medio del cuadro estrecho
De la vidriera empañada,
Junto á un tiesto de claveles,
Y rozando con la jaula
En que prisionero vive
Un canario que no canta,
Una cabecita rubia
Se asoma por las mañanas,
Á punto que el horizonte
Colora la luz del alba.
Hay un doncel en el patio
Que si la frente levanta

Es para ver unos ojos
Que en vivo fuego la abrasan.
— Con cuánta ansiedad te espero.
— ¿Me quieres? — Con toda el alma.
Seré tuya hasta la muerte,
Y moriré si me engañas:
— Seré tuyo, sólo tuyo,
Soy tu esclavo.
— Soy tu esclava,
— Toma un beso.
— Toma ciento,
Que nos ven.
— ¡Hasta mañana!
Este diálogo sencillo,
Estas sencillas palabras
Cambiaban diariamente
Desde el patio á la ventana
En los primeros albores
De su fugitiva infancia,
Hace veinticinco abriles,
Dos niños que hoy peinan canas.
¡Cuántos juramentos dulces
Aquellas yedras guardaban,
Cuántas promesas eternas
Entre pétalos de llamas,

Escondieron los claveles
Al nacer la luz del alba;
Y cuántos ardientes besos
Cuando en los labios tronaban,
Asustaron al canario
Aprisionado en la jaula!
Hoy... hecho un viejo por dentro,
Que también por dentro hay canas,
Pasé por la misma calle,
Y frente á la misma casa,
Y entrando en el viejo patio
Busqué la misma ventana.
Del roto y pesado alféizar,
Que de antiguo se desgrana,
No cuelga la yedra oscura
Con flores rojas y blancas,
Ni está el tiesto de claveles
Con sus pétalos de llamas;
Mis tristes, cansados ojos
¿Qué buscan? ¿No queda nada?
¡Ay, que de pronto los siento
Empañados por las lágrimas!
¿Qué han visto? decid ¿qué han visto?
¿Los ojos suyos? ¿la casta,
Limpia y hechicera frente

Por los rizos coronada?
¿La manecita nerviosa
Arrojándome una carta?
¿Los negros ojos? ¿los labios
De roja y caliente grana?
Lo que han visto, y que al mirarlo,
En tibio llanto los baña,
Es una humilde memoria
De mi ventura pasada,
La que por humilde y pobre
Ninguna mano arrebata,
Y en la que sus manos puso
El primer amor del alma...
Es... miradlo en ese muro
Y en la viga apolillada
Que cierra, formando marco,
El cuadro de la ventana.
Es el clavo pequeñito
De donde pendió la jaula
En que vivió aquel canario
Que al besarnos se espantaba...
No hay nadie... temblando llego,
Como el creyente ante el ara ..
Me parecen que despiertan
Mis venturas de la infancia,

Y toco el clavo... lo beso,
Se me anuda la garganta,
Y salgo del viejo patio,
Llenos los ojos de lágrimas.
¡Es lo único que me queda
De aquel amor de la infancia!

NIEVE DE ESTÍO

Como la historia del amor me aparta
De las sombras que empañan mi fortuna,
Yo de esa historia recogí esta carta,
Que he leído á los rayos de la luna:

« Yo soy una mujer muy caprichosa,
Y que me juzgue tu conciencia dejo:
Para poder saber si estoy hermosa,
Recurro á la franqueza de mi espejo.

Hoy, después que te vi por la mañana,
Al consultar mi espejo alegremente,
Como un hilo de plata vi una cana
Perdida entre los rizos de mi frente.

Abrí, para arrancarla, mis cabellos,
Sintiendo en mi alma dolorosas luchas;
¡Y cual fué mi sorpresa al ver en ellos
Esa cana crecer con otras muchas!

¿Por qué se pone mi cabello cano?
¿Por qué está mi cabeza envejecida?
¿Por qué cubro mis flores tan temprano
Con las primeras nieves de la vida?

¡No lo sé! Yo soy tuya, yo te adoro
Con fe sagrada, con el alma entera;
Pero sin esperanza sufro y lloro.....
¿Tiene también el llanto primavera?

Cada noche soñando un nuevo encanto,
Vuelvo á la realidad desesperada;
Soy joven, es verdad, mas sufro tanto,
Que está mi triste juventud cansada.

Cuando pienso en lo mucho que te quiero,
Y llego á imaginar que no me quieres,
Tiemblo de celos, y de orgullo muero
(Perdóname: así somos las mujeres).

He cortado con mano cuidadosa
Esos cabellos blancos que te envío:
Son las primeras nieves de una rosa
Que imaginabas llena de rocío.

Tú me has dicho: « De todos tus hechizos,
Lo que más me cautiva y enajena,
Es la negra cascada de tus rizos
Cayendo en torno de tu faz morena ».

Y yo, que aprendo todo lo que dices,
Puesto que me haces tan feliz con ello,
He pasado mis horas tan felices
Mirando cuán rizado es mi cabello.

Mas hoy no elevo dolorosa queja,
Porque de ti no temo desengaños;
¡Mis canas te dirán que ya está vieja
Una mujer que cuenta veintiún años!

¿Serán, para tu amor, mis canas nieve?
Ni á imaginarlo en mis delirios llego.
¿Quién á negarme sin piedad se atreve
Que es una nieve que brotó del fuego?

¿Lo niegan los principios de la ciencia,
Y una antítesis loca te parece?
Pues es una verdad de la experiencia:
Cabeza que se quema se emblanquece.

Amar con fuego y existir sin calma,
Soñar sin esperanzas de ventura,
Dar todo el corazón, dar toda el alma
En un amor que es germen de amargura;

Soñar la dicha lleno de tristeza,
Sin dejar que sea tuya el hado impío,
Llena de blancas hebras mi cabeza,
Y trae una vejez: la del hastío.

Enemiga de necias presunciones,
Cada cana que brota me la arranco,
Y aunque empañe tus gratas ilusiones,
Te mando, ya lo ves, un rizo blanco.

¿Lo guardarás? Es prenda de alta estima,
Y es volcán este amor á que me entrego:
Tiene el volcán sus nieves en la cima,
Pero circula en sus entrañas fuego. »

1873.

Á LOS ALUMNOS DEL COLEGIO MILITAR

Ardiente juventud, tú que la herencia
Recoges ya del siglo diez y nueve,
Y que el maduro fruto de la ciencia
Llevas al porvenir con planta breve;
Tú que en la edad viril, la limpia aurora
Verás del nuevo siglo, en que, alentado
Por el rico saber que hoy atesora,
Tu espíritu esforzado,
Al saludar gozosa el sol naciente,
Honrarás las conquistas del presente
Con las sabias lecciones del pasado:

Atiende aquí á mi voz; vibre mi acento
Como un canto triunfal en tus oídos;
Y en noble sentimiento,
Como al sonar de bélico instrumento,

Los generosos pechos encendidos,
Al escucharse de la lira mía
Las toscas pulsaciones,
La acompañen en rítmica armonía
Latiendo vuestros nobles corazones.

Madre es la Patria, que confiada espera,
Al contemplaros, de su amor ufana,
En la marcial carrera,
Su porvenir, su nombre y su bandera
En vuestras manos entregar mañana;
Y, escudos de la ley y del derecho,
La mente con la ciencia engalanada,
Las patricias virtudes en el pecho,
Podréis decir que irradia vuestra espada
Aquella luz que en África una noche
Vieron brillar de César los guerreros
Como lenguas de fuego en sus aceros.

Que no siempre el aliento de la guerra
Fué engendro del rencor y la venganza;
Ni el odio y la matanza
Sobre la faz de la extendida tierra
Han llevado las huestes victoriosas
Que, cual fieros torrentes desbordados,

Destruyeron naciones poderosas
En los heroicos tiempos ya pasados.

El saber, las costumbres, las ideas;
El rico idioma que á mezclarse llega
Con ignotos idiomas escondidos;
La extraña actividad que se despliega,
Al formar vencedores y vencidos
Nuevos pueblos, y razas, y naciones,
Con más altas tendencias,
Con más nobles creencias,
Y más rico caudal de aspiraciones:

Ésta la guerra fué. ¡Cuán grande miro,
Sobre la deslumbrante Babilonia,
Su poderoso imperio alzando Ciro!
¡Y al hundirse la asiria monarquía,
De sus escombros de oro y alabastro
Surgir una era nueva, como un astro
Derramando la luz del nuevo día!

El espíritu helénico ¿á quién debe
Su más alto esplendor? Se alza primero
Como lejana luz brillando leve;
Lo trasforma en un sol la voz de Homero;

Y su inmortal fulgor, grande y fecundo,
Viene á alumbrar la historia,
Cuando Alejandro, en alas de la gloria,
Lo extiende en sus conquistas por el mundo.

Predilecto del genio y la victoria,
Por donde quiera que la firme planta
Asienta el hijo de Filipo, un templo
Para honrar el progreso se levanta.
¡Oh caudillo esforzado y sin ejemplo!
Su triunfal estandarte
Pueblos, reyes y obstáculos desprecia,
Porque lleva con él la fe de Grecia,
La voz del genio y el poder del arte.
Y al calor de la lucha y de las armas,
Y á la sombra del águila altanera
Que hacia el Oriente sus legiones guía,
Cifra imperecedera
De inmensa gloria, nace Alejandría.

¡Augusto emporio del saber humano,
Irguióse altiva entre la mar y el Nilo,
Siguiendo el trazo que con diestra mano
Supo copiar Dinócrates tranquilo
Del manto militar del soberano!

Ved : las romanas picas aparecen
Anunciando á la tierra
Que otros gérmenes crecen ;
Que en la ciudad de Rómulo se encierra
El porvenir de cien generaciones,
Que llevarán, en alas de la guerra,
Fuertes y victoriosas sus legiones.
Y bajo el sol ardiente de Cartago,
Y en la margen del Támesis sombrío,
Y del Danubio entre el murmullo vago,
Y al pintoresco pie del Alpe frío,
Con César y Pompeyo soberanas,
Llevando al mundo entre sus garras preso,
De la victoria al encendido beso,
Se han de cernir las águilas romanas.

Y al cruzar esas huestes, anchas vías
Se abren para el viajero ;
Despiertan en los pueblos simpatías,
Del mercader audaz rico venero ;
Surcan tendidos mares los bajeles,
Y, nuevo Deucalión, Roma dejando
Su camino regado de laureles,
Fantásticas ciudades van brotando ;
Y, el polvo que levantan los corceles,

Al disipar los vientos,
Dejan ver, como huellas de su paso,
Soberbios monumentos
Desde do nace el sol hasta el ocaso.

Después de tantos siglos de victoria
Roma también inclina su bandera ;
Y los últimos fastos de su historia
El triunfo son de muchedumbre fiera
Atravesando con feroz encono
Los lejanos y estériles desiertos,
Y en numerosas hordas conducidos
Por caminos inciertos.
Cual de mares que están embravecidos,
Su espuma salpicando en las arenas
Las gigantescas olas,
Llegan á sepultar playas serenas :
Así vienen, ardientes y terribles,
Hunos, godos, alanos y lombardos,
Vándalos, francos, suevos, burguiñones,
Galos y anglo-sajones ;
Y de ese hervor de muchedumbre extraña
Surgen nuevas naciones :
Inglaterra, Alemania, Francia, España.

Del escondido seno de la Arabia
Brota un incendio nuevo que devora
Al mundo ya cristiano;
Brilla la media luna aterradora;
Lanza un grito de guerra el africano;
Y Europa, en otro tiempo vencedora,
Trémula mira la atrevida mano
Del hijo del profeta,
Que, incontrastable, vino
Á clavar su pendón sobre los muros
De la imperial ciudad de Constantino.
Su irresistible empuje
Hace rodar el trono de los godos;
Al paso del islam la tierra cruje,
Y al cielo de la ciencia tres estrellas
En tan sangrienta y trágica demanda
Asoman luego espléndidas y bellas:
Son Córdoba, Bagdad y Samarcanda.
Y en esa larga noche tenebrosa
Del espíritu humano, en la Edad Media,
Esos astros de luz esplendorosa
Guardan el sacro fuego
Que el mundo entonces desconoce ciego,
Y que otra culta edad mira asombrada,
Cuando su noble admiración excita

De Córdoba la arábiga Mezquita,
Y la soberbia Alhambra de Granada.

Siempre tras de la guerra,
Más vigorosa llega la cultura:
Así sobre la tierra
La negra tempestad ruge en la altura;
Tremenda se desata
De su seno la hirviente catarata;
El formidable rayo serpentea;
El relámpago incendia el horizonte;
El huracán los ámbitos pasea,
Infundiendo el terror del prado al monte;
Y aquella confusión que, estremecida
Y acobardada ve Naturaleza,
Es nueva fuente de vigor y vida,
Y manantial de amor y de belleza.
Recordadlo vosotros, cuyo pecho
Desde temprana edad honra la insignia
Del soldado del pueblo y del derecho;
Y no olvidéis jamás, si acaso un día,
Siguiendo con valor vuestra bandera,
Lleváis ó resistís la guerra impía
De nación extranjera,
Sin consentir jamás infame yugo,

Que la espada esgrimís del ciudadano,
No el hacha del verdugo:
Que el pendón que enarbola vuestra mano,
Es la antorcha de luz, y no la tea
Del incendiario vil: que los desvelos
De esta patria, tan tiernos y prolijos,
Es hallar en vosotros dignos hijos
De Hidalgo, de Guerrero y de Morelos.

No olvidéis que mecióse vuestra cuna
En el mismo recinto
Sobre el cual resistieron los aztecas
Á las huestes del César Carlos Quinto;
Y que el indio jamás huyó cobarde,
Ni al ver flotando espléndidos palacios
En el revuelto mar, de audacia alarde;
Ni al ver cruzar, silbando en el espacio,
El duro proyectil; ni ante el ruïdo
Atronador del arcabuz ibero;
Ni al conocer el ágil y ligero
Corcel, que, resoplando entre la espuma
De sus hinchadas fauces, parecía
Hundir el virgen suelo que regía
Con su dorado cetro Moctezuma.
Recordad que á los golpes de la espada,

Y de las lanzas á los botes rudos,
Nunca temió la raza denodada,
Cuyos pechos desnudos
Puso ante los cañones por escudos.
Recordad que este pueblo, cuando siente
Herir su dignidad, fulmina el rayo,
Lo mismo en las montañas insurgente,
Que en los baluartes bajo el sol de mayo:
Que, en páginas de luz dejando escritas,
Glorias que nunca empañará la niebla,
Hidalgo fué un titán de Granaditas,
Y fué un gigante Zaragoza en Puebla:
Que merece en la historia eterna vida
La guerra al invasor osado y fiero,
Cual merece la guerra fratricida
La maldición del Universo entero:
Que una docta experiencia
Dicen que dan el triunfo ambicionado,
Más que las toscas armas del soldado,
Las invencibles armas de la ciencia;
Y, sabios y prudentes,
Al recoger la enseña sacrosanta
De esta patria, que hoy ciñe vuestras frentes
Con el lauro debido á vuestro celo,
Veladla siempre con amor profundo;

Y así cual brilla el sol sobre la esfera,
Mire brillar en vuestra mano el mundo,
Libre y llena de honor, nuestra bandera.
Dad de firmeza y de heroísmo ejemplo;
Nunca luchéis hermano contra hermano;
Amad la patria: y hallaréis por templo
El corazón del pueblo mejicano.

1886.

Á GARIBALDI (1)

El aura popular me trajo un día
Un nombre que la fama y la victoria
Coronaron de luz y poesía
En la tierra del arte y de la gloria.

Brotando del estruendo de la guerra,
De patricia virtud germen fecundo,
Cruzó como relámpago la tierra,
Y como himno triunfal vibró en el mundo.

Símbolo de una causa redentora,
Conquistó aplausos, lauros, alabanza,
Y brilló sobre Italia como aurora
De libertad, de unión y de esperanza.

¡Garibaldi! con júbilo exclamaba
Entusiasmado el pueblo por doquiera,

(1). Esta poesía ha sido traducida al italiano por el distinguido literato y diplomático conde de Foresta.

Y América ese nombre lo agregaba,
Como nuevo blasón, á su bandera.

¡Oh titán indomable! tú traías
Sobre tu fe la inspiración del cielo,
Y eras para tus pueblos el Mesías
Anunciado por Dante y Maquiavelo.

En la lucha león, niño en el trato,
Clemente y fraternal con los vencidos,
Fué tu palabra el toque de rebato
Que despertó los pueblos oprimidos.

Por donde quiera que tu faz asoma,
Su salvador el pueblo te proclama,
Y Bolonia, Milán, Nápoles, Roma,
Responden á tu esfuerzo y á tu fama.

Es de un hijo de Esparta tu bravura;
Fuego de Grecia en tu mirar entrañas;
Y en el Tirol tu bíblica figura
Parece un semidiós de las montañas.

Tu abnegación sublime me conmueve;
No es mi laúd quien tu alabanza entona:
La eterna voz del siglo diez y nueve
Por todo el mundo tu valor pregona.

Tuviste siempre corazón entero
Donde ningún remordimiento anida,
Pecho de bronce, voluntad de acero,
Ojos radiantes de esperanza y vida.

Marino en la niñez, acostumbrado
Á combatir la tempestad á solas,
Diste á tu genio el vuelo no domado
Del huracán al encrespar las olas.

No me asombra en Egipto Bonaparte
Que las altas pirámides profana;
Me admiras tú, clavando tu estandarte
En la desierta pampa americana.

Al César vencedor el turbio Nilo
Aun en sus ondas con terror retrata,
Mientras tu rostro escultural, tranquilo
En su cristal azul dibuja el Plata.

¿Dónde habrá más virtud y más nobleza:
En el que al mundo en su ambición oprime,
Ó en el que, sin corona en la cabeza,
Unifica su patria y la redime?

¡Eras un gladiador! Te halló más fuerte
Que un cedro de los Alpes tu destino.

Forma, desde tu cuna hasta tu muerte,
Un bosque de laureles tu camino.

Cuando la hiel de todos los dolores
Cayó en tu abierto corazón de atleta,
Fué la cruz de los grandes redentores
La visión de tu numen de profeta.

Viendo en toda la Italia una familia,
Tanto te sacrificas en su abono,
Que cuando audaz conquistas la Sicilia,
Por no romper la unión, la das al trono.

¡Bendigo tu misión! El mundo ingrato,
Que hoy aplaude tu nombre y lo venera,
Olvidará que fuiste un Cincinato
En tu retiro augusto de Caprera.

Negará que tu te republicana,
Iluminando siempre tu horizonte,
Brilló en Palermo, deslumbró en Mentana,
É irradió como sol en Aspromonte.

Olvidará también que tus legiones
Llevaron siempre combatiendo, fieles,
Por escudos sus nobles corazones,
Las glorias de la patria por laureles.

Mas no podrá negar que, entre prolijos
Goces, te vimos con amor profundo,
Dar tu sangre y la sangre de tus hijos
Por defender la libertad del mundo

No sólo Roma con viril acento
Ensalzará tu nombre, ilustre anciano,
Que ya dejas perpetuo monumento
En cada corazón americano.

Francia se enorgullece con tu nombre;
Méjico rinde culto á tu memoria;
Y no hay una nación que no se asombre
De tu fe, de tu genio y de tu gloria.

Sirva á los pueblos libres de amuleto
Tu nombre, que la historia diviniza,
Y el mundo mire siempre con respeto
El ánfora que guarde tu ceniza.

La República fué tu culto santo
La unión de Italia tu ambición suprema,
La blusa roja tu purpúreo manto,
Y el gorro frigio tu imperial diadema.

LAS FLORES

(LEÍDA EN SAN ÁNGEL, EN LA APERTURA DE LA VIII EXPOSICIÓN DE PLANTAS Y FLORES)

¿Hay algo en esta vida
Toda dolores,
Más tierno que los niños
Y que las flores?
¿Hay símbolo más dulce,
Más elocuente,
Que diga lo que el alma
Callando siente?
Mirad... cierran el campo
Los horizontes;
Son murallas azules
Los altos montes.
En sus cimas se posa
La blanca nube
Que del tranquilo lago

Ligera sube.
El sol quiebra sus rayos
En la cascada,
Y los vientos suspiran
En la enramada.
Sobre el enhiesto roble
Tosco y severo,
Entre las verdes hojas
Canta el jilguero.
La parvada de tordos
Rauda se aleja,
Y en los lirios azules
Zumba la abeja.
Luce el granado flores
Como escarlata,
Las azucenas fingen
Copas de plata;
Y en naranjos que mecen
Doradas pomas,
Cantoras de la tarde
Son las palomas.
Al son de los arroyos
Murmuradores
Se duelen y se plañen
Los ruiseñores,

Y en los alegres prados
Y en las colinas,
¡Qué alegres van y vuelven
Las golondrinas!
¡Cómo brillan los rayos
Del sol fecundo!
¡Qué jardín tan risueño
Parece el mundo!
Es porque está de gala
Natura entera;
Es porque está reinando
La Primavera,
Y no hay en esta vida,
Toda dolores,
Nada tan expresivo
Como las flores.
Una flor en el pecho
Del ser amado,
Es la llave de un cielo
Siempre anhelado.
Allí encuentra la vida
Que el alma quiere,
Y al fuego de esa vida
Marchita muere.
Que así en amores miran

Los corazones,
Morir como las rosas
Las ilusiones.
En la iglesia más pobre,
Más solitaria,
Es un ramo de flores
Una plegaria:
Que sus hojas que adornan
El templo santo
La fe las humedece
Con tierno llanto;
Y la fe con sus alas
De raudo vuelo,
Oración y perfume
Remonta al cielo.
Cual corona de estrellas
Los azahares
Brillan en blancas frentes
En los altares:
¿Qué diadema más digna
De la belleza?
¿Qué símbolo más tierno
De la pureza?...
¡Ay! también en las tumbas
Las flores crecen;

Ni se cansan, ni olvidan,
Ni desfallecen.
Allí, lejos del brillo
Del mundo vano,
Crecen sobre la madre,
Sobre el hermano.
Que el manto del olvido
La tumba envuelva :
Sobre él tiende sus flores
La madreselva.
La memoria de un muerto
Queda perdida;
La flor es una hermana
Que nunca olvida,
Y de la helada tumba
Bajo el abrigo,
Dice al que duerme solo :
« Yo estoy contigo ».
¡Ay! son flores hermosas
Las ilusiones
Que embriagan y adormecen
Los corazones.
Allá en la Primavera
¡Cuántas nacieron!
Unas se marchitaron,

Otras se fueron,
Y sobre el campo estéril
De los dolores,
Son cardos los recuerdos :
¡Qué tristes flores!
El campo que hoy alegra
La luz del día,
Lo secará diciembre
Con mano fría;
Pero pronto, á los besos
Del sol ardiente,
Tornará su belleza
Más esplendente.
Y abrirán sus nectarios
En las corolas,
Los lirios, las violetas,
Las amapolas.
Tendrá rumor la fuente,
Aroma el prado,
El jardín mariposas,
Fruto el granado;
Y sonarán los cantos
Dulces, sentidos,
De avecillas que pueblen
Los nuevos nidos.

Así también el alma
Que sufre y llora,
Tras de la negra noche
Tiene su aurora.
Á cuántos bellos nombres
Su luz alcanza
Se llama fe, ventura,
Gloria, esperanza;
Que si son cual invierno
Las decepciones,
¡Tienen su primavera
Las ilusiones!
Se llora una esperanza
Que se derrumba,
Y luego crecen flores
Sobre su tumba.
Fecunda el alma humana
Como la tierra,
Gérmenes de ventura
Constante encierra,
Y halla, para consuelo
De sus dolores:
¡La mujer! ¡La más bella
Flor de las flores!

HORACIOS Y CURACIOS

De mi vida al nublado campamento,
Tres adalides, sin temer la muerte,
El amor, la virtud y el sentimiento
Lanzáronse luchando con la suerte.

Sale el amor, y muere traicionado;
Va la virtud, y quédase cautiva;
Y el sentimiento, en lágrimas bañado,
Murió como una humilde sensitiva.

Como el roble montés que no se abate,
Sólo la fe en el triunfo quedó entera...
¡Mis soldados han muerto en el combate!
¡Dejadme que conserve la bandera!

INMORTAL

Al rumor de la orquesta, entre el rüido
Que del aplauso en el salón resuena,
El eco escucho de tu voz serena,
Y pertinaz me sigue tu gemido.

Arcángel de mi amor, ¿dónde te has ido?
Tú ya duermes en paz, yo vivo en pena,
Y sólo tu recuerdo es el que llena
Mi corazón llagado y dolorido.

Donde quiera que estés ¡oh mi tesoro!
Verás bien cuánto sufro con no verte,
Cuánto entre risas por tu ausencia lloro;

Cuánto maldigo mi contraria suerte.
Mi conciencia es tu altar; allí te adoro;
Y tu amor inmortal vence á la muerte.

1888.

BESOS Y LÁGRIMAS

I

Era una noche
De primavera,
Azul el cielo,
La luna en llena,
Abajo flores,
Arriba estrellas,
Mi hogar completo,
Yo, muy contenta,
Y tú, mi amante,
Junto á mi puerta,
De pie esperaste
La cita aquella;
Cita en que hiciste

Tantas promesas,
Y en que, rendida
De pasión ciega,
Te di en un beso
Mi vida entera.
Lo que dijimos
Dicho se queda :
Amor sin nube,
Constancia eterna,
Unir las almas,
Callar las penas,
Y al fin juntarnos
Sobre la tierra,
Sin romper nunca
Nuestras cadenas...
Una casita
Blanca y modesta,
Único adorno
De una pradera;
Con fuentes claras,
Con flores nuevas,
Con dulces nidos
De aves parleras;
Y allí jugando
Las horas muertas

Dos angelitos
Que hermanos fueran :
Frente muy blanca,
Rubias cabezas,
Labios de rosa,
Pupilas negras...
— Calla y no sigas,
Que me atormentas.
Alma del alma,
¡Qué bien te acuerdas!

II

Era una noche
De enero, eterna :
El aire helado,
Las aves yertas,
Las fuentes mudas,
Las flores secas,
Mi hogar muy triste,
Mi madre muerta,
Y en torno suyo
La blanca cera
Lanzando débil

Su luz siniestra;
Y yo, velando
Con honda pena,
Oí en la torre
Sonar muy lentas
Las campanadas,
Que un tiempo fueran
Las escogidas
Con dicha inmensa
Para cumplirnos
La cita aquella;
Cita en que hiciste
Tantas promesas,
Y en que, rendida
De pasión trémula,
Te di en un beso
La vida entera...
¿Por qué olvidaste
Mi pasión ciega?
¿Por qué no vuelves?
¿Por qué te ausentas?
¿Por que borraste
Dichas tan tiernas,
Cual borra el viento
Sobre la arena

Del caminante
La débil huella?
¡Viví tan sola!
¡Sola y enferma!
Con negros duelos,
Con horas negras,
Sin más familia
Que mis tristezas...
¡Ay! recordando
La noche aquella
En que dijiste
Cosas tan tiernas:
Que me adorabas,
Que en tu conciencia
Era mi imagen
La sola reina;
Y la casita
Con flores nuevas,
Con fuentes claras,
Y aves parleras;
Y aquellos niños
De faz serena,
Con frentes blancas,
Rubias cabezas,
Labios de rosa,

Pupilas negras...
— Calla y no sigas,
Que me atormentas.
Alma del alma,
¡Qué bien te acuerdas!

Á CARLOS NOREÑA

(EN EL NACIMIENTO DE SU PRIMER HIJO)

¡Ya coronó la dicha tus amores!
Un hijo tienes ya, que habrá nacido
Oyendo, cual los dulces ruiseñores,
Músicas en los aires y en el nido.

Sé que la madre de ventura loca
Cifra en él sus más dulces embelesos,
Y que en la fresca guinda de su boca
Acendra miel con lágrimas y besos.

Sé que á ti ya te enferman los sonrojos,
Pues cada extraño que en tu bien repara,
Te dice que sus ojos son tus ojos.
Que en su cara de cielo está tu cara.

Y hablando la verdad, si se parece
Á su progenitor, yo lo bendigo;

Ya verás cómo vive y cómo crece,
Y halla en cada mortal un buen amigo.

¡Todo igual á su padre! el mundo dice,
Y tú lo miras, y con tierno arrullo
Tu mano lo acaricia y lo bendice
Con infinito amor y noble orgullo.

Hoy tiemblas si en la cuna se menea,
Y tiemblas cuando duerme sosegado,
Y al ver que gesticula y pestañea
Dices en tu interior : ¿qué habrá pensado?

Ni la brisa sutil dejas que roce
Su frente angelical; te ve y suspira,
Y dices con pasión : ¡ya me conoce,
Y ya me quiere hablar cuando me mira!

Habrá que verte cuando ufano pasas
Llevando al nuevo rey de tus amores,
En un coche de mimbres y de gasas
En triunfo por los anchos corredores.

Seguro estoy de que gozoso gritas
Cuando ves con qué gracia tu heredero
Alza al aire las blancas manecitas
Y agita el argentado sonajero.

Y que, por más que está recién llegado
Á tu hogar, venturoso cual ninguno,
Lo sueñas almirante y abogado,
Capitán general, sabio y tribuno.

Y lo miras del mundo en la faena
Desdeñando lisonjas y oropeles,
Y su mirada cándida y serena
Te habla de gloria, aplausos y laureles.

Siendo tan pequeñito lo ves hombre,
Y hasta pretendes inquirir ufano
Cómo pondrá las letras de su nombre
El jazmín diminuto de su mano.

Comprendo bien que el serafín te engríe,
Que con él van tus horas muy de prisa,
Y que miras á Dios si te sonríe,
Pues está todo el cielo en su sonrisa.

Miro á la joven madre en su recato
Cómo lo baña en su mirar sereno,
Y hallando en él tu amor y tu retrato,
¡Le da toda la savia de su seno!

Comprendo tu alborozo: en tu alma anida
El más augusto y santo regocijo;

¡Ser padre es ser devoto de la vida,
Porque toda la vida está en el hijo!

Hoy pensarás en todo; si te exalta
El más ciego furor, pronto al mirarlo
Exclamarás con miedo : ¡le hago falta!
¡Yo no debo por nadie abandonarlo!

Es nueva religión la que en él tienes;
Al verlo tu esperanza fortificas,
Y la mejor corona de tus sienes
Es el inmenso amor que le dedicas.

¿Nació para cantar? ¡destino santo!
No lo veré; mi vida se derrumba
Á un abismo sin fin; pídele un canto
Á mi cariño á ti, sobre mi tumba;

Dile que se estrecharon nuestras manos
Cuando viniste á honrar el suelo mío,
Que tú y yo nos quisimos como hermanos,
Que le amo mucho, y que me llame tío.

Que ha visto el claro albor de la existencia
En esa fecha llena de esplendores
En que mi patria ungió su independencia
Con el grito del cura de Dolores.

¡Dios te vele esa joya de valía,
Tenga en el mundo mirtos por alfombra,
Y que mañana puedan tú y María
Entrelazar sus canas á su sombra!

LO QUE NO MUERE

¿Suspiros?... ¡Aire!... ¿Lágrimas?... ¡Agua!
¿Insomnios?... ¡Nervios! Tenéis razón:
¡Y yo no duermo, llorando penas!
¡Y yo suspiro, sintiendo amor!

Seres felices los que ignoramos
Que amor, ternura, dicha y pesar,
Sólo son causas que determinan
Las secreciones del lagrimal.

Hay algo oculto, misterio santo,
De nuestra vida fuerza y poder,
Ignota llama, constante impulso
Que todos sienten, que nadie ve.

¿La sangre acaso? ¡callad, ilusos!
¿La sangre puede reír, llorar?
¿Guardan sus globos los pensamientos,
Las esperanzas, lo inmaterial?

¿Quizá los nervios? Hilos que llevan
Hasta el cerebro la sensación,
¿También trasmiten los sentimientos
Que nos elevan buscando á Dios?

Duermo en la alcoba sola y oscura,
Y no es tan negra mi soledad,
Pues ya dormido, con otros ojos
Miro las formas de lo ideal.

¿En qué pupilas y en qué retina
Se graba el ángel que alcanzo á ver?
¿Por qué sin ojos mirarlo puedo,
Y estando mudo, le hablo también?

¡Sangre! No bastas para la mente.
Prestas al barro tinte y color;
Y de igual modo correr podrías
Dentro la estatua de Pigmalión.

Mas este impulso secreto y vago
Que le llamamos sentir, pensar;
Que nos eleva, que nos contiene,
Que deja al barro, y al cielo va;

Esta secreta llama que encierra
Conciencia, juicio, talento, amor;
Que no se palpa, que no se mide:
La fe, la gloria, la inspiración;

No está en los nervios ni está en la sangre;
¡No! que si fuese materia vil,
Cuando se duerme bajo la tumba,
Con sangre y nervios quedara allí.

Eso es eterno. La ciencia, el arte,
Reflejos suyos siempre serán.
Fuera del alma ¡cuán pobres somos!
¡Todo se muere! ¡Todo se va!

Á MÉJICO

EN LAS ÚLTIMAS DESGRACIAS DE ESPAÑA

Allá del revuelto mar
Tras los secos arenales,
Donde sus limpios cristales
Las ondas van á estrellar;
Donde en lucha singular
Disputando á la Fortuna
Las ciudades una á una,
De sus guerreros al brío,
Mostraron su poderío
La cruz y la media luna;

En esa tierra encantada,
Que esconde, en perpetuo abril,
Las lágrimas de Boabdil
En las vegas de Granada;
Donde el ave enamorada

Repite entre los verjeles
El canto de los gomeles,
Y cuelga su frágil nido
Del minarete prendido
Entre ojivas y caireles;

Donde soñados ultrajes
Vengaron fieros zegríes,
Regando los alhelíes,
Con sangre de abencerrajes;
Donde entre muros de encajes
Y torres de filigrana,
Lloró la hermosa sultana
Amorosos sentimientos
Á los rítmicos acentos
De una trova castellana;

Allá donde nueva luz
Alumbró, limpia y serena,
Sobre la morisca almena
Al símbolo de la cruz;
En ese suelo andaluz,
Cuyos cármenes hollando,
Y en otro mundo soñando,
Cruzaron en su corcel

La magnánima Isabel
Y el católico Fernando;

En esa región que encierra
Tantos recuerdos de gloria;
En ese altar de la Historia;
En ese edén de la tierra:
No el azote de la guerra
Infunde duelo y pavor,
Ni causa fiero dolor
El negro contagio inmundo;
Que mira asombrado el mundo
Allí otra plaga mayor.

Surgen allí tempestades
Del suelo entre las entrañas,
Y vacilan las montañas,
Y se arrasan las ciudades.
Escombros y soledades
Son el cortijo y la aldea;
La muerte se enseñorea,
Y, en medio á tanta ruïna,
Se ve cual llama divina
La Caridad que flamea.

Con sordo bramido el duelo

Todo lo enluta y recorre;
Yace la maciza torre
En pedazos sobre el suelo.
Salvarse forma el anhelo
De los espantados seres,
Y hombres, niños y mujeres
Las crispadas manos juntan,
Y viendo al cielo preguntan :
« Dinos, Dios, ¿por qué nos hieres? »

Recordando en sus delitos
Las bíblicas amenazas,
Van por las calles y plazas
Confesándolos á gritos.
Los corazones precitos
Se niegan á palpitar,
Y todos ven transformar
Al golpe del terremoto,
En abismo el verde soto,
Y en escombros el hogar.

Se abate el pesado muro
Que adornó silvestre yedra,
Y brotan de cada piedra
Una oración y un conjuro.

No hay un asilo seguro;
Ciérnese el ángel del mal;
Cada fosa sepulcral
Ábrese ante fuerza extraña,
Y parece que en España
Comienza el juicio final.

Y entre la nube sombría
Que el denso polvo levanta,
El coro terrible espanta
De los gritos de agonía.
Y entre aquella vocería,
Con rostro desencajado,
El padre busca, espantado,
Con ayes desgarradores,
El nido de sus amores,
Entre escombros sepultado.

Convulsa, pálida, errante,
Sobre el suelo que se agita,
La madre se precipita,
Por la angustia delirante;
Vuela en pos del hijo amante;
El rostro al abismo asoma,
Lo llama llorando, y toma

Por voz del hijo querido,
La que acompaña el crujido
De un techo que se desploma.

En repentina orfandad,
Trémulos, las manos tienden
Los niños, que no comprenden
Su espantosa soledad.
Tan sólo la caridad
Velará después por ellos,
Curando con sus destellos
Su miseria y su aflicción :
¡Cómo no amarlos, si son
Tan inocentes, tan bellos!

¿Qué pecho no se conmueve
Ante cuadro tan sombrío,
Que el corazón más bravío
Á contemplar no se atreve?
Ante el infortunio aleve
¿Quién no es noble? ¿quién no es bueno?
¿Quién de piedad no está lleno,
Cuando es la virtud mayor,
Aun más que el propio dolor,
Sentir el dolor ajeno?

Manda ¡oh noble patria mía!
La ofrenda de tus piedades
Á las hoy tristes ciudades
De la hermosa Andalucía.
No es favor, es hidalguía;
Es deber, no vanidad.
Llamen otros Caridad
Á estos óbolos del hombre;
Tienen nombre, sólo un nombre :
Se llama Fraternidad.

Con tierno entusiasmo santo,
Mezcla ¡oh patria amante y buena!
Esa pena con tu pena,
Ese llanto con tu llanto.
Si al mirar ese quebranto,
Tu triste historia repasas,
Verás que angustias no escasas
Pasó, entre llantos prolijos,
Por amparar á tus hijos,
Bartolomé de las Casas.

EN CHURUBUSCO

Para honrar á los héroes que murieron
En medio del fragor de la batalla,
Dadme la voz de las azules ondas
Que del indiano mar las costas bañan.
Dadme el rumor del viento que sacude
Los viejos ahuehuetes del Anáhuac,
Cuando de noche en el sagrado bosque
Surgen los manes de la edad pasada.

—

Desde el león espanto de la selva,
Hasta las cumbres en que duerme el águila,
Del cielo al mar y del hogar al nido,
En la alcoba lo mismo que en la rama,
La madre llora por el hijo tierno
Que la implacable muerte le arrebata.

Se enluta el nido cuando el ave muere,
Al arrancar la perla cruje el nácar
Y cruje cuando el hierro abre la veta,
El abrupto peñón en la montaña.
Desde el espacio azul al hondo abismo
Que la tiniebla pavorosa guarda,
Todo en amor palpita y todo sufre,
Todo ante el paso de la muerte calla.
Estas praderas que con rayos de oro
El sol de Agosto fecundante baña,
Donde el silvestre cardo erizas hojas
Con blancas flores adornando esmalta;
Estos campos que viste primavera
Con sus ricos tapices de esmeralda,
Fueron en tiempo de invasión injusta
Ensangrentados campos de batalla.
En ellos como altivos gladiadores
Que al ancho estadio con su arrojo pasman,
Lucharon desde el niño hasta el anciano
Con fe de Atenas y valor de Esparta.
¡Díganlo aquellos muros carcomidos
Que el ya desierto monasterio guardan
Y en cuyos tristes largos corredores
Las sombras cruzan de Rincón y Anaya!

Díganlo á todos con idioma augusto
Las negras bocas de arcos y ventanas,
Por las cuales sembrando luto y muerte
Entró la lluvia de extranjeras balas.

Nunca llaméis derrota al heroísmo,
La luz no sirve si los ojos faltan,
Y aquí sólo llegaron los extraños
Cuando faltó la pólvora en las armas.

Tendió la noche sus heladas sombras
Y sobre el ancho campo de batalla,
Fúnebres asomaron las estrellas
Brillando en el espacio como lágrimas.

Sabemos ya los nombres de los héroes,
Sus nobles hechos nuestra historia guarda
Y su grandioso ejemplo imitaremos
Si nuestro suelo el invasor profana.

No llanto femenil sobre sus tumbas
Los ojos melancólicos derraman,
Laurel y encina cubrirán las losas
Que tantos restos en silencio guardan.

Los que vivís aún desde aquel tiempo,
Alzad las frentes sin rubor ni mancha,
Cual los sabinos del sagrado bosque
Que al ciele elevan sus brillantes canas.

Llevadnos á jurar sobre las fosas
De los mártires mil de esta jornada,
Llevadnos á jurar con noble aliento,
Que la bandera hermosa y sacrosanta

Que el pueblo esclavo presintió en Dolores
Y el pueblo libre tremoló en Iguala;
Esa bandera con que pudo altivo
Proclamar la República Santa Anna,
Con la que en Veracruz venció á los galos
Y allá en Tampico derrotó á Barradas;

La bandera preciosa con que Juárez
Salvó la independencia mejicana,
La gloriosa bandera que da sombra
Á tantas glorias de la edad pasada;

Llevadnos á jurar que será siempre
Grande, feliz, espléndida, sin mancha,
Lo mismo ante los pueblos de la Europa
Que ante la gran familia americana.

Siendo ese juramento en este instante
La oración á los muertos por la patria.

20 de Agosto de 1891

NI VIVA NI MUERTA

Es blanca, rubia, de contornos puros,
Cual si fueran labrados por Cellini.
La vi, me enamoré, dí veinte duros,
Y la mandó á mi casa *Pellandini*.

Está con traje azul, el solo traje
Que me causa inquietudes y desvelos,
Porque con él el rostro es un celaje
Prendido en las riberas de los cielos.

Suelto tiene el riquísimo tesoro
De sus cabellos blondos y rizados,
Que brillan y relucen como el oro
De octubre en las espigas de los prados.

Buscan la inmensidad sus claros ojos,
Que irradian luz en su mirar sereno :

Tiene boca pequeña, labios rojos,
Cuello de nácar y marmóreo seno.

Siempre que llego á verla, me palpita
Acelerado el corazón ardiente;
Me parece que sueña, que medita,
Y que espera mis besos en su frente.

Es púdica, romántica, graciosa,
Y en contra de su sexo y su hermosura,
No puede ser infiel ni ser curiosa,
Ni mentir, ni gastar, ni ser impura.

Después de que á Occidente el sol resbala,
Y su luz melancólica pardea,
Y esconde la cabeza bajo el ala
El ave que en los árboles gorjea;

Cuando aparecen nítidas y bellas,
Derramando sus vívidos fulgores,
Esas, que siempre están, blancas estrellas,
En eterno coloquio con las flores;

Cuando al loco rumor con que ensordece
Á la incansable muchedumbre el día,
Sigue el hondo silencio en que parece
Que están el sol y el mundo en agonía :

Entonces, en mi alcázar de amargura,
Que jamás el amor viste de gala,
Contemplo á la deidad cuya hermosura
Decora el muro de la humilde sala.

¡Cómo anima la sombra suavemente
Sus pupilas tan dulces y serenas!
¡Cuál tiñe de carmín su casta frente
La sangre que no corre por sus venas!

Parece que me ve, que se retratan
Mis ojos en los suyos siempre bellos,
¡En sus ojos de rayos que no matan,
Porque no está la tempestad en ellos!

Ojos que irradian fe, paz y bonanza,
Con la celeste luz en ellos presa;
Al que los mira infunden esperanza,
Y casta devoción al que los besa.

Cuántas veces, mirando cara á cara
Á esta mujer, capricho del artista,
He llegado á pensar : « Si abandonara
» El lienzo en que aparece ante mi vista,

» Y viera convertirse en un momento
» En verdad la ficción, cobrando altiva,

» Fuerza, calor, lenguaje y movimiento,
» Tornándose mujer y estando viva,

» ¿Causara entonces á mi pecho herido
» Este entusiasmo que á sus pies me trae? »
¡Ah! ¡yo sé que al amor sigue el olvido!
¡La flor más bella se marchita y cae!

Yo sé que el fuego que la carne abrasa,
Se torna en humo y en ceniza fría.
¡Todo se rompe, y atosiga, y pasa
Como el resabio del placer de un día!

Y sé que aquel amor dulce y callado
Que vierte en la niñez sus embelesos,
Es la estrella inmortal del bien pasado,
Encendida entre lágrimas y besos.

Mas del extraño amor que al pecho inspira,
Esta muda beldad, ¿cuál es el nombre?
¿Es sólo verso cuando está en la lira?
¿Sólo palabra cuando está en el hombre?

¿Es brillante ilusión que se derrumba
Á un abismo sin fondo ni medida?...
¡Es como el fuego fatuo de la tumba,
Que sólo puede arder donde no hay vida!

Pigmalión, adorando á Galatea,
Á este secreto amor le imprime norma;
Para llegar al culto de la idea,
Hay que entrar por el culto de la forma.

¿Es dulce, es melancólica, es hermosa?
Pues no exijamos más, basta con eso;
El amor, cual la abeja, va á la rosa:
Sólo busca la boca para el beso.

Mejor que nada exista en esa frente,
Ni en esos labios de encendida grana;
Huyo del sol en el zenit ardiente,
Y lo busco al rayar de la mañana.

Nada que incendie, nada que destruya,
Nada que canse, nada que carcoma;
Si queréis un amor que no concluya,
Todo fe, todo ensueño, todo aroma,

Pensad, al resolver cuestión tan seria,
Que la beldad encubre un esqueleto
Que polvo será al fin, porque es materia:
Pedidlo al arte y lo hallaréis completo.

Al arte, sí, que en medio del abismo,
Que todo lo amortigua y lo devora,

Ni engaña, ni atosiga, siendo el mismo
En la sombra y la luz, á cualquiera hora.

Es la existencia en dichas tan escasa,
Que cuanto abarca en su mejor destello,
Todo se rompe, languidece y pasa:
¡Todo, menos el culto por lo bello!

PROMESAS VANAS

Han pasado muchos años
Desde aquella dulce vez
En que trémulos y á solas
Juramos amor y fe.
Has faltado á tus promesas,
Y yo he faltado también;
Y tú dices : ¡al fin hombre!
Y yo digo : ¡al fin mujer!
Y ninguno es el culpable :
¡La humanidad así es!
Eras muy rubia y muy blanca;
Tus labios manaban miel :
Yo era niño, con el alma
Sin engaño ni doblez.
Nos encontramos ¿te acuerdas?

Al fúlgido amanecer
De un domingo : tú rezabas,
Y yo rezaba también;
Estábamos en el templo;
Me miraste, te miré,
Y palidecí, y tu rostro
Cubrió mortal palidez;
Y ya ni oímos la misa,
Ni nos dejamos de ver.
Después... recuérdalo, niña
Recuérdalo, sí, después
Pudimos hablar á solas.
¿Qué dijimos? no lo sé;
Juramos constancia eterna,
Mutua dicha, mutuo bien,
Ser en dos cuerpos un alma,
En dos almas una fe,
Amarnos hasta la muerte,
Y tras la muerte también.
Has faltado á tus promesas;
Á mis promesas falté;
Á otro ser le diste el alma;
Yo le dí el alma á otro ser;
Fuimos los dos inconstantes;
Me olvidaste, te olvidé;

Y tú dices « al fin hombre »,
Y yo digo « al fin mujer »,
Y ninguno es el culpable :
¡La humanidad así es!

EN MEMORIA DEL POETA

MANUEL M. FLORES

(COMPOSICIÓN LEÍDA EN EL LICEO HIDALGO)

Negra pupila, abierta y fulgurante,
Ancha y tersa la frente pensadora,
Reposado el andar, dulce el semblante,
La mano diminuta y tembladora;
Todo extrañando el peso del turbante,
Del blanco jaique y de la guzla mora :
Así le conocí, cuando sentía
Amor y juventud el alma mía.
Era... ya lo sabéis, el inspirado,
El egregio cantor de los amores;
El que hablaba el idioma delicado
De las brisas, las fuentes y las flores.

Semejaba, en el siglo, un desterrado
De las rondas de antiguos trovadores,
Que en alta noche el mandolín tañía
Al pie de la callada celosía.

Él cantaba el más tierno de los seres,
¡Encarnación de la belleza humana!
Hablaba de ilusiones y placeres,
De una dicha inmortal y soberana;
Del amor que derrama en las mujeres
Más luz que el sol brillando en la mañana,
Y cuyo beso, en alas de su anhelo,
Basta á juntar la tierra con el cielo.

Después... su frente pálida, abatida,
Una sonrisa lúgubre en su boca;
Su voluntad heroica ya vencida,
Semejaba, en lo firme, abrupta roca
Gastada por las olas de la vida;
En el vaivén de la fortuna loca...
El alma llena de esplendor y fuego,
Y sus ojos sin luz... ¡ya estaba ciego!

Ya sentada á sus puertas la pobreza,
Conociendo del mundo los rigores,
Hirió su altiva frenta la tristeza;
Cantó libre sus íntimos dolores,

Y halló en premio á sus sueños de grandeza
Tardes nubladas y marchitas flores;
Horas lentas, amargas, intranquilas,
Y la noche en el alma y las pupilas.

¡Gladiador del espíritu! ¿á qué meta
Pretendes ir así? ¿No te imaginas
Que si mirara tu pupila inquieta,
Vieras el jaramago en las rüinas?
Ya ciñes la corona del poeta,
Ya conoces su peso y sus espinas,
Ya del rebelde mundo en el proscenio,
Como un errante sol, brilló tu genio.

Mirad... el genio cruza este desierto,
Entre penas y lágrimas cautivo...
En la tierra es un vivo que está muerto,
Y en la tumba es un muerto que está vivo.
Amar, soñar, creer, mirar abierto
Un templo más allá, luchar altivo,
Y consumirse al fuego que lo abrasa,
Tras un aplauso que resuena y pasa.

Tu patria sabe honrarte, enaltecerte,
Para ser inmortal tienes derecho;
Nadie en tu derredor culpa á la suerte,
Ni sollozos exhala de su pecho;

En las nupcias del genio con la muerte,
La Historia es un hogar, la tumba un lecho,
Y ambas fulguran con eterna llama
Hoy que engendran un hijo de la Fama.

FRENTE Á TOLEDO

Arriba azul, verde abajo,
Pleno abril, sol esplendente,
Y yo sentado en un puente
Que cabalga sobre el Tajo.
Ara el buey con gran trabajo
La lejana sementera;
Zumba la abeja doquiera;
Cada planta tiene flor;
Los cielos dicen: ¡amor!
Y los campos: ¡primavera!

Vibra en la extensión lejana,
Que el Tajo hirviente recorre,
La voz que en gótica torre
Da á los aires la campana;

Católica y musulmana,
Infundiendo asombro y miedo,
Desde el puente mirar puedo,
Entre mil tintas bermejas,
Cúpulas, torres y rejas
De la ciudad de Toledo.

¡Cómo resaltan, bañadas
Del sol por los rayos puros,
En cornisones oscuros
Almenas desportilladas!
Sobre ramblas aplomadas
Se mira en conjunto vago
El rudo y constante estrago
De los siglos, que han escrito
Su paso sobre el granito
Con ortiga y jaramago.

¡Toledo! rico tesoro
De señoriales contiendas,
De cuentos y de leyendas
Que enaltecen al rey moro:
Te envuelve en nimbos de oro
El sol que tus campos baña,
Y tienes la pompa extraña

De una majestad caída,
Que refleja, ya vencida,
Todo el esplendor de España.

De tus grandezas testigo,
El Tajo á tu voz responde:
Sirte de plata que esconde
Misterios del rey Rodrigo.
En ti buscaron abrigo
Héroes de raras historias,
Cuyos hechos y memorias
Impiden, á extrañas gentes,
Con tus desgracias presentes
Nublar tus pasadas glorias.

Toledo, soñé en mirarte,
Y al fin feliz te contemplo,
Como silencioso templo
De la tradición y el arte.
Vengan otros á estudiarte:
Nunca atizó mi ansiedad,
Ver si pueblan tu ciudad
Almas grandes ó mezquinas:
Me basta ver tus rüinas,
Me encanta tu soledad.

Ya sin puente ni rastrillo,
Destrozado el minarete;
Sin lanzas en el almete
Del paredón amarillo,
Semeja el feudal castillo
Mansión de espectros sombría,
Do nunca el rayo del día
Halla, al penetrar ligero,
Ni en la sala al caballero
Ni en las torres al vigía.

Sólo la indiscreta fama
Cuenta que en tiempo pasado
Tuvo el castillo clavado
En la puerta un oriflama;
Fué prisión de hermosa dama
Cautiva en redes de amor,
Y á tanto llegó el rigor
De su infortunada suerte,
Que, por celos, le dió muerte
Con el hacha, su señor.

En angosta saetera
Su nido cuelga el vencejo,
Y crece el duro cornejo
En la inútil halconera.

Encubre la enredadera
El desgastado blasón;
Sin lengua está el esquilón;
La poterna sin cerrojos;
Hay en el glacis abrojos,
Y ortiga en el torreón.

El sillar tosco y plomizo
Llora en el musgo su duelo;
Cruza de tarde el mochuelo
El húmedo pasadizo;
Sostiene el arco macizo
Un pesado corredor,
Que en el ángulo interior
Guarda en piedra mal tallado
Un Cristo crucificado,
Que ya no inspira fervor.

Los altos muros deslava,
Retratando las almenas,
El Tajo, cuyas arenas
Pisó tímida la Cava;
Bajo su lecho de grava
Oculta el undoso río
Todo el pasado sombrío.

De historias y tradiciones;
Joyas, armas y blasones
Del gótico poderío.

Con soberbia majestad,
Por la historia consagrados,
Alza sus muros calados
Coronando la ciudad,
El Alcázar que en la edad
De heroísmo sin segundo,
Vió con asombro profundo
Salir de allí, sin mancilla,
Los leones de Castilla
Para dominar el mundo.

Allí el rencor acibara
Bajo sus cotas de acero
Á don Pedro el Justiciero
Y á Enrique de Trastamara.
Si cada piedra guardara,
Por mano de Dios escrito,
De la virtud y el delito
Las luchas que ha contemplado,
Lanzara el mundo espantado
Frente á cada piedra un grito.

Mas tan sólo de grandeza
Y ostentación son destello :
Siempre lo grande y lo bello
Vive en la naturaleza.
Hasta en su muda tristeza
Tienen pompa las rüinas;
Defienden secas espinas
Las tumbas de ilustres muertos,
Y en los salones desiertos
Son reinas las golondrinas.

¡Soledad! ¡silencio! ¡estrago!
El tiempo con mano ruda,
Siembra en el alma la duda,
Y en el muro el jaramago.
En vano el mentido halago
De una brillante memoria
Alza recuerdos de gloria
De polvo glacial y leve,
Que sólo levanta y mueve
El huracán de la historia.

Sigue el hombre por la tierra,
Como ayer, triste camino,
Incansable peregrino

Siempre con el mal en guerra.
¿Quién vacila? ¿quién se aterra
Ante tan rudo trabajo?
Arriba azul, verde abajo,
Pleno abril, sol esplendente,
Y al mar empujando hirviente
Sus claras ondas el Tajo.

COLÓN É ISABEL

(POESÍA LEÍDA POR SU AUTOR EN LA VELADA DEL 12 DE OCTUBRE, EN MÉJICO)

Á EVARISTO FOMBONA

Cantar á ese gigante soberano
Que al soplo de su espíritu fecundo
Hizo triunfar el pensamiento humano,
Arrebatando al mar un nuevo mundo;
Cantar al que fué sabio entre los sabios,
Cantar al débil que humilló á los grandes,
Nunca osarán mi lira ni mis labios.
Forman su eterno pedestal los Andes,
El Popocatepelt su fe retrata,
Las pampas son sus lechos de coronas,
Su majestad refleja el Amazonas,
Y un himno á su poder tributa el Plata.
No es la voz débil que al vibrar expira,
La digna de su nombre; ¿puede tanto

La palabra fugaz?... ¿Quién no lo admira?
La mar, la inmensa mar, ésa es su lira,
Su Homero el sol, la tempestad su canto.

Cuando cual buzo audaz, mi pensamiento
Penetra del pasado en las edades,
Y mira bajo el ancho firmamento
De América las vastas soledades :
El inca dando al sol culto ferviente,
El araucano indómito y bravío,
El azteca tenaz que afirma el trono,
Adunando al saber el poderío :
¡Á cuántas reflexiones me abandono!...
Todas esas sabanas calentadas
Por la luz tropical, llenas de flores,
Con sus selvas incultas, y sus bosques
Llenos de majestad; con sus paisajes
Cerrados por azules horizontes,
Sus montes de granito,
Sus volcanes de nieve coronados,
Semejando diamantes engarzados
En el esmalte azul del infinito;

Las llanuras soberbias é imponentes,
Que puebla todavía

En la noche sombría
El eco atronador de los torrentes;
Los hondos ventisqueros,
Las cordilleras siempre amenazantes,
Y al aire sacudiéndose arrogantes,
Abanicos del bosque, los palmeros;
No miro con mi ardiente fantasía
Sólo una tierra virgen que podría
Ser aquel legendario paraíso
Que sólo Adán para vivir tenía;
Miro las nuevas fecundantes venas
De un mundo á las grandezas destinado,
Con su Esparta y su Atenas,
Tan grande y tan feliz como ignorado.
Para poder cantarlo, busca el verso
Una lira con cuerdas de diamante,
Por único escenario el Universo,
Voz de huracán y aliento de gigante.

Que destrence la aurora
Sus guedejas de rayos en la altura :
Que los tumbos del mar con voz sonora
Pueblen con ecos dulces la espesura :
Que las aves del trópico, teñidas
Sus alas en el iris, su contento

Den con esas cadencias tan sentidas
Que van de selva en selva repetidas
Sobre las arpas que columpia el viento.
Venid conmigo á descorrer osados
El velo de los siglos ya pasados.

Tuvo don Juan Segundo
En Isabel de Portugal, la bella,
Un ángel, que más tarde fué la estrella
Que guió á Colón á descubrir un mundo.
El claro albor de su niñez tranquila
Se apagó en la tristeza y en el llanto.
En el triste y oscuro monasterio
Donde, envuelta en el luto y el misterio,
Fué Blanca de Borbón á llorar tanto.
Allí Isabel fortaleció su mente,
Y aquel claustro de Arévalo imponente
Fe le dió para entrar al mundo humano,
Dió vigor á su espíritu intranquilo,
Fué su primer asilo soberano,
Cual la Rábida fué primer asilo
Del Vidente del mundo americano.
Muerto Alfonso, su hermano,
En el convento de Ávila se encierra,
Y hasta allí van los grandes de la tierra,

Llenos de amor, á disputar su mano.
Ella da el triunfo de su amor primero
Á su igual en grandeza y en familia,
Al que, rey de Sicilia,
Es de Aragón el príncipe heredero.
Á tan gentil pareja
Con ensañado afán persigue y veja
De Enrique Cuarto la orgullosa corte;
Pero palpita el alma castellana
Que de Isabel en la gentil persona,
Más que la majestad de la corona,
Ve la virtud excelsa y soberana.
La España en Guadalete decaída,
Y luego en Covadonga renacida,
No vuelve á unirse, ni por grande impera,
Hasta que ocupa, sin rencor ni encono,
De Berenguela y Jaime el áureo trono,
El genio augusto de Isabel Primera.
Grande en su sencillez, es cual la aurora
Que al asomarse, todo lo ilumina;
Humilde en su piedad, cual peregrina
Va al templo en cada triunfo, y reza, y llora;
Nada á su gran espíritu le agobia:
Desbarata en Segovia
La infiel conjuración: libra á Toledo,

Fija de las costumbres la pureza,
El crimen blasonando en la nobleza
Castiga, vindicando al pueblo ibero :
Por todos con el alma bendecida,
Por todos con el alma idolatrada,
Rinde y toma vencida,
Edén de amores, la imperial Granada.
Dejadme que venere
Á esa noble mujer. . Llegóse un día
En que un errante loco le pedía,
Ya por todos los reyes desdeñado,
Buscar un hemisferio, que veía
Allá en sus sueños por el mar velado.
No intento escudriñar el pensamiento
Del visionario que á Isabel se humilla.
¿La América es la Antilla
En que soñó Aristóteles? ¿La Atlántida
Que Platón imagina en su deseo,
Y menciona en su diálogo el Timeo?
¿Escandinavos son los navegantes
Que cinco siglos antes
De que el insigne genovés naciera,
Fijo en Islandia su anhelar profundo,
Al piélago se arrojan animados,
Y son por ruda tempestad lanzados

Á la región boreal del Nuevo Mundo?...
¡Yo no lo sé! Se ofusca la memoria
Entre la noche de la edad pasada;
Sólo hay tras esa noche una alborada :
Isabel y Colón : ¡la Fe y la Gloria!

¡Cuántos hondos martirios, cuántas penas
Sufrió Colón! ¡El dolo y la perfidia
Le siguen por doquier! ¡La negra envidia
Al vencedor del mar puso cadenas!
Maldice á Bobadilla y á Espinosa
La humanidad que amamantarlos plugo...
¡El hondo mar con voz estrepitosa
Aun grita maldición para el verdugo!
El mundo descubierto,
Á hierro y viva sangre conquistado,
¿Fué solamente un lóbrego desierto?
¿Vive? ¿palpita? ¿crece? ¿ha progresado?
¡Ah sí! Tended la vista... Cien naciones,
Grandes en su riqueza y poderío,
Responden con sonoras pulsaciones
Al eco tosco del acento mío.

El suelo que Cortés airado y fiero,
Holló con planta osada,
Templando lo terrible de su espada
La dulzura y bondad del misionero,
Cuál tuvo en Cuauhtemoc, que al mundo asombra,
Tuvo después cien héroes : un Hidalgo,
Cuya palabra sempiterna vibra;
Un Morelos, en genio esplendoroso;
¡Un Juárez, el coloso
Que de la Europa y su invasión lo libra!
Bolívar, en Santa Ana y Carabobo,
Y en Ayacucho Sucre, son dos grandes,
Son dos soles de América en la historia,
Que tienen hoy por pedestal de gloria
Las cumbres gigantescas de los Andes.
¡Junín! el solo nombre
De esta epopeya mágica engrandece
El lauro inmarcesible de aquel hombre,
Que un semidiós al combatir parece.
Sucre, Silva, Salom, Córdoba y Flores,
Colombia, Lima, Chile, Venezuela,
En el Olimpo para todos vuela
La eterna fama, y con amor profundo
La ciñe eterna y fúlgida aureola :
¡Gigantes de la América española,

Hoy tenéis por altar al Nuevo Mundo!
Ningún rencor nuestro cariño entraña:
Del Chimborazo, cuya frente baña
El astro que á Colombia vivifica,
Á la *montaña estrella,*
Que frente al mar omnipotente brilla,
Resuena dulce, sonorosa y bella
El habla de Castilla :
Heredamos su arrojo, su te pura,
Su nobleza bravía.

¡Oh, España! juzgo mengua
Lanzarte insultos con tu propia lengua;
Que no cabe insultar á la hidalguía.
En nombre de Isabel, justa y piadosa,
En nombre de Colón, ningún agravio
Para manchar tu historia esplendorosa
Verás brotar de nuestro humilde labio.
¡Á Colón, á Isabel el lauro eterno!
Abra el Olimpo su dorada puerta,
Y ofrezca un trono á su sin par grandeza :
Resuene en nuestros bosques el arrullo
Del aura errante entre doradas pomas :
Las flores en capullo
Denles por grato incienso sus aromas :

El volcán, pebetero soberano,
Arda incesante en blancas aureolas,
Y un himno cadencioso el mar indiano
Murmure eterno con sus verdes olas...
El universo en coro
Con arpas de cristal, con liras de oro,
Al ver á los latinos congregados,
Ensalce ante los pueblos florecientes
Por la América misma libertados,
Aquellos genios, soles esplendentes
De Colón é Isabel, y con profundo
Respeto santo y con amor bendito,
Libre, sereno, eterno, sin segundo,
Resuene sobre el Cosmos este grito :
¡Gloria al descubridor del Nuevo Mundo!
¡Gloria á Isabel, por quien miró cumplida
Su gigantesca empresa soberana!
¡Gloria, en fin, á la tierra prometida,
La libre y virgen tierra americana!

Á MARÍA RIVADENEYRA

Jalapa es un verjel de paz y amores
Que presintió mi anhelo;
Allá en mis sueños conocí sus flores
Y adiviné su cielo.

Habláronme en la infancia, en la alborada
De mi revuelta vida,
De esta mansión para el amor formada,
Por el amor nutrida.

Aquí, mi padre disfrutó la calma
De la ilusión naciente;
Aquí vino sin sombras en el alma
Sin canas en la frente.

Y guardó fiel hasta el postrer momento
La memoria hechicera

De este Edén, como guarda el pensamiento
Á la mujer primera.

« El Edén no es un mito, puedes hijo
Conocerlo algún día...
Jalapa es un Edén... » y me lo dijo
Trémulo de alegría.

Murió, me dejó huérfano, teniendo
Espinas por alfombra;
¡ Seis años hace ya que está durmiendo
Tras de la eterna sombra!

¡ Quedé á vivir sufriendo decepciones
Que consumen y abrasan;
Á ver pasar ensueños é ilusiones
Como las nubes pasan!

En medio de la lucha, solo, triste
Y de sufrir cansado,
Llegué á pensar : pues el Edén existe
Iré al Edén soñado.

Y vine y encantáronse mis ojos
Cuando en la niebla leve

Vi azules lirios, tulipanes rojos
Y camelias de nieve.

Cuando de enhiestos montes á la falda
Vi el naranjal sombrío
Y engarzado entre cuencas de esmeralda
El blanco caserío.

Curó ese panorama mis heridas,
Busqué paz y reposo
Y abriéronme las puertas bendecidas
De tu hogar venturoso.

¡ Ay! venturoso entonces, en la aurora
Del más sereno día,
¡ Cuando aun no entraba la traidora,
La Pálida, la Fría!

Cuando tu santa madre no lloraba
Inclinando la frente;
¡ Cuando, con trece abriles la besaba
Tu hermano, eterno ausente!

Entonces vine y estreché los lazos
De esta amistad sincera,

Á la que doy, tendiéndole mis brazos,
De ofrenda el alma entera.

Hoy hace un año que apuré las heces
De nuestro adiós primero;
Desde entonces he vuelto muchas veces...
¿Por qué?... ¡porque las quiero!

¡Ay! si pudiera como fresca brisa
Animar estas flores;
Poner en cada rostro una sonrisa:
Curar tantos dolores;

¡Si el dulce bienestar que ayer he visto
Hoy fuera igual y cierto!
¡Si la amistad pudiera como Cristo
Resucitar á un muerto!

Mañana, al separarme de este hermoso
Jardín tierno y amado,
Te dejara la dicha y el reposo
De que siempre has gozado.

Mas ¿quién á la oropéndola caída,
Á mustia tuberosa,

Á la nívea caléndula perdida
En sirte cenagosa,

Les devuelve el perfume y los colores
Que ostentaron por galas?...
¡Sus hojas, al morir, cierran las flores,
Los pájaros sus alas!

¡Frente á la eternidad todo se cierra!
Quien es justo en el suelo
Puede cerrar sus ojos en la tierra...
¡Los abrirá en el cielo!

Hoy que sangra en tu hogar la inmensa herida
Que abrió alevosa mano,
No olvides que en los campos de la vida
Tienes en mí un hermano.

Jalapa, 16 de febrero de 1889.

Á MI FRATERNAL AMIGO

GERARDO M. SILVA

(En la muerte de su padre)

¡Tu hogar está sin luz! ¿La noche acaso
Descorrió en él sus lúgubres crespones
Sepultando tu sol en el ocaso?

Hoy no son las amargas decepciones
Las que tu frente dejan abatida
Sobre escombros de bellas ilusiones.

¡Tu hogar está sin luz! llora afligida
La que sobre este mundanal desierto,
Tesoro de tu amor, vela tu vida.

No sueñas el dolor; estás despierto
Y una voz de martirio en tu alma grita:
¡Tu hogar está sin luz! ¡tu padre ha muerto!

Dentro del pecho sin vigor palpita
El corazón que juvenil y ardiente,
Ayer la coronó dicha infinita.

El ser que amante, tierno y reverente
Tiene muerta en los ojos la mirada
El labio mudo y sin calor la frente...

¡Oh destino cruel! la Parca airada,
Lo arrancó de las penas de este suelo,
Para llevarlo á la mansión soñada.

Tiemblas de pena, lloras sin consuelo...
No te conforma su eternal ventura,
Ni puedes con placer mirar el cielo...

Es sagrada y es noble tu amargura,
Llora sobre su cuerpo, y que tu llanto
Riegue en lluvia de amor su sepultura.

Él te veló de niño y te amó tanto,
Que vas á ser un culto en su memoria,
Y un sol eterno en su cariño santo...

Este sol en tu vida transitoria
Donde todo al abismo se derrumba,
Alumbrará tu hogar... verá tu gloria,

¿Quieres que en el pesar tu alma sucumba?
¡Tu hogar está sin luz! ¡y es tu destino
Darle esa luz que le robó la tumba!

Si el hombre es en la tierra un peregrino,
Lucha con el dolor y con la suerte;
Tu padre ayer te señaló un camino,
Síguelo siempre y honrarás su muerte.

Octubre 12 de 1875.

POST-UMBRA

Á MIS QUERIDOS AMIGOS JUAN G. WILSON
Y MANUEL CABALLERO

Con letras ya borradas por los años,
En un papel que el tiempo ha carcomido,
Símbolo de pasados desengaños,
Guardo una carta que selló el olvido.
La escribió una mujer joven y bella.
¿Descubriré su nombre? ¡no! ¡no quiero!
Pues siempre he sido, por mi buena estrella,
Para todas las damas caballero.
¿Qué ser alguna vez no esperó en vano
Algo que, si se frustra, mortifica?
Misterios que al papel lleva la mano,
El tiempo los descubre y los publica.
Aquellos que juzgáronme felice
En amores; que halagan mi amor propio,
Aprendan de memoria lo que dice
La triste carta que á la letra copio:

« Dicen que las mujeres sólo lloran
Cuando quieren fingir hondos pesares;
Los que tan falsa máxima atesoran,
Muy torpes deben ser ó muy vulgares.

Si cayera mi llanto hasta las hojas
Donde temblando está la mano mía,
Para poder decirte mis congojas,
Con lágrimas mi carta escribiría.

Mas si el llanto es tan claro que no pinta,
Y hay que usar de otra tinta más oscura,
La negra escogeré, porque es la tinta
Donde más se refleja mi amargura.

Aunque no soy para soñar esquiva,
Sé que para soñar nací despierta.
Me he sentido morir, y aun estoy viva;
Tengo ansias de vivir, y ya estoy muerta.

Me acosan del dolor fieros vestiglos
¡Qué amargas son las lágrimas primeras!
Pesan sobre mi vida veinte siglos,
Y apenas cumplo veinte primaveras.

En esta horrible lucha en que batallo,
Aun cuando, débil, tu consuelo imploro,
Quiero decir que lloro y me lo callo,
Y más risueña estoy cuanto más lloro.

¿Por qué te conocí? Cuando temblando
De pasión, sólo entonces no mentida,
Me llegaste á decir « Te estoy amando
Con un amor que es vida de mi vida »,

¿Qué te respondí yo? Bajé la frente;
Triste y convulsa, te estreché la mano,
Porque un amor que nace tan vehemente,
Es natural que muera muy temprano.

Tus versos, para mí conmovedores,
Los juzgué flores puras y divinas,
Olvidando, insensata, que las flores
Todo lo pierden menos las espinas.

Yo, que como mujer soy vanidosa,
Me vi feliz creyéndome adorada,
Sin ver que la ilusión es una rosa
Que vive solamente una alborada.

¡Cuántos de los crepúsculos que admiras,
Pasamos entre dulces vaguedades,
Las verdades juzgándolas mentiras,
Las mentiras creyéndolas verdades!

Me hablabas de tu amor, y absorta y loca,
Me imaginaba estar dentro de un cielo,
Y al contemplar mis ojos y mi boca,
Tu misma sombra me causaba celo.

Al verme embelesada al escucharte,
Clamaste, aprovechando mi embeleso,
« Déjame arrodillar para adorarte »,
Al verte de rodillas te dí un beso.

Te besé con arrojo, no se asombre
Un alma escrupulosa ó timorata;
La insensatez no es culpa. Besé á un hombre,
Porque toda pasión es insensata.

Debo aquí confesar que un beso ardiente,
Aunque robe la dicha y el sosiego,
Es el placer más grande que se siente
Cuando se tiene un corazón de fuego.

Cuando toqué tus labios, fué preciso
Soñar que aquel placer se hiciera eterno.
Mujeres : es el beso un paraíso
Por donde entramos muchas al infierno.

Después de aquella vez, en otras muchas,
Apasionado tú, yo enternecida,
Quedaste vencedor en esas luchas
Tan dulces en la aurora de la vida.

¡Cuántas promesas, cuántos devaneos!
El grande amor con el desdén se paga;
Toda llama que avivan los deseos,
Pronto encuentra la nieve que la apaga.

Te quisiera culpar, y no me atrevo.
Es, después de gozar, justo el hastío;
Yo, que soy un cadáver que me muevo,
Del amor de mi madre desconfío,
Me engañaste, y no te hago ni un reproche.
Era tu voluntad y fué mi anhelo.
Reza, dice mi madre, en cada noche;
Y tengo miedo de invocar al cielo.
Pronto voy á morir; ésa es mi suerte;
¿Quién se opone á las leyes del destino?
Aunque es camino oscuro el de la muerte,
¿Quién no llega á cruzar ese camino?
En él te encontraré : todo derrumba
El tiempo, y tú caerás bajo su peso;
Tengo que devolverte en ultra-tumba
Todo el mal que me diste con un beso.
Mostrar á Dios podremos nuestra historia
En aquella región quizá sombría.
¿Mañana he de vivir en tu memoria?...
Adiós... adiós... hasta el terrible día. »
Leí estas líneas y en eterna ausencia
Esa cita fatal vivo esperando...
Y sintiendo la noche en mi conciencia,
Guardé la carta y me quedé llorando.

¡POR CONSUEGRA! ¡POR ESPAÑA!

(LEÍDA EN EL GRAN TEATRO NACIONAL DE MÉJICO EN LA FUNCIÓN DADA POR LA JUNTA DE DAMAS Á BENEFICIO DE LOS INUNDADOS)

Para goces ó duelos que sienta España,
Cuando el llanto ó la dicha su faz enciende,
Tengo una lira humilde que la acompaña
Y un corazón de hermano que la comprende.

Por eso aquí de nuevo mi voz levanto
Y pido á pobres cuerdas sus armonías;
Ya lo sabéis vosotros, la quiero tanto
Que sus penas intensas las hago mías.

Yo vi de cerca todo lo que se encierra
De noblezas hidalgas en su recinto;
Sentí el sol de la Historia sobre esa tierra
Que vió el sol sin ocaso de Carlos Quinto.

Si allí buscáis leyendas encantadoras
Soñaréis que os arrullan notas lejanas,

De rabeles cristianos y guzlas moras
Bajo los minaretes de las Sultanas.

Soñaréis cabe albercas con arrayanes
En cautivas que lloran por sus donceles;
En alquiceles blancos y en yataganes
Sobre la verde cuesta de los Gomeles.

¡Ah! yo he visto la hermosa vega extendida
Que el Jenil argentado de flores cuaja
Y soñé en otros tiempos y en otra vida
Mirando los jardines de Lindaraja.

Recogí de Granada los alhelíes
Que un sol de fuego esmalta con luz divina,
Y al cruzar por el campo de los zegríes
Me hablaba de mi patria la golondrina.

España nos recibe con regocijos
Porque colmar supimos su afán profundo,
Siente orgullo de madre que ve á sus hijos
Honrar, ya independientes, el Nuevo Mundo.

En cada leal amigo me dió un hermano
Que hizo suyos mis goces y mis pesares,

¡Porque basta en España ser mejicano
Para encontrar abiertos pechos y hogares!

Allí ninguno alienta rencor ni dolo
Al vernos vivir libres en otra esfera,
Pues saben que ostentamos de polo á polo,
Con honor y sin mancha nuestra bandera.

Ya no existe la España dominadora
Sino la Iberia hermana, que he conocido,
Y cuya lengua rica, dulce y sonora,
Honramos en la tierra donde he nacido.

Ya no existe la España grave y austera
Que lanzó en sus legiones fieros aludes,
Que Cortés hizo odiosa con una hoguera
Y vindicó Las Casas con sus virtudes.

Soldados de Alvarado; reyes aztecas;
Todos sois polvo vano; ya nada existe;
De aquella edad aun tiemblan las hojas secas
Del árbol que recuerda «la noche triste».

Se quebró la macana que el casco abolla;
La inquisición no ostenta tizones rojos;

Y al fundirse dos razas nació la criolla
De apiñonado cutis y negros ojos.

La de pies diminutos y andar galano,
La que junta con dulce melancolía
Lo humilde y apacible del tipo indiano
Al garbo y á la gracia de Andalucía.

¡Oh España! ¡oh noble España! tú nos legaste
Una fe y una lengua; tienes derecho
Á buscar en los pueblos que aquí formaste
El corazón hidalgo que hay en tu pecho.

España es igual siempre bajo tu rayo
¡Oh sol del patriotismo que la iluminas!
¡Resucitó á sus héroes del Dos de Mayo
Al ver amenazadas las Carolinas!

¿Cómo no tributarle justos honores
Al laurel siempre vivo que la enguirnalda?
¡Unamos nuestra enseña de tres colores
Á su gloriosa enseña de rojo y gualda!

Hoy que triste se envuelve con gasa negra
Que le atara un espectro de heladas manos;

Cual fraternal tributo llegue á Consuegra
El óbolo que mandan los mejicanos,

¡Oh caridad sublime! ¡Sol que derramas
De amor y de consuelo rayos ardientes!
Mira cómo á tu influjo son nuestras damas
Los ángeles de guarda de los ausentes.

Campos ayer hermosos, son tristes yermos;
Escombros los hogares; las dichas, penas;
Los espíritus sanos gimen enfermos.....
¡Aliviad tantos males las almas buenas!

¡Oh! bien hacéis vosotras en ser primeras
En consolar amantes, tanta agonía;
¡Para aliviar desgracias ya no hay fronteras!
¡La Caridad no tiene ciudadanía!

¡Damas que sois las joyas de nuestro suelo
Y galardón y gloria de sus hogares;
Vuestras altas virtudes bendice el cielo;
Vuestra piedad un pueblo tras de los mares!

Á la ofrenda tan noble que haréis mañana,
Yo la inscripción pusiera cual la merece:
Los ángeles de Anáhuac, para su hermana
La España de Cristina y Alfonso Trece.

Méjico, 14 de octubre de 1891.

ROMANCES NACIONALES

ROMANCES NACIONALES

DE MARINERO Á TRAPISTA

AL GENERAL DON VICENTE RIVA PALACIO

NIETO DEL INMORTAL CAUDILLO DE LA INDEPENDENCIA

DON VICENTE GUERRERO

I

Cuando ya todos los héroes
Que con Hidalgo surgieron,
Quedaron frente al « Destino »,
Aprisionados ó muertos,
Sólo un tenaz insurgente,
El indomable Guerrero,

Sostuvo entre las montañas
La libertad y el derecho.

—

Él, desde ochocientos once
Que entró á servir con Morelos,
Asistió á muchos combates
En que demostró su genio.
Y el año de diez y nueve
Fueron tantos sus esfuerzos,
Que alcanzó veinte victorias
Contra el virreinal ejército.

—

Más tarde cuando Iturbide
Salió para darle encuentro,
Siendo por él derrotado
Del sur en los campamentos,
Se le ofreció por amigo,
Se le entregó como adepto
Y al fin en una entrevista
Celebrada el diez de enero
Del ochocientos ventiuno
De Acatempam en el pueblo,
Juráronse en un abrazo

Obrar de común acuerdo
Para proclamar muy pronto
La independencia de Méjico.

—

Guerrero fué como el águila
Altivo, incansable, fiero,
Halló nido en la montaña,
La caza le dió alimento,
Jamás lograron rendirlo
Y cuando en calma le vieron
Era porque ya la presa
Había en sus garras deshecho.

II

Tal era el bravo insurgente
Que, por sus brillantes méritos,
Figuró luego en la Patria
Como Jefe del Gobierno;
Dejándonos por memoria,
Y por glorioso recuerdo
La victoria de Tampico
Conquistada en dos sangrientos

Combates, que aniquilaron
Al invasor extranjero.

—

Fueron Terán y Santa Anna
Quienes con gran ardimiento
Alcanzaron el trïunfo
Contra un brigadier ibero
Que vencido y desarmado
Con su flota dejó el puerto.

III

Cuando ya sin ingerencia
En asuntos del Gobierno
Tranquilo en el sur vivía
El indomable Guerrero,
Por temor á su fiereza
Un crimen se tramó en Méjico.

—

El general Bustamante
Y sus ministros, creyeron

Oportuno darle muerte
Al soldado de Morelos;
Y hay quien diga que hubo alguno
Que así exclamó en el consejo :
Á este suriano terrible
Hay que quitarle de en medio.

—

No era fácil darle alcance
Ni era posible vencerlo,
Y á un genovés, Picaluga,
Corazón infame y negro,
Como á Judas lo compraron
Para consumar el hecho.

—

Picaluga tenía surto
Un bergantín en el puerto
De Acapulco y era amigo
Del bravo adalid del pueblo;
Lo convidó una mañana
Á principios de febrero
Á almorzar en el *Colombo*,
El héroe asistió al almuerzo
Y en cuanto le tuvo á bordo,

Se dió á la vela ligero,
Y fué á entregarlo en Huatulco
Á las fuerzas del Gobierno.

—

Por aquella negra infamia
Cobró cincuenta mil pesos;
Y nadie supo á qué sitio
Huyó el traidor marinero.

—

En tanto al héroe suriano,
Á Oajaca lo trajeron,
Lo juzgaron á su antojo
En ridículo consejo;
Mil crímenes le imputaron,
Mil faltas le supusieron,
Y ya sentenciado á muerte,
Lo fusilaron enfermo,
En la villa de Cuilapa
El catorce de febrero
Del año de treinta y uno...
¡Año en nuestra historia negro!!

—

Cuando en el Almirantazgo
De Génova, conocieron
La infamia de Picaluga,
Publicaron un decreto
Declarándolo ante el mundo
Traidor, villano y artero;
Sentenciándolo á que muera
Por la espalda, sin derecho
Á sepultura sagrada,
Ni á luto ni á testamento

—

Breves pasaron los años
Y el más profundo misterio,
Veló á todos el destino
Del infame marinero.
Contábanse mil consejas
Que amedrentaban al pueblo,
Pero la verdad, lo triste,
Lo horripilante, lo cierto,
Era que el héroe de Tixtla,
El soldado de Morelos,
Gozaba en humilde tumba
Del último de los sueños
Causando duelo á la Patria
Y rubor á su Gobierno.

IV

Cuando cayó Bustamante
Y que los años corrieron,
Uno de sus más adictos
Hombre rico y de provecho,
Hizo un viaje á Tierra Santa,
Pues era cristiano viejo.

—

Llegado á la Palestina
Fué á visitar el convento
En que moran los trapistas
Pensando ganar el cielo.
Al atravesar un claustro,
Dicen que salió á su encuentro
Un fraile, cuyo semblante
En amplia capucha envuelto
Velaba con blanca barba
Que le bajaba hasta el pecho.
— ¿No me conocéis? — le dijo,
— No — respondióle el viajero.
— Pues llevo aquí algunos años

De rogar al Ser Supremo,
Que á Bustamante y sus hombres,
Y á mí, que fuí su instrumento,
Nos perdone compasivo
Y nos absuelva en su reino
Del crimen que cometimos
Con el general Guerrero.
Soy Francisco Picaluga...
— ¡Picaluga!!
— Humilde siervo
De Dios, á quien lo devora
Un tenaz remordimiento.

—

Sin decir una palabra
Y de admiración suspenso,
El viajero conmovido
Salió del triste convento,
Y después de algunos años
Al referir el suceso
Temblaba cual si estuviera
Junto al traidor marinero.

Marzo de 1891.

LA VICTORIA DE TAMPICO

(ESCENA DEL SEGUNDO ACTO DE «EL CAPITÁN MIGUEL»)

SARGENTO

Cuando fué el bravo Guerrero
Presidente, yo era un chico
Y en aquel tiempo á Tampico
Llegó un general ibero.

MIGUEL

¿Barradas?

SARGENTO

. . . . . Justo; esto es;
Barradas precisamente

Queriendo, audaz y valiente,
Ser un nuevo Hernán Cortés.
Entonces, sólo al decir
Que extraña tropa llegaba
El Gobierno ya miraba
Enlutado el porvenir.
Y por prudencia ó temor
Cesaban goces y fiestas,
Haciéndole mil protestas
Á cualquier embajador.
Barradas, bravo y experto,
Vencer á Méjico anhela
Y entra altivo á toda vela,
Como virrey frente al puerto.
Santa-Anna, á la patria fiel,
Tan audaz como animoso
Derrotó al jefe ambicioso
Ganando eterno laurel.
Fué una derrota ejemplar
Que no olvidará la Historia
Pues allí alcanzó la gloria
De hacerlo capitular.
En Méjico ¡Qué ansiedad
Por saber el resultado!
Estaba en completo estado

De agitación la ciudad.
Una noche, á ver un drama
Guerrero fué al Coliseo,
Un teatro tosco y feo
Que « Principal » se le llama.
Llegado el acto tercero,
Ve con asombro la gente
Que al palco del Presidente,
Entra, con traje de cuero,
Un hombre y le da un papel;
Guerrero al leerlo llora;
Y el público en esa hora,
Enternecido como él,
Presiente lo que le avisa
Al Presidente el plïego
Y queda mudo, en sosiego,
Entre lágrimas y risa.
Cuando acabó de leer
Guerrero, se levantó
De su asiento y así habló
Sin poderse contener :
« Si con frases no me explico,
» El llanto lo hará por mí...
» ¡ Me comunican aquí
» La victoria de Tampico... !

» Vencido está el jefe ibero,
» Santa-Anna lo derrotó... »
Y un gran grito resonó :
« ¡ Vivan Santa-Anna y Guerrero ! »
Guerrero con alegría,
Dijo enseñando leal
La faja de general
Que en la cintura tenía :
« Mando al brigadier Santa-Anna,
» Esta faja, no os asombre,
» Para que la porte en nombre
» De la Nación Mejicana. »
Volvió el público á gritar
Nuevos vivas y á aplaudir,
En unos era el reír,
En otros era el llorar
Y no hay mármoles ni bronces,
Ni existen tinta y color,
Que puedan pintar, señor,
El patriotismo de entonces.

MIGUEL

Tu buena memoria pasma
Á cualquiera, mi sargento,

Tu relato da contento,
Enardece y entusiasma.

SARGENTO

Cuando el teatro dejaron
Todos con gran ansiedad,
¿Sabéis lo que en la ciudad
Con asombro contemplaron?
Adornadas con festones
Todas las casas vecinas,
Con faroles y cortinas
En cornisas y balcones;
Sobre las torres bermejas
De los vetustos conventos,
Gallardetes, ornamentos,
Guirnaldas y candilejas.
Las calles... ¡que animación!
Las gentes si se encontraban,
Entusiastas se abrazaban
Con lágrimas de emoción.
No se escuchaba un reproche,
Todo era franco y sincero,
Que estaba Méjico entero
De triunfo en aquella noche.

¡Y todos los mejicanos
Que un mismo placer sentían,
Entonces sí se querían
Como si fuesen hermanos...!
Me enternezco cuando pienso
En esto, porque señor,
No he visto un modo mejor
De dar á un bravo un ascenso,
Ni un modo más natural,
Más franco y más elocuente
De expresar públicamente
El contento nacional.
Glorias del pasado son,
¡Mas para un viejo soldado,
Esas glorias del pasado
Dan vida á su corazón...!

TERÁN Y MAXIMILIANO

Entre las ondas azules
Del bello Mediterráneo,
En el Golfo de Trieste
Surgiendo entre los peñascos,
Hay un alcázar que ostenta
Con gran arte entrelazados
En muros y minaretes
Lo gótico y lo cristiano.
Parece visto de lejos
Airoso cisne de mármol,
Que extiende las blancas alas
Entre dos abismos claros,
El del mar siempre sereno
Y el del cielo siempre diáfano.

Ese alcázar tan hermoso
En tiempos no muy lejanos,
Por mirar tanto las olas
De MIRAMAR le llamaron,
Y en él vivieron felices
Dos príncipes de alto rango,
Dos seres de regia estirpe:
Carlota y Maximiliano.

En una tarde serena,
Al bello alcázar llegaron
Con una rara embajada
Varios próceres extraños;
Penetran á los salones
Y al noble príncipe hablando,
En nombre de un pueblo entero
(Que no les dió tal encargo)
Le ofrecieron la corona
Del Imperio Mejicano.

El Príncipe quedó absorto,
Para responder dió un plazo;
Soñó en pompas, en honores,
En fama, en poder, en lauros
Y al despertar de aquel sueño,

Al volver de tal encanto,
Á su joven compañera
Le fué á consultar el caso.
« Acepta — dijo Carlota, —
» Eres grande, noble y apto,
» Y de este alcázar á un trono
» Tan solamente hay un paso. »

No corrida una semana,
El Príncipe meditando
En las difíciles luchas
De los grandes dignatarios,
Miraba tras los cristales
De su espléndido palacio
Enfurecerse las olas,
Rojo surgir el relámpago,
Y con bramidos horribles
Rugir los vientos airados.

De pronto, un ugier le anuncia
Que un extranjero, ya anciano,
Hablarle solicitaba
Con urgencia y en el acto.
Sorprendido el Archiduque
Dijo al ujier: « Dadle paso » ;

Y penetró en los salones
Aquel importuno extraño,
De tez rugosa y enjuta,
De barba y cabello cano.

En frente del Archiduque
Dijo con acento franco:
« Vengo, señor, para veros
» Desde un pueblo muy lejano,
» Desde un pueblo cuyo nombre
» Jamás habréis escuchado ;
» Yo nací en AGUASCALIENTES,
» En el suelo mejicano,
» Serví á don Benito Juárez
» De quien ya os habrán hablado,
» Le serví como Ministro,
» Soy su firme partidario,
» Y mientras aquí os engañan,
» Yo vengo á desengañaros ;
» No aceptéis, señor, un trono
» Que tiene cimientos falsos,
» Ni os ciñáis una corona
» Que Napoleón ha labrado.
» No quiere Méjico reyes,
» El pueblo es republicano

» Y si llegáis á mi patria
» Y os riegan palmas y lauros,
» Sabed que tras esas pompas
» Y esos mentidos halagos
» Pueden estar escondidos
» El deshonor y el cadalso. »

Oyendo aquestas palabras
Dichas por aquel anciano,
Á tiempo que por los aires
Cruzó veloz un relámpago,
Tiñendo en color de sangre
La inmensidad del espacio,
Sin dar respuesta ninguna
Quedóse Maximiliano
Rígido, lívido, mudo,
Como una estatua de mármol.

Corrió inexorable el tiempo,
Huyeron breves los años
Y en una noche de junio
Triste, sombrío, ensimismado,
En vísperas de la muerte
El Archiduque germano
En su celda de Querétaro

Y en sus desgracias pensando,
Así dijo conmovido
Á uno de los abogados
Que fueron á despedirse
En momentos tan aciagos:
« Todo lo que hoy me sucede
» Á tiempo me lo anunciaron;
» Un profeta he conocido
» Que sin doblez, sin engaño,
» Me auguró que en esta tierra
» Á donde vine cegado,
» El pueblo no quiere reyes
» Ni gobernantes extraños,
» Y que si lauros y palmas
» Se me regaban al paso
» Tras ellos encontraría
» El deshonor y el cadalso. »
— ¿Quién ha sido ese profeta?
Al Príncipe preguntaron:
« Era un ministro de Juárez
» Sincero, patriota, honrado,
» Don Jesús Terán, que ha muerto
» En su hacienda hará dos años,
» ¡Ah! ¡Si yo le hubiera oído!
» ¡Si yo le hubiera hecho caso!

» ¡Hoy estuviera en mi alcázar
» Con los seres más amados,
» Y no contara los horas
» Para subir al cadalso!! »

1891.

TOMÁS MEJÍA

Á MI RESPETADO Y QUERIDO AMIGO EL SEÑOR
GENERAL DON MARIANO ESCOBEDO.

I

Mientras Juárez indomable
Va á los desiertos del Paso
Á defender su bandera,
Firme como un espartano;
En Méjico, sostenido
Por el invasor extraño
Se erige un trono y le ocupa,
Más que ambicioso, engañado,
Un ilustre descendiente
Del más grande de los Carlos.
Joven, soñador y apuesto
Asciende á lugar tan alto,
Sin ver que á lo lejos flota
El pendón republicano,
Y sin recordar que el pueblo

Por quien se sueña llamado,
En otro tiempo á un monarca
Lanzó del trono al cadalso

Recibiéronle animosos
Los que el cetro le entregaron,
Y al entrar por nuestras calles
Fué tan grande el entusiasmo
Que del nuevo rey los ojos
No pudieron, deslumbrados,
Mirar que las bayonetas
Que lo estaban custodiando
Eran de extranjeras tropas
Capaces de abandonarlo.

II

Joven príncipe, ¿á qué vienes?
¿Por qué dejas tu palacio
En medio de las azules
Ondas del Mediterráneo
Como un nido de gaviotas
Sobre un peñón solitario?

Este cielo azul no es tuyo,
No son tuyos estos lagos,
Ni estos sabinos del bosque
Que de viejos están canos.

Nada es tuyo, nada entiende
Tu acento, nada ha guardado
Cenizas de tus mayores
Que en otras tierras brillaron.

Tu sangre azul no es la sangre
De Cuauhtemoc ni de Hidalgo;
Cuanto te cerca es ajeno,
Cuanto te vela es extraño.

Príncipe noble ¿á qué vienes?
¿Por qué dejas tu palacio
Y aquellas ondas azules
De tu hermoso mar Adriático?

En medio de las tormentas
Que se alzarán á tu paso,
Cuando pronto te abandonen
Los que te están custodiando,
Hallarás como consuelo,
Como abrigo, como amparo,
La firmeza y el arrojo
Del soldado mejicano

Que cumple con su bandera
Satisfecho y resignado.
¡Torna príncipe al castillo
Donde viviste soñando,
Que por las gradas de un trono
Subir se puede á un cadalso!

III

Con inusitada pompa
En el ya imperial palacio
Se celebran los natales
Del reciente soberano.
Ya las guardias palatinas
De uniformes encarnados
Apuestos forman la valla
Luciendo adargas y cascos.
Ministros y chambelanes,
Consejeros y vasallos,
Ostentan con arrogancia
Sus pechos condecorados.
El salón de embajadores
Por su lujo aristocrático,

Recuerda á los que lo miran
De antiguos tiempos el fausto.
De pronto, por todas partes
Se extiende un rumor extraño
Y es que las gradas del trono
El Archiduque ha pisado.
Diversas clases sociales
Deben de felicitarlo
Y ya están los oradores
Por cada clase nombrados.
Un jurisconsulto experto,
Elocuente, pulcro y sabio
Es de la magistratura
El representante nato.
Le toca el lugar primero,
Habla con acento claro,
Con respeto se le escucha,
Se le mira con agrado,
Y estudio y saber revela
Cada frase de sus labios.
Su discurso no fué breve,
Su estilo elegante y franco
Y al acabar dijo alguno:
¡Bien por Lares! anhelando

Aplaudirlo, sin hacerlo
Por respeto al soberano.

Con elegancia vestido
Al clero representando
Se acercó un obispo al trono
Y dijo un discurso largo,
Lleno de notas y citas
Latinas, propias del caso.

Era el orador de fama
Por su elocuencia y su rango,
Célebre en aquellos tiempos
Entre oradores sagrados.

« No estuvo corto Ormachea »
Dijo después de escucharlo
Alguno á quien ya cansaba
La severidad del acto.

Nuevo rumor se produjo
Después en aquellos ámbitos
Al ver que al trono llegaba
Á paso lento un soldado

De cabellos y ojos negros,
Tez cobriza, aspecto huraño,
Descendiente de las razas
Que en Anáhuac habitaron

Antes de que la conquista
Empobreciera á sus vástagos.

¡Formaba contraste brusco
La oscura tez del soldado
Con la tez brillante y blanca
Del Archiduque germano!

Quedó el indígena absorto,
Meditabundo y cortado,
Sin articular palabra,
La frente y los ojos bajos.

¿Quien es? preguntó un curioso
Y le respondió un anciano:
— Se llama Tomás Mejía,
Y es general reaccionario:
Viene á hablar por el ejército.
— ¿Y él hizo el discurso?
— Varios
Le escribieron y ninguno,
Según dicen, le ha gustado;
El que dirá lo habrá escrito
Ó Muñoz Ledo ó Arango

— Escuchemos:
— Trascurrían
Unos minutos muy largos;

Mejía estaba en silencio
Todo tembloroso y pálido,
En silencio los presentes
Y en silencio el soberano.
De pronto ven con asombro
Que el indígena soldado,
Abriendo los negros ojos
Que brillaban animados,
Perora sin dar lectura
Al papel que está en sus manos
— « Majestad — calló un momento ;
« Majestad » — siguió turbado
« Majestad » — yo no he aprendido
» Lo que otros por mí pensaron,
» Pero si usted lo que busca
» Es un corazón honrado,
» Que lo quiera, lo respete,
» Lo defienda sin descanso
» Y la sirva sin dobleces,
» Sin interés, sin engaño,
» Aquí está mi corazón,
» Aquí están, señor, mis brazos
» Y en las horas de peligro,
» Si al peligro juntos vamos,
» Lo juro por mi bandera,

» Sabré morir á su lado. »
Con lágrimas en los ojos,
Trémulo Maximiliano,
Las fórmulas de la corte
Por un instante olvidando,
Bajó del trono y al punto
Dió al General un abrazo,
Que aplaudieron los presentes
Con lágrimas de entusiasmo.

IV

Cayó el Príncipe más tarde
Y con él cayó el soldado
Que le dijo esas palabras
Llenos los ojos de llanto.
Á don Tomás le ofrecieron
Del patíbulo salvarlo
Y él respondió : « Solamente
Que salven al soberano. »
Un general victorioso,
De gran poder y alto rango,
Que le estaba agradecido
Por algún hecho magnánimo,
Fué y le dijo : « Yo podría

» Lograr veros indultado;
» Os estimo y necesito
» Á toda costa salvaros.
» ¿Queréis que os salve? decidlo,
» Que no me daré descanso
» Hasta que al fin me concedan
» Lo que para vos reclamo. »
— « Sólo admitiré el indulto,
Respondió el indio soldado,
Si me viene juntamente,
Con el de Maximiliano. »
— Me pedís un imposible.
— Pues me moriré á su lado.
— Pensad que tenéis familia.
— Tan sólo á Dios se la encargo.
— Soy capaz de protegeros
Si os resolvéis á fugaros.
— ¿Y al Emperador? — No; nunca.
— Pues su misma suerte aguardo.
Y como lo sabe el mundo,
Juntos fueron al cadalso
Y así selló con su sangre
Lo que dijeron sus labios.

11 de julio de 1890.

RECUERDOS DE MAYO

Á MI ILUSTRADO Y QUERIDO AMIGO
ROSENDO PINEDA

Cuando ya el cuerpo sustenta
Cerca de cuarenta abriles,
Y ya pico en los cuarenta,
La memoria se alimenta
De recuerdos infantiles.

Voy á narrar una historia
Oportuna en este mes,
Mes de recuerdos de gloria;
Es un hecho, una memoria
Que tiene algún interés.

Sano, fuerte y bullicioso,
Creyendo en muchas quimeras
Era yo un rapaz dichoso,

Como que estaba orgulloso
De mis trece primaveras.

Del mundo sólo sabía
Lo que á la inocente tropa
Enseña la geografía,
Que hay Asia, África y Europa
Y América y Oceanía.

Aun estaban en fermento
Mis gustos y mis ideas,
Juzgaba la historia un cuento
Y el amor un sentimiento
Que se apaga ante las feas.

Estudiaba sin desmayo,
Conversaba sin misterio,
Era por activo un rayo
Y así llegué á un mes de mayo
En la época del Imperio.

El pueblo á Maximiliano
Le llamaba sin temor,
En estilo liso y llano,
En lugar de « soberano » :
« Intruso y usurpador ».

Los estudiantes, ajenos
Á las pompas imperiales,
Escuchábamos serenos
Esos epítetos llenos
De resabios liberales.

En nuestros pechos ardía
La libertad como norma,
Como faro, como guía ;
Eran nuestra idolatría
Los hombres de la reforma.

Á la estudiantina grey
Nada importaba la corte
Ni los festejos del Rey ;
Sabía sólo que la Ley
Andaba en Paso del Norte.

Por fin, en una ocasión
Se puso á prueba el colegio
Con una extraña función :
¡ La solemne recepción
De un huésped preclaro y regio !!

Cada cual se disponía
Á la fiesta sorprendente

Que agitados nos tenía ;
¡¡El Emperador vendría
Á vernos el día siguiente !!

Y era la fecha elegida
Una que en gloria reboza
De nuestra historia en la vida :
¡¡La que en Puebla dejó ungida
Con su triunfo Zaragoza !!

Convenimos con recato
En conmemorar tal hecho
Dando al gobierno un mal rato ;
¿Cómo ? ¡¡Ostentando el retrato
De Zaragoza en el pecho !!

Fué un complot hecho de bruces,
Cada cual tendió la mano
Jurando por las tres cruces
Ser muy digno á todas luces
De llamarse mejicano.

Y en ademán decisivo
Que mi memoria no olvida,
Juramos por el Dios vivo
Ponernos tal distintivo
Á una señal convenida.

Llegó el momento anhelado,
Pusieron en un salón
Todo el colegio formado
Ya dispuesto y arreglado
Para la gran recepción.

Entra el monarca y atento
Saluda, suena un rumor
Y en un solo movimiento,
Cada cual muestra contento
La efigie del vencedor.

— ¿Qué es esto ? — Maximiliano
Dice, y sin temer reveses
Un chico responde ufano :
« ¡¡Un jefe republicano
Que derrotó á los franceses !! »

El Director quedó mudo
Y los que estaban allí
Ante un responder tan rudo ;
Sacó el Príncipe un escudo,
Lo dió al chico y dijo así :

« Vuestra lealtad es notoria
Y yo la debo premiar,

De los héroes es la gloria
Y en el mundo y en la historia
La debemos respetar. »

Produjose un gran rumor
Que retumbó como un rayo
Y aquel grupo encantador
En vez de « al Emperador »
Victoreó « al 5 de Mayo ».

Méjico, 1891.

UNA RESPUESTA DE MIRAMÓN

Ya sonó la media noche
En el viejo campanario :
Querétaro está en silencio
Que sólo turba á intervalos
El grito del centinela
Triste, sonoro y pausado.
En un antiguo convento
Que ya en cuartel trasformaron,
Presos en humildes celdas
Están la muerte esperando
Miguel Miramón, Mejía
Y un noble : Maximiliano.
Ya poco tiempo les queda
De vida á los sentenciados

Y el Archiduque, que siempre
Fué de la forma un esclavo,
Llama á Miramón, queriendo
Sobre un punto interrogarlo.
Llega el arrogante jefe
Obediente á tal mandato
Y órdenes pide gustoso
Á su infeliz soberano.
Éste le dice: — Seis horas
Nos faltan. — Las voy contando
Pues ya que no tengo sueño
He de entretenerme en algo....
— Perdonad que os distrajera,
Pero quiero consultaros
Cual traje será el más propio
Para salir al cadalso.
— No entiendo vuestra pregunta.
— Y agrega Maximiliano:
¿Nos vestimos de uniforme
Ó saldremos de paisanos?
Y Miramón le replica:
— Majestad, voy á ser franco,
Como ésta es la vez primera
Que me fusilan, no es raro
Que ignore lo que previene

El ceremonial del caso.
Sonrióse el Archiduque
Y agregó con entusiasmo:
« Miguel, en todo os admiro....
¡Qué valor! ¡dadme un abrazo!»

Á MEDIA NOCHE

Á MI QUERIDO AMIGO ARISTEO MERCADO

Más gallarda que el nenúfar
Que sobre las verdes ondas,
Al soplo del manso viento
Se mece al rayar la aurora,
Es una linda doncella
Que tiene por nombre Rosa,
Y á fe que no hay en los campos
Igual á sus gracias otra.
Vive en Pátzcuaro, en la Villa
De hermoso lago señora,
Lago que retrata un cielo
Limpio y azul, donde flotan
Blancas nubes que semejan
Grupos de errantes gaviotas.

Está en la flor de la vida,
No empaña ninguna sombra
Las primeras ilusiones
Con que el amor la corona.
Ama Rosa y es amada
Con un amor que no estorban
Sus padres, porque comprenden
Que el joven que para esposa
La pretende, nobles prendas
Y honrado nombre atesora.
Cuentan los que lo conocen
Que tal mérito le abona,
Que no hay otro que le iguale
Cien leguas á la redonda.

Y aunque alabanza de amigo
Pueda tacharse de impropia,
Nadie niega que Fernando
Tiene el alma generosa;
Que sus riquezas divide
Con los que sufren y lloran,
Que es tan bravo, que el peligro
Desdeña y jamás provoca,
Pero lo humilla y lo vence
Cuando en su camino asoma.

No hay jinete más garboso
Ni más diestro, porque asombra
Cuando de potro rebelde
Los fieros ímpetus doma,
Y es tan amable en su trato,
Tan cumplido en su persona,
Tan generoso en sus hechos
Y tan resuelto en sus obras,
Que la envidia no se atreve
Con su lengua ponzoñosa
Á manchar su justa fama
Cuando cualquiera lo nombra.

Ya se prepara la fiesta,
Cercanas están las bodas,
Los padres cuentan los días,
Los prometidos las horas;
Los amigos se disponen
Para obsequiar á la novia
Dando brillo con sus galas
Á la nupcial ceremonia.
Y aunque es fiesta de familia
Por suya el pueblo la toma,
Y en llevarla bien al cabo
Se empeña la Villa toda.

II

¡Con qué profunda tristeza
Vive Rosa en su retiro!
Está pálida su frente
Y están sus ojos sin brillo;
De la noche á la mañana
Corre de su llanto el hilo,
Sus padres sufren con ella
Y están tristes y abatidos.

No le da el sueño descanso
Ni el sol le procura alivio,
Que son la luz y las sombras
Para el que sufre lo mismo.

Está muy lejos Fernando,
Muy lejos y en gran peligro
Por que al llegar de la boda
El instante apetecido,
Invadió como un torrente
La ciudad el enemigo.

El pabellón del imperio
Halla en Patzcuaro un asilo,
Los franceses se apoderan
Del sosegado recinto,
Su ley imponen á todos,
Subyugan al pueblo altivo,
Y Fernando en su caballo,
De pocos hombres seguido,
Sale á buscar la bandera
Que veneró desde niño,
Y que agita en las montañas
El viento del patriotismo.

Ni el amor ni la esperanza
Le cerraron el camino,
Que ciego á todo embeleso
Y sordo á todo atractivo,
La Patria, sólo la Patria
En tales horas ha visto,
Y por ella deja todo
Á salvarla decidido.

Rosa se queda llorando
Y como agostado lirio,
No hay fuerza que la levante

Ni sol que le infunda brío;
De su amoroso Fernando
Sólo sabe lo que han dicho:
Fué á la guerra y lo conoce,
Firme, noble y decidido;
Lo sueña entre los primeros
Que acometen los peligros;
Sabe que en todos los casos,
Entre muerte y servilismo
Ha de preferir la muerte
Que es vida para los dignos
Y con profunda tristeza
Vive Rosa en su retiro
Sin consuelo ni descanso,
Sin esperanza ni alivio,
Que son la luz y las sombras
Para el que sufre lo mismo.

III

Á la habitación de Rosa,
Al rayar de la mañana
Llega un indígena humilde

Que viene de la montaña,
Y sin despertar sospechas
Cruzó por las avanzadas
Trayendo un papel oculto
En su sombrero de palma.
En hablar con Rosa insiste
Cuando de oponerse tratan
Sus padres que en todo miran
Espionajes y asechanzas.
Oye la joven las voces
Y con interés indaga,
Porque el corazón le dice
Que la nueva será grata,
Y lo confirma mirando
Que al borde de su ventana
Un « salta-pared » ligero
Tres veces alegre canta,
Nuncio de buena fortuna
Del pueblo entre las muchachas.

Llama al indio presurosa,
Éste con faz animada
La saluda, y del sombrero
Descose la tosca falda,
Y de allí con mano firme

Saca y le entrega una carta
Que vino tan escondida,
Que á ser otro no la hallara.

Rosa trémula no acierta
En su gozo á desplegarla
Y ya febril é impaciente
Tanta torpeza le enfada;
Abre al fin y reconoce
Que Fernando se la manda
Y en cortas frases le dice,
Esto que en su pecho guarda:

« Mi único amor, vida mía,
Mi pasión, alma del alma,
No puedo vivir sin verte,
Que sin ti todo me falta;
Y aunque tu amor me da aliento
Y tu recuerdo me salva,
Tengo sed de tu presencia,
Tengo sed de tus palabras.

« Hoy por fortuna muy cerca
Me encuentro de tu morada,

Y he de verte aunque se oponga
Todo el poder de la Francia.

« Esta noche, á media noche
Antes de rayar el alba,
Para verme y para hablarme
Asómate á la ventana.

« Adiós vida de mi vida
No tengas miedo, y aguarda
Al que adora tu recuerdo
Luchando entre las montañas. »

IV

Es pasada media noche,
Reina profundo silencio
Que sólo interrumpe á veces
El ladrido de los perros,
Ó el grito del centinela
Que lleva perdido el viento.

En su ventana está Rosa,
Entre las sombras queriendo
Penetrar con la mirada
De sus grandes ojos negros,
Las tinieblas que sepultan
Los callejones estrechos.

Para no inspirar sospechas
Oscuro está su aposento,
Y ni á suspirar se atreve
Por no vender su secreto.

De súbito, escucha pasos
Cautelosos á lo lejos,
Y al oírlos no le cabe
El corazón en el pecho.

Entre las sombras divisa
Algo que tomando cuerpo
Á la ventana se llega
Y casi con el aliento,
Le dice : — Prenda del alma,
Aquí estoy. —
¡Bendito el cielo ! —
Contesta Rosa y las manos

En la oscuridad tendiendo
Halla el rostro de su amante
Que las cubre con sus besos.
— ¿ Dudabas de que viniera ?
— ¿ Como dudar, si yo creo
Cuanto me dices lo mismo
Que si fuera el Evangelio ?
— ¡Tántas semanas sin verte!
— ¡Tánto tiempo!
— ¡Tánto tiempo!

— Pero temo por tu vida...
— No temas, Dios es muy bueno.
Ahora dime que me amas,
Á que me lo digas vengo
Y á decirte que te adoro...
— ¿Más que yo á ti, cuando siento
Hasta de la misma patria
El aguijón de los celos ?
No te culpo, mi Fernando,
No te culpo, bien has hecho,
Pero dudo y me atormenta
Pensar que esconde tu seno
Amor más grande que el mío
Y otro vínculo más tierno.

Escúchame : si algún día
Merced á tu noble esfuerzo,
Victoriosa tu bandera,
Por héroe te aclama el pueblo,
Yo disputaré á tu frente
Ese laurel, porque tengo
Ante la patria que gime,
Para adquirirlo derecho ;
Tú, sacrificas tu vida,
Yo, débil mujer, le ofrezco,
Alentando tu constancia,
Todo el amor que te tengo.
¡Ay Fernando! ¿tú no mides
Este sacrificio inmenso ?
Y al decir así, la mano
Atrajo del guerrillero
Y con su llanto al bañarla
La oprimió contra su pecho.

V

Limpia despunta la aurora
Y en la ventana Fernando

No se atreve á despedirse
Sin hacer del tiempo caso.

Mas de pronto, por la esquina,
Sobre fogoso caballo,
De la brida conduciendo
Un potro alazán tostado,
Un guerrillero aparece
Con el mosquete en la mano.
Acércase á la pareja,
Aquel coloquio turbando,
Y dirigiéndose al joven
Le dice: « Mi Jefe, vamos,
Monte, que nos han sentido
Y somos dos contra tantos. »

— ¡Vete, por Dios! — grita Rosa.
Salta á su corcel Fernando,
Toma su pistola, besa
Á la doncella en los labios,
Y á tiempo que se despide,
Por un callejón cercano
Desembocan en desorden
Argelinos y zuavos.

— ¡Alto! — gritan los que vienen.
— ¡Primero muerto que dado! —
Contesta el otro y se lanza
Para abrir en ellos paso...
Suenan discordantes gritos,
Y se escuchan los disparos
Y álzanse nubes de polvo
De los pies de los soldados;
Y al punto que Rosa enjuga
Sus ojos que anubla el llanto,
Ya mira como se alejan
Á galope por el campo,
Libres de sus enemigos,
El asistente y Fernando.

VI

Algunos años más tarde,
Y cuando pagó á su patria
La deuda de sus servicios
Y la vió libre y sin mancha,
Volvió Fernando á sus lares;

Colgó en el hogar su espada,
Y no quiso ser soldado
Después de triunfar su causa;
Que fué guerrero del pueblo,
Luchador en la montaña,
De los que sólo combaten
Si está en peligro la Patria.

Entonces cumplióle á Rosa
Sus ofertas más sagradas,
Y fué la boda una fiesta
Popular, risueña y franca.

Al verlos salir del templo,
Según refiere la fama,
Recordando aquellas frases
De la inolvidable carta,
Formando vistoso grupo
Á las puertas de su casa,
Las más bonitas del pueblo,
Las más festivas muchachas,
Con melancólicas notas
(Que á nuestros tiempos alcanzan
En canción que « Los Capiros »
En Michoacán se la llama),

Al compás de las vihuelas,
De esta manera cantaban:

« Esta noche á media noche,
Y antes que llegue mañana
Si oyes que al pasar te silbo
Asómate á tu ventana. »

1890.

EL GRITO DE INDEPENDENCIA

RECUERDOS DE MI INFANCIA

Allá en las horas más dulces
De mi fugitiva infancia,
Sirvióme de cuidadora
Una mujer muy anciana,
Con su rostro todo arrugas,
Su cabeza toda canas
Y su corazón tranquilo
Todo bondad y esperanzas.
De noche junto á mi lecho
Mil historias me contaba
De geniecillos y ninfas,
De trasgos y de fantasmas.
¡Pobrecilla! ¡cuántas veces
En estas noches amargas

En que repaso tristezas
En mi alcoba solitaria,
Al oír que de la torre
Vuelan en lentas parvadas
Las mismas horas que entonces
Pasé á su lado tan gratas,
He pensado en ella y visto
Llegar su sombra á mi estancia
Pretendiendo como en antes
Secar con cuentos mis lágrimas!
En cierta vez, caí enfermo,
La fiebre me devoraba,
Y en mi delirio quería
Para volar tener alas.
« Dámelas tú » : — grité altivo —
« Tú, nunca me niegas nada » :
— « Es verdad, nada te niego,
Pero no sufras, ten calma,
Las alas que Dios te ha dado
Las tiene tu ángel de guarda;
Esta noche se las pido
Y te las daré mañana. »
Nunca le faltó manera
De responder á mis ansias,
Y siempre al verme llorando,

Con la paciencia más santa,
Me dijo tales ternuras
Que aun me conmueven el alma.
Ella, que al velar mi sueño
De puntillas caminaba,
Y porque rumor ninguno
Á mis oídos llegara
Iba á sosegar el péndulo
De un viejo reloj de sala;
Ella, que jamás hubiera
Permitido á gente extraña
Lanzar un débil suspiro
Á dos pasos de mi cama;
Que en balcones y rendijas
Cortaba al aire la entrada
Y por no causarme susto
Rezaba siempre en voz baja;
Una noche fué á mi lecho
Alegre y entusiasmada
Diciéndome: — ¡Ven, despierta,
Ya es hora... no tardes... anda!
Sobrecogido de miedo
Yo le pregunté: ¿Qué pasa?
— Ya lo sabrás cuando escuches
El vuelo de las campanas,

El tronar de los petardos
Y el disparo de las salvas. —
Abrigado hasta los ojos
Salí con la pobre anciana,
Y un sueño del paraíso
Me fingió lo que miraba.
Desde las enhiestas torres
Á las humildes ventanas,
Lo mismo en extensas calles
Que en las más estrechas plazas,
Faroles y gallardetes,
Banderolas y oriflamas
Con los hermosos colores
De la bandera de Iguala.
Y al escuchar tantos gritos,
Tantos himnos, tantas dianas,
El rumor de los repiques
Y el estallar de las salvas,
En brazos de mi niñera
Lloré sin saber la causa.
— Lloras de placer, me dijo, —
Esta es una fiesta santa,
La sola fiesta que alegra
Mi corazón y mis canas.
Hoy es quince de setiembre,

Y en esta noche sagrada,
Hace cuarenta y cuatro años,
Si mi memoria no es mala,
Un cura humilde en Dolores
Hizo nacer á la Patria.
Cuando era yo jovencita
Mi padre, que en paz descansa,
Me traía de la mano
En esta noche á la plaza
Para repetir con todos
Los que aquí gozan y cantan,
El grito de independencia
Que repercute en el alma;
Mi padre, mi pobre padre,
Fué soldado de Galeana;
Pero mira... allí está el héroe —
Alcé mis ojos con ansia
Y vi un inmenso retrato
Entre lucientes guirnaldas
Bañado por los reflejos
De las luces de Bengala.
Un rostro apacible y dulce,
Una frente limpia y ancha,
Una mirada de apóstol,
Una cabeza muy cana...

¡Era Hidalgo, el Padre Hidalgo,
El salvador de la Patria!
¿Lo ves? me dijo temblando
De regocijo la anciana...
— Sí, le respondí, sintiendo
No sé qué dentro del alma,
Y entonces á un mismo impulso
Con las manos enlazadas,
Nos pusimos de rodillas
Llenos los ojos de lágrimas.

1891.

MONÓLOGOS

MONÓLOGOS

ESCRIBIENDO UN DRAMA

AL DISTINGUIDO,
INTELIGENTE Y ESTUDIOSO ACTOR MEJICANO
DON FRANCISCO E. SOLÓRZANO
Su amigo,
EL AUTOR.

La escena representa un escritorio elegante. Bufete con papeles y retratos. Libreros. Puertas laterales y al fondo.

LUIS

¡Las doce! pues no creía
Pasar la noche escribiendo;
Pero en fin, vamos cumpliendo
Lo que yo me proponía.
No se puede resistir
La voz secreta y vibrante

Que nos dice á cada instante :
« Á escribir »... pues á escribir;
Van muchas cuartillas llenas
De versos; estupefacto
Dejará al público el acto
Segundo; las dos escenas
Con que término le dí,
Conmoverán al más frío;
¿Y los versos? tienen brío :
Como que los escribí
Sintiendo junto al afán
De lograr renombre eterno,
En mi cabeza un infierno
Y aquí en mi pluma un volcán.
Pero yo digo, señor,
Es destino problemático
Meterse de autor dramático.
¿Qué glorias tiene un autor?
El aplauso, me dirá
Cualquiera, y yo lo presumo :
El aplauso es como el humo,
Nace, se extiende y se va.
Pero calma los antojos
De admirar á los humanos,
Representa muchas manos,

Muchas bocas, muchos ojos;
Está bien, ¿y esos testigos
Que vemos á su través,
Podrán tendernos después
Esas manos como amigos?
¿Esos ojos llorarán
Al par que nuestras pupilas?
¿Algunas frases tranquilas
Esas bocas nos dirán?
¡Necio y fútil discurrir!
El público en su afición,
Nos mira con la intención
De silbar ó de aplaudir.
Aplaude lo divertido
Ó lo bueno, ¡qué más da!
Pero el aplauso se va
Tan pronto como el silbido.
Por ejemplo, aquí estoy yo
Donde ninguno me ve;
Me han aplaudido, y á fe
Como á nadie se aplaudió.
Era de verme en la noche
En que estrené « Gloria y Fama »;
Me traje después del drama
¡Diez coronas en mi coche!

Y en pos de mí, cien personas
Gritando: ¡Viva el autor!
Y ¡gracias por el favor!
Vivo y guardo mis coronas.
Ellas me causan placer,
Pero en mi vida sin par,
Ni yo las quiero tirar
Ni las puedo deshacer.
¡Ah! ¡qué noche! ¡cuán ufano
Me quedé! ¡cuán satisfecho!
¡Cuánto apretón en el pecho!
¡Cuánto apretón en la mano!
« Felicito á usted »... « muy bien ».
« Bravo ». « Magnífica está ».
« ¿Cuándo se repetirá? »
« ¿Y se imprimirá también? »
« Honra de la patria, amigo. »
« ¡Qué versos! » « ¡Qué inspiración! »
« Es usted un Calderón ».
« Yo aplaudo y nada le digo ».
« Nos logró usted cautivar ».
« ¡Qué escenas! ¡conmovedoras! »
« En los palcos las señoras
Se pusieron á llorar. »
« Bien pinta usted las desgracias,

Las pasiones, la hidalguía. »
Y yo á todo respondía:
¡Muchas gracias! ¡muchas gracias!
Llegó un tipo: tengo aquí
Retratada su figura,
Que me dijo con soltura:
« ¡Hombre, ¿te acuerdas de mí? »
Y yo, que siempre soy ducho
En calificar á un necio,
Le contesté con desprecio:
Sí, señor, me acuerdo mucho.
Y era, en verdad, uno de esos
Amigos ricos que existen,
Que comen, fuman, se visten
Y duermen sobre sus pesos.
Que, sin saludar jamás
Al que no está á su nivel,
Al verlo con un laurel,
Que es en la gloria algo más
De lo que tienen aquí,
Fingen antigua amistad
Y dicen con vanidad:
¡Hombre! ¿te acuerdas de mí?
Y sí me acordé, de fijo,
Érase un tipo curioso,

Un relamido, un gomoso,
Un muñeco, un lagartijo.
Yo no dije tal reproche,
Al contrario, agradecí
Sus frases, y le tendí
La mano en aquella noche.
Pasaron tan dulces horas,
Me vine á mi habitación,
Sintiendo en mi corazón
Tristezas desgarradoras.
El aplauso, fué un rumor;
Las frases, vano oropel;
Trapo pintado el laurel,
Y un muerto vivo el autor.
Pasó la impresión del drama,
Vine aquí, me desnudé,
Y cuando ya me arropé
Cómodamente en mi cama,
Cuando envuelto en el capuz
De mi alcoba, ya rendido,
No vi el fulgor encendido
De tantos focos de luz,
Ni vi importunos amigos
Ni vi bonitas ó feas,
Ni hallé palcos ni plateas,

Ni cómicos ni testigos;
Cuando ya libre de enojos
Mis párpados los cerré,
Ó más bien dicho, bajé
Los telones de los ojos,
Pensé mucho, poco ó nada
Sobre la mundana historia,
Y me dije ¿qué es la gloria?
¡La imagen de la alborada!
De mil ensueños tesoro,
Sus rayos primeros lanza
Teñidos por la esperanza,
Con nácar, púrpura y oro.
Con mil hermosos colores
Nos pinta el mundo en tal hora,
Como lo muestra la aurora,
Campos cubiertos de flores
Que dan aromas suaves,
Rostros llenos de sonrisas,
Soplando todas las brisas,
Cantando todas las aves.
Todo nuestra dicha abona.
¿Y si hay éxito?... ¡Ja! ¡Ja!
Grita el público, y nos da
Un aplauso, una corona:

Y concluye la función
Anunciada en el programa;
Y queda al nombre la fama,
Y el engaño al corazón.
¡Pobre de mí, que cautivo
Estoy por los oropeles!
¿De qué sirven los laureles
Si en medio de abrojos vivo?
Y sabiendo que es infiel
La gloria, y que tanto abruma,
Tengo en la mano la pluma
Y aquí en la mesa el papel.
Y escribo y deliro aquí,
Cuando sé de varios modos
Que cuando me aplauden todos
Pocos se acuerdan de mí.
Pero no obstante, es favor
Ese aplauso que yo escucho:
¡El aplauso sirve mucho
Para aturdir el dolor!
Y no me explico el encanto
De padecer tan de prisa;
Yo escribo escenas de risa
Y las escribo con llanto.
Cuando este dolor salvaje

Más destroza el alma mía,
Quiero que el público ría,
Y le pinto un personaje
Que todo desdeña al paso,
Que siempre burla á la suerte,
Que ni al dolor ni á la muerte
Teme ni les hace caso;
Que con el mundo se engríe,
Que del dolor hace mota,
Y sufro y pongo una estrofa
Con la que el público ríe.
¡Hondo arcano que me abruma!
¡Risa escribo y siento enojos,
Y lo que es llanto en mis ojos
Se torna risa en la pluma!
Y mi público engreído,
De mí dice cariñoso:
¡Es el autor más gracioso
De cuantos hemos tenido!
¿Más gracioso? ¿quién resiste
Tal epíteto? no atino
Por qué secreto destino
Se torna la queja en chiste.
Mas ya es mucho meditar;
El blanco papel me espera:

Vamos, la escena tercera
Será de desternillar.
Le daré toque de drama :
El galán, enfurecido,
Torpe, celoso, aturdido,
Quiere matar á la dama.
¿Le pondré puñal? No sé
Si aumente la batahola
Armándolo con pistola
De Colt ó de Lefauchaix.
Que la dama un gran suspiro
Exhale, que luego calle,
Que el galán furioso estalle,
Se le encara, suena el tiro;
Ella presto se desploma
Lívida como una muerta :
Entran gentes por la puerta;
El galán callado toma
Su sombrero, y al salir
Precipitado y sin tino,
Todos gritan : « ¡Asesino!
No has de lograr el huír ».
Y cuando ya juzgan justo
Llevárselo preso á fe,
La dama se pone en pie

Porque se le pasa el susto.
Y allí una historia se fragua
Del tiro ; la dama llora,
Y se acerca una señora
Á darle azúcar con agua ;
Y hay una gran conmoción,
Ambos llorosos expresan
Su dolor, luego se besan,
Y entonces caerá el telón.
Ó juzgo que mejor fuera
Dar otro sesgo al asunto ;
Lo subiremos de punto :
Haré que la dama muera.
Aunque es un medio vulgar
Que á nadie de asombro llena,
Hacer que salga á la escena
Un actor para matar.
En otros dramas me pesa
Haber matado impíamente ;
Pero ¿qué hacer? á la gente
Le gusta escuela francesa.
Y sé que le gusta más,
Porque decir está en moda,
Que matar en plena boda
Es imitar á Dumás.

¡Con cuántos medios me abrumo!
Pero éste es extraordinario,
Á llenar el escenario
De terror, de sangre y humo.
Seguro que aplaudirán
Haciendo juicios diversos:
Se me ocurren unos versos
De la dama y del galán.

(Escribiendo.)

Has burlado mi fe.

— Calla, perjuro. —

Has burlado mi fe, mi amor eterno;
Hoy nuestro porvenir es tan oscuro
Como la negra sima del infierno.
La que burla los castos embelesos
De un amor que formaba mis delicias,
Mañana ha de mancharme con sus besos
Y me ha de deshonrar con sus caricias.
Aquí pondré la acotación siguiente:
La actriz estará pálida y turbada:
Él saca la pistola prontamente,
Que estará de antemano preparada,
Y mirándole al rostro con sombría
Expresión de dolor, dará un suspiro
Y dirá en alta voz: ¡perjura! ¡impía!

Y al decir esto le dispara un tiro.
Ella cae sin sentido sobre el suelo
En la actitud que exija su decoro.
Él dirá entonces con profundo duelo:
¡Qué hice, Santo Dios, cuando la adoro!
En esta escena el éxito se encierra
Y hará gran sensación, yo lo aseguro;
Con una muerte así ¿quién no se aterra?
¡Parece un drama inglés! ¡es Shakespeare puro!
Y en eso no hay un plagio repugnante,
La novedad lo idéntico no quita;
Aquel era un Otelo de turbante,
Y éste será un Otelo de levita.
En seguir ese ejemplo no hay desdoro,
Que es muy bueno imitar grandes autores,
Y aplaudirán y gritarán en coro:
¡Viva el autor! dos mil espectadores.
Pero me falta un toque todavía
Para poner al público violento.
Cuando ella se retuerce en la agonía,
Ensangrentando todo el pavimento,
Entra un altivo y venerable anciano,
Padre del matador, que al ver aquello,
Alza á los cielos la convulsa mano,
Y sintiendo erizarse su cabello,

— ¿Qué has hecho? dice al hijo, ¡injusta suerte!
En el cadáver su mirada fija
Y agrega con dolor: — ¡has dado muerte
Á tu hermana, Caín! ¡era mi hija!
— ¿Mi hermana?... dice el matador temblando,
Y al suelo inclina la cobarde frente.
— Tu hermana, sí, tu hermana. Irá bajando
Á ese tiempo el telón muy lentamente.
Resonará un aplauso extraordinario,
Poco después la campanilla suena,
Y me llaman y salgo al escenario,
Y tal vez me coronen en la escena.
¿Será ésta una ilusión muy transitoria?
¿Serán falsos y vanos oropeles?
¡No lo puedo evitar! ¡amo la gloria,
Y el aplauso y el nombre y los laureles!
Y no los busco, porque anhele vano
Con ellos halagar mi propio orgullo.
¿Dónde puede existir un ser humano
Á quien no le adormezca con su arrullo,
Esa secreta voz dulce y bendita
Que á una vida ideal siempre nos llama?
Yo escuchándola estoy... aquí me grita:
No lo puedo evitar, concluyo el drama.

(Al hacer intención de seguir escribiendo, mira y toma un retrato que tiene sobre la mesa.)

Mas soy por la gloria ingrato
Con la que llena de fe
Me habla, me alienta y me ve.
¡Qué bien está su retrato!
¡Qué artísticos los perfiles
De su rostro dulce y bello!
Blanca tez, rubio cabello,
Negros ojos, quince abriles.
Pura, como es el armiño;
Tierna, cual la juventud;
Noble, como la virtud;
Delicada, como un niño.
Ella con su amor abona
Las dichas en que yo sueño;
¡Ah! con razón tengo empeño
De alcanzar nueva corona.
Ceñírmela aquí, y después
Renombrado y aplaudido,
De inmensa pasión rendido,
Ir á ponerla á sus pies
Y decirle con pasión:
Este lauro, no te asombre,
Es el tributo que un hombre
Ofrece á tu corazón.
Yo, que con dolor profundo,

Voy descreído y doliente,
Sintiendo sobre mi frente
Las tempestades del mundo;
Que á fuerza de batallar
Con la duda y el quebranto,
Formé un tiempo con mi llanto
Bajo mis plantas un mar.
Hoy que la dicha deseo,
Hoy que amoroso te llamo,
Hoy que rendido te amo,
Que como en la infancia creo,
Pues esta flor de fragancia
Que á aromar mi vida viene,
Oculta en su cáliz tiene
La dulzura de la infancia.
Hoy, á los cielos me eleva
El rayo de tu mirada;
Yo tuve un alma gastada,
Hoy te ofrezco un alma nueva.
Deliro, ¿qué estoy diciendo?
Su imagen me está escuchando;
Sus ojos me están mirando,
Su boca está sonriendo.
¡Y está tan lejos de aquí!
Ah, sí, ¡tan lejos está!

Pero, no importa, vendrá,
La tendré cerca de mí
En esa noche en que espero
Que el drama se represente:
Con tenerla allí presente
Tendré al Universo entero.
¡Con qué gozo habrá de ver
Que todos en mí se fijan!
¡Esos triunfos regocijan
El alma de una mujer!
No importan los mil testigos,
Ni el rumor de tantas manos;
Con ella están mis hermanos,
Mis padres y mis amigos;
Mis dichas, mis ilusiones,
Mi esperanza, mi ambición;
¡Tengo en ese corazón
Á todos los corazones!
Así pues, concluyamos esta escena;
Mas no me gusta el repugnante giro
Que al público infeliz de espanto llena...
Nada de sangre, no; no suena el tiro.
Esta escena, lo sé, bastará sola
Para que se me juzgue plagiario
De una pluma eminente y española

Que ha dado nueva faz al escenario.
Su genio alcanza en medio á los horrores
Que goza en describir, grata memoria;
Los que son de su estilo imitadores,
Inspiran compasión, no alcanzan gloria.
Hablaré al corazón, al sentimiento,
Ella verá mi drama, y es preciso,
En vez de darle angustias y tormento,
Á sus ojos abrir el paraíso.
Que no ambiciono, por seguir la moda,
Una llaga social mostrar desnuda;
No quiero que en el día de mi boda
Tenga su corazón espanto y duda.
Ella, tan buena, que hasta yo me abismo
Mirando tan tranquila su conciencia,
¿Recibirá del árido realismo
Lecciones que emponzoñen su existencia?
Haré un drama moral, sin nada vano,
Que no inspire rencor, ni odio profundo;
Sencillo, fácil, agradable, sano,
Que le pueda gustar á todo el mundo.
El realismo que por grato halaga,
Que sin herir al público, fascina;
No quiero sin curar, mostrar la llaga,

Ésta la cubro y doy la medicina.

(Suena la campanilla.)

Mas han llamado; no creo
Que tan tarde venga alguno...
Voy á ver.

(Sale y vuelve con unos papeles.)

¡Qué inoportuno!
Con razón hace al correo
La prensa duro reproche,
Y en el comercio se quejan;
Como que los mozos dejan
Las cartas á media noche.
Y el portero, que podía
Guardarlas hasta mañana,
Sube y tira la campana
Cual si fuera medio día.
Pero, vamos, ya que estoy
Con ellas, las abriremos
Á ver que nuevas tenemos.

(Registrando los papeles.)

Dos periódicos de hoy;
Una carta que parece
Por el sobre ser de Antonio;
Me anuncia su matrimonio;
¡Se casa, y en martes trece!

¡Vaya un hombre original!
Casarse en martes ¡horror!
Hace milagros amor,
Pero suele hacerlos mal.
¿Y este impreso? Es el anuncio
De un emplasto americano:
« ¡Asombro del Genio Humano! »
Está muy largo; renuncio.
Una carta pequeñita
Y la letra es de mujer...
Veamos, ¿qué puede ser?
¡Ah! ¡mi prima Margarita!
¿Y qué me dirá?

(Leyendo.)

¡Dios mío!
Pero ¿cómo? no, no es cierto,
¿Soñaré? ¡No! ¡Estoy despierto!
Siento calor, siento frío.
¿Qué miro? ¡No! ¡qué ansiedad!
Vamos, mi mente delira;
No puede ser... es mentira...
No puede ser... no es verdad...

(Acercando la luz y leyendo con profunda impresión de pena.)

« Querido Luis: no quería

Escribirte; no te asombre,
Mas, ten valor, eres hombre,
Si no, nada te diría.
Ayer enfermó Lucía,
Pobrecita; se enfermó
Del corazón, y pasó
Una noche aterradora.
Hoy, al despuntar la aurora,
En mis brazos expiró. »
¿No sueño? suerte cruel,
Redobla en mí tus enojos...
¿Me están mintiendo mis ojos?
¿Me está engañando el papel?
¿Por qué merezco esta suerte?
Yo, que soñaba un hogar,
¿Cómo voy á celebrar
Desposorios con la muerte?
Mas, se rompe el alma mía;
No sé lo que siento aquí...
No me dejes... ven á mí...
Te adoro... Lucía... Lucía...

(Hunde el rostro entre las manos, con honda tristeza y llorando. La campanilla suena dos veces, él no hace caso; suena por tercera vez y entonces se levanta con violencia á abrir la puerta.)

¡Qué importuno! ¿Quién vendrá

Á estas horas á buscarme?
¡Ni llorar pueden dejarme!
¡Qué importuno! ¿Quién será?

(Al abrir la puerta un mozo le da una carta que él va á leer precipitadamente.)

« Mañana saldrá anunciado
» Y ya dispuesto el programa
» Del estreno de tu drama
» Por todos muy esperado.
» Te ruego dejes aquí
» El título; los actores
» Se disputan los honores
» Y me lo exigen á mí,
» De saber cuales papeles
» Han de hacer, y en esto veo
» Que se cumple tu deseo:
» Tendrás provecho y laureles.
» Manda el título temprano
» É imprimirán el prospecto.
» Te quiere con mucho afecto
» Y así te aplaude tu hermano. »
Anunciado el drama ya
Y lo esperan; bien lo sé;
Entretanto nadie ve
El drama que tengo acá.

Teatro: la tierra desierta;
El Destino, espectador;
Un diálogo aterrador
Entre un vivo y una muerta.
Diálogo que nadie entiende
Y que ninguno lo ha escrito,
Que se dice callandito
Donde nadie nos sorprende.
Y que resuena además
Donde todo se derrumba.

(Tomando el retrato y mirándolo.)

Dime, huésped de la tumba,
Responde, ¿por qué te vas?
¿Por qué retornas al cielo
Dejando sin paz ni calma
Un mar de llanto en el alma
Y mudo polvo en el suelo?
Esa gloria cuya llama
Me abrasaba, era por ti...
¡Ya están huérfanos aquí
La gloria, el autor y el drama!
Ningún aplauso me abona
Las glorias que tú me diste;
Eras mi gloria y partiste
Sin aceptar mi corona.

La que soñaba adquirir,
Buscarla no me propongo...
¿En qué cabeza la pongo
Para poderla lucir?
Ni por loca vanidad
Puedo ceñírmela aquí;
Mi frente es un Sinaí
Do ruge la tempestad.
Cese pues la sed de fama;
Cálmese mi desvarío;
Con tu muerte, encanto mío,
Me quedo en eterno drama.
Y que caiga el llanto en pos
De este martirio nefando;
Un hombre que está llorando
Está en diálogo con Dios.
¿Por qué te lleva? No sé
Ni habrá ser que lo comprenda;
¡Hacen bien en poner venda
Á los ojos de la fe!
Sobre la felicidad
Del drama de mi pasión,
Dios ha corrido el telón
Negro de la eternidad!
¿Qué se mira á su través?

Leve polvo, sombra vana,
¡Y sueña la raza humana
Que humilla el mundo á sus pies!
Mas es tarde... sí... yo iré
Á ver su cadáver frío;
El último beso mío
Será el lauro que le dé.
Y este lauro más valdrá
Que estos falsos oropeles;
Yo no quiero más laureles
Que los que ella tiene allá.

Méjico, 1885.

¡SOLA...!

PERSONAJE : MAGDALENA

Alcoba elegante con lecho de cortina y lazos rojos. Tocador, mesa, diván y butacas. La lámpara estará á media luz y habrá sobre la mesa un ramillete y dos cartas. Es más de media noche. En el fondo, á la izquierda, hay un balcón; á la derecha la puerta de entrada. Magdalena llega envuelta en lujoso abrigo y finje desde la puerta que habla con alguien que la ha dejado al pie de la escalera.

Gracias, pero, vuelve al coche,
Ya mañana me verás...
Adiós... ¡qué bueno es Tomás!
Partió al fin ¡qué horrible noche!
La ciudad semeja en calma
Un gran sepulcro vacío
Y corre un aire tan frío
Como el invierno del alma.

De mi vida turbulenta
No hay quien las penas comparta;
¿Que me han traído? una carta,
Unas flores y una cuenta.
Es cuenta de la modista;
Ochenta duros, bien poco,
Ya los pagará ese loco
Del viejo capitalista.
Rechazan la ancianidad
Muchas mujeres ¡torpeza!
No hay que mirar la cabeza,
En la bolsa está la edad.
Estuvo el baile esplendente,
¡Pobre Tomás! me introdujo
Al salón y se produjo
Gran alarma entre la gente.
Las damas encantadoras
Me vieron mal; era claro,
No tiene nada de raro,
Es natural, son *señoras*.
Cada cual hizo una mueca
De disgusto y de estupor;
Así lo exije el pudor,
¡Qué palabrota tan hueca!
Los jóvenes me miraban

De soslayo y sonreían...
Y todos me conocían,
Pero no me saludaban.
Hombre caprichoso y vano,
Á solas lloras conmigo
Pero en habiendo un testigo
Ya me retiras la mano
Y culpas mi liviandad
Y me declaras proscrita;
Sin dar nada, todo quita
La hipócrita sociedad.
¡La mujer! enigma eterno,
Dios cual flor formarla quiso
Con hojas del Paraíso
Y matices del infierno.
¡Cuando á un abismo sin fondo
Ruedan la flor y el perfume,
En silencio los consume
Lo más negro y lo más hondo!
Ya no hay nada que me asombre;
Mi perdición fué un desliz,
Yo en un tiempo era feliz,
Tuve posición y nombre.
He aquí la sola cuestión,
El problema arduo y profundo:

« Todo lo dan en el mundo
El nombre y la posición »,
Ni el talento ni el trabajo
Por más que el sabio lo escriba:
Los astros están arriba
Y los guijarros abajo.
Mi gracia cautivadora,
Gracia propia de mi edad,
Fué para la sociedad
La manzana tentadora.
Rodé al abismo, rodé
Por ser débiles mis alas
Y perdí todas las galas
De la virtud y de la fe.
Ninguno se reconcilia
Conmigo... mundo cruel;
Tengo un hogar: ¡el hotel!
¡La humanidad por familia!
Vivo sola, abandonada
De cuantos ayer me amaron;
Cuanto tuve lo arrancaron
De mi amor... ¡no tengo nada!
¡Mis padres!... ¿vivirán hoy?
Tal vez existan aquí,
Tienen vergüenza de mí

Y yo por muertos los doy.
Diez años hace que un día
Á mi madre logré ver,
No me pude contener
Y le grité « Madre mía ».
Á sus pies caí de hinojos,
Era en la calle, nos vieron,
Y sobre mi faz cayeron
Las lágrimas de sus ojos...
Bésame, la dije, madre,
Que de sufrir estoy harta,
Y ella dijo : ¡Aparta... aparta...
Que estás manchando á tu padre!
El rostro descolorido,
Toda trémula echó á andar
Y sólo alcancé á besar
Las orlas de su vestido.
No me tuvo compasión
Y no escuchó mi lamento;
Yo quedé en el pavimento
Extraviada la razón.
De nada cuenta me dí
Y en aquel vértigo insano
Ni sé quién me dió la mano
Ni quién me trajo hasta aquí.

Cuando por aquella puerta
De nuevo á este cuarto entré,
¡Ya soy huérfana! grité,
¡Hasta mi madre está muerta!
¿Á quién me quejo? ¿á quién llamo?
Al aire doy mis suspiros
Y el aire en revueltos giros
Se los lleva...

(Cogiendo el ramo que habrá sobre la mesa)

¿Y este ramo?
¿Quién me obsequiará con flores?
Rosas de abril purpurinas
No tenéis tantas espinas
Como yo tengo dolores.
Aunque ricas de fragancia
Y perfumadas y bellas,
No sois puras como aquellas
Que yo cortaba en la infancia.
No sois cual las madreselvas
Que en mi jardincito había
¡Oh recuerdo de alegría!
Ya no vuelvas, ya no vuelvas...
Nadie se inquieta si tarda
Mi vuelta al cuarto sombrío;
Ya duermo llena de frío;

Ya ningún ángel me guarda...
Una vez hallé á un anciano
En la calle frente á frente,
Era mi padre... imprudente
Le quise besar la mano.
Con semblante duro y hosco
Mi pretensión rechazó
Y con voz agria exclamó:
Aparta, no te conozco.
Vi en su mirada un infierno
De pena amarga y sombría...
Así en el último día
Verá á un réprobo el Eterno.
Con qué tristeza retiña
Su acento en todo mi ser;
No me quiso conocer
El que me arrulló de niña.
El que cifró su fortuna
En mirarme y consentirme;
Aquel que para dormirme
Cantaba junto á mi cuna;
El que ufano me llamaba
El tesoro de su hogar
Y que al mirarme llorar
De susto y dolor temblaba.

¡Oh placeres sin engaños!
Mi hogar tuvo un festín regio:
Saqué un premio en el colegio
Cuando contaba diez años.
Mis padres con natural
Regocijo, me esperaron,
Y al mirarme me abrazaron
Con efusión celestial.
Yo llegué de gozo llena
Con todo el rostro encendido:
Con un velo y un vestido
Blancos como una azucena.
De mi vida á los autores
¡Tomad mi premio!... grité
Y á mi padre le entregué
Un diploma y unas flores.
Bien — repuso — hija querida,
Dios más dichas te conceda...
Toma, y me dió una moneda:
¡La más santa de mi vida!
Era un escudo de á peso;
Al dármelo me besó,
Yo era niña y me encantó
Más que la moneda el beso.
Cuando al abismo caí

Como al fango la flor rueda,
Me dije : aquesta moneda
No se apartará de mí.
Y llegué á verme muy pobre,
Tan pobre, que cierto día
Mi capital consistía
En dos centavos de cobre.
En mi amargo padecer
Salí mi pan á buscar...
¡Yo no sé si fuí á pecar
Para encontrar que comer!
En el dintel de mi puerta
Encontré medio dormido,
Desmayado, entumecido
Con la tez pálida y muerta,
Un niño que con afán
Me miró... lloró un momento
Y temblando y sin aliento
Me dijo al fin : « Quiero pan ».
Me burlé de mi destino
Cual de un amo sus esclavos,
Dí al niño aquellos centavos
Y proseguí mi camino.
Cansada de tanto andar,
Rendida á golpe tan rudo,

Me dije : tengo un escudo
Que bien me puede salvar.
Pero juntó mi memoria
Al epílogo el proemio...
¿Cómo perder aquel premio
Todo amor, pureza y gloria?
De mi infancia ante el destello
Cogí el escudo sagrado
Que en un medallón guardado
Lo llevo siempre en el cuello;
Y olvidando de mi suerte
La crueldad y la agonía,
Exclamé : ¡moneda mía,
Antes morir que perderte!

. . . . . .

Salvé el tesoro sagrado;
Este escudo envejecido
Con mis lágrimas ungido,
Con mis besos coronado.

. . . . . .

Una carta me han traído;
Veamos ¿de quién será?
Ninguno me escribe ya,
Todos me hablan al oído.
Conozco esta letra, sí;

¿Ó soy víctima de engaños?
Hace muchos, muchos años
Que él no se acuerda de mí.
Es su letra... sí... evidente;
Letra que en tiempos mejores
Me expresaba los amores
Del corazón inocente.
Aunque la escribió convulso,
Es su misma claridad...
¡Pobrecito! ¡no es su edad
La que hace temblar su pulso!
¿Qué me dirá Dios bendito?
Temblando estoy de temor...
¡Nunca sentí igual terror
Al romper un sobrescrito!

. . . . . .

(Lee la carta y toca á la actriz interpretarla.)

« Si soñaste alguna vez
Ver de nuevo letras mías,
Éstas te pongo en los días
Postreros de mi vejez.
Enfermo y desengañado,
De prisa al sepulcro voy;
Lo anhelo desde que estoy
Por ti sola deshonrado.

Á nadie amé como á ti
Y hoy me das infamia y lodo,
En recompensa de todo
Lo bueno que yo te dí.
Próximo á desparecer
Ya mis deudas he saldado
Y algo tuyo que he guardado
Te lo voy á devolver.
No esperes una fortuna
Que mi riqueza no es tanta,
Es una reliquia santa
Que yo recogí en tu cuna.
Es lo que al mundo trajiste
En mis instantes más bellos,
Un rizo de tus cabellos
Que corté cuando naciste.
Si hubieras muerto aquel día,
El rizo que guardé tanto,
Hoy me hiciera verter llanto
Mas no me mancillaría.
Hebras de tu misma trenza
Te las devuelvo, que así,
Ya sólo guardo de ti
Algo eterno : la vergüenza.
Tu ennegreciste mi suerte,

¡Qué Dios al morir te acorra,
La vergüenza no la borra
Ni la oración ni la muerte! »

. . . . . .

. . . . . .

Compasión, ¡oh padre anciano!
Piedad por que te ofendí,
Ya que no me viene aquí
La bendición de tu mano.
¿Por qué no viste en mi ser
La infamia y no me mataste?
¿Por qué no me sofocaste
Al momento de nacer?

(Abre el papel que envuelve el rizo).

¡Qué miro! ¡ilusiones vanas!
¿Es realidad ó extravío?
Viene atado el rizo mío
Á una guedeja de canas.
¡Nieve de un volcán bendito,
Que por mi culpa estalló,
Yo sé bien que te formó
Más que la edad, mi delito!
Mi sien junto á su cabeza
Ni en la tumba ha de dormir...
Sólo aquí se ha vuelto á unir

Con su virtud mi pureza!
¿Es castigo ó es clemencia?
¿Cómo deja en esta vez
Á la infamia, la honradez
Su corona por herencia?...
Con el corazón opreso,
Sin paz, sin amor, sin fe...
Aquí que nadie nos ve
Llorando ¡oh padre! te beso.
Si yo entre las más livianas
Del infierno voy en pos,
Que la bendición de Dios
Me llegue con estas canas.

(Entra luz por el balcón al cual ella se dirige enjugándose los ojos.

Mundo: ignora mi aflicción.
Ya amanece, ¡qué ironía!
Entra á los cielos el día,
¡La noche á mi corazón!

TELÓN RÁPIDO.

ÍNDICE

POESÍAS

Á Soapayuca. 3
El Nombre 7
Al cumplir treinta años. 9
Pecar rezando. 16
Dos Perlas. 20
Acuarela 21
Reír Llorando. 22
Un consejo de familia. 26
Recuerdos (En el álbum de una mejicana) 31
Su última carta. 34
Amaneciendo. 41
Á Castelar. 44
Rerum Naturœ 45
La Cruz del Camino 47
En el álbum de la señorita Matilde de Olavarria y Landázuri. 50
La Saboyanita. 55
Al « Blasco de Garay ». 58
Lágrimas. 62
Á Elena Padilla. 64
La Fuente 66

Adúltera 67
Á esa. 70
Homenaje (En el álbum de la señoritá Dolores Rubalcaba) 72
Á todos. 73
La Ventana desierta. 75
Nieve de Estío. 80
Á los alumnos del Colegio Militar 84
Á Garibaldi. 95
Las flores. 100
Horacios y Curacios 107
Inmortal. 108
Besos y lágrimas 109
Á Carlos Noreña (El el nacimiento de su primer hijo). 115
Lo que no muere. 120
Á Méjico en las últimas desgracias de España 123
En Churubusco. 130
Ni viva ni muerta 134
Promesas vanas 140
En memoria del poeta Manuel M. Flores. 143
Frente á Toledo. 147
Colón é Isabel. 155
Á María Rivadeneyra 165
Á mi fraternal amigo Gerardo M. Silva. 170
Post-Umbra. 173
¡Por Consuegra! ¡Por España! 178

ROMANCES NACIONALES

De marinero á trapista. 185
La victoria de Tampico 194

Terán y Maximiliano. 200
Tomás Mejía. 207
Recuerdos de Mayo. 217
Una respuesta de Miramón. 223
Á media noche. 226
El grito de Independencia. 242

MONÓLOGOS

Escribiendo un drama. 251
¡Sola! 276

Paris. — Tip. Garnier Hermanos, 6, rue des Saints-Pères.

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

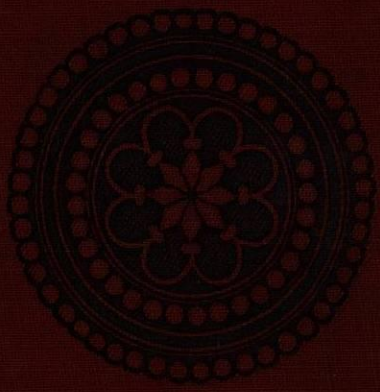
Esta publicación deberá ser devuelta antes de la última fecha abajo indicada.

PQ7297 CAP
.P48
A17 V.2 17354
AUTOR PEZA, Juan de Dips

BIBLIOTECA CENTRAL
U.A.N.L

2017

PQ7297 CAP
.P48
A17 V.2 17354
AUTOR PEZA, Juan de Dips

BIBLIOTECA CENTRAL
U.A.N.L

2017